

BARRIO DE LOS EXTRAÑOS

Wilson Frungilo Jr.

Indice

Lágrimas

La amnésica

Desespero

El barrio

Pordioseros

El galpón

La llegada

El sueño

La misión

Lágrimas

En aquella villa pobre, formada casi que exclusivamente de moradas de asalariados, la tristeza se apodera del interior de una de las casa de apenas cuatro habitaciones esenciales: sala, cuarto, cocina y baño. A pesar de estar allí presentes pocas personas, la sala parecía llena puesto que, solamente el cajón mortuorio, ocupa todo el espacio. El ataúd se encuentra lacrado, pues contiene, en su interior, un cuerpo prácticamente destrozado de mujer, fallecida en virtud de trágico accidente de autobús. En verdad, casi toco aquel barrio y las adyacencias se

encontraban de luto, pues el autobús transportaba muchas personas que por allí habitaban, de regreso del trabajo. Todas trabajaban en una fabrica textilera a algunos kilómetros de distancia.

Rosalina Celia, que en aquella casa era velada, había fallecido en ese desastre, junto con Eneida Maria, su hermana mayor y soltera que vivía con ella. Eneida, no obstante, no fuera reconocida, a ejemplo de otros pasajeros, tamaña fue la gravedad del accidente. Todas las partes corporales no reconocidas de aquellos trabajadores estaban siendo veladas, conjuntamente, en un salón de una de las iglesias del barrio. Realmente, parecía que enorme nube de sufrimiento se desplomara, en forma de lágrimas de dolor, sobre aquel montón de moradas.

Rosalina Celia dejara, aquí en la Tierra, su esposo, Atilio del Carmo y Lucinha, la hija de apenas tres años y siete meses de edad. Su vida no había sido muy fácil, pues trabajaba ávidamente en la industria textilera para ganar, además del pequeño salario, algunos bonos extras de productividad, a fin de ayudar al marido que, simple operario de una industria metalúrgica, también se extenuaba en horas extras, en la tentativa de traer para la esposa y la hija, un mínimo soportable de confort.

Con respecto a Lucinha, Rosalina Celia dedicaba verdadera adoración por la niña y eso era, tal vez, lo que le daba ánimo para el trabajo.

Atilio, su esposo, a su vez, se encontraba inconsolable. No tenía parientes, ni de su parte, ni de parte de la esposa, en vista de que era hijo único y, tanto sus padres como sus suegros ya habían fallecido hace algún tiempo. El único pariente que poseía era Eneida Maria, que moraba con ellos, sin embargo, a pesar de no haber sido identificada, algunas de sus colegas de trabajo que quedaron en la fabrica, a la espera de otro autobús, afirmaron haberla visto entrar en aquel fatídico vehículo.

El dolor de separación era inmenso y muchísimas preocupaciones le martillaban la mente angustiada. Se preocupaba principalmente por la hija, que perdía la madre en tan corta edad. ¿Quién le ofrecería los tratos maternales ahora? Si al menos la cuñada, Eneida, estuviese viva... ¿Cómo haría ahora para poder trabajar? Una guardería sería la solución, tal vez...

- Mi pésame, Atilio.

Era Laurindo, el vecino del fondo.

- ¿Y Lucinha, Laurindo?! ¿Ella está bien?
- Quédese tranquilo. Ella está jugando con mi hija y Adele está cuidando de ella.
- Gracias, Laurindo.

En la sala, Atilio se encuentra sentado a la cabecera del cajón. Es un hombre de complexión común: altura mediana, tez

morena y cabellos ligeramente ondulados. Sus ojos, profundos en las orbitas, nariz fina y la boca grande, le dan, en sus treinta y siete años de edad, un aire de firmeza en sus actitudes.

En aquella habitación, siempre que alguien llega para ver el cuerpo, otro sale por la cocina, para dar lugar, de tan pequeño que es.

- Pobre Atilio... tan bueno...
- Y Rosalina, entonces... ¡como trabajaba!
- ¡Una excelente esposa y dedicada madre!

Atilio, por su vez, ora en silencio:- Mi Dios, ayúdeme... por favor. Lágrimas le escurren por los ojos. – Ayúdeme, Jesús! Siempre procure ser bueno y creo en Dios. Si aun no ingresé firmemente en una religión, es porque no conseguí encontrar la que satisficiera todas mis dudas. Mas Dios sabe cuanto oro en Su loor y cuanto Lo procuro en mi modesto raciocinio. Ayúdeme, mi Dios y a mi hijita!

¿Cuándo coloca la hija en la suplica, lágrimas más gruesas le brotan de los ojos y solloza.- ¿Qué haré con ella? ¿Cómo trabajar? Jesús, haz que consiga obtener un lugar para dejarla, mientras trabajo... un lugar con personas buenas... como mi esposa... (sollozos)... mi Lucinha... ella es tan pequeñita... tiene apenas tres añitos...

En verdad, Atilio cree mucho en Dios y acepta a Cristo como aquel que vino en misión salvadora y, a pesar de la simplicidad

en que vive, es muy inteligente, pues consiguiera estudiar cuando joven. Infelizmente, los reveses de la vida no le proporcionaron la oportunidad de conseguir un empleo a la altura de su capacidad, Sin embargo, es un eterno perseguidor de las verdades de la vida, intentando, por el raciocinio, llegar a esos misterios.

En aquella sala, nadie se aproxima a él para intentar confortarlo. Las miradas y la fisonomías de los hombres son de profundo respeto, sin embargo, son, también, duras y rudas, acostumbrados que están con la vida sufrida que llevan. En su interior, sienten el drama del compañero, mas nada pueden hacer y, de la misma forma, saben que nada conseguirían decir para disminuirle el dolor.

Atilio, por su vez, ni repara en ese pormenor, he ahí que el sufrimiento y la preocupación le ocupan la mente, no permitiendo que pensamientos melindrosos la acometan.

Diez minutos más se pasan y los hombres que están en la sala dan lugar a un mismo numero de mujeres que, con velos que les cubren las cabezas, comienzan a rezar una letanía en favor de Rosalina Celia.

- Jesús, - reza, mentalmente, Atilio, - oiga esas oraciones y ayúdeme en todo lo que le pido. Por favor...

Y el llanto, una vez más, le inunda el rostro que juntamente con el cuerpo arqueado y quebrantado, tiembla y se sacude al ritmo

y al sabor de los sollozos del dolor y desespero.

Terminadas las oraciones, algunos pocos hombres cargan la urna mortuoria por las calles hasta el cementerio que dista algunas cuadras del lugar. Rosalina Celia es, entonces, descendida en una sepultura publica, exenta de impuestos. Atilio sabe que, algunos años más y sus restos serán removidos para una fosa común, si no pudiere comprar un lugar para ellos y, en aquel instante, piensa en hacer de eso un pequeño ideal: el de dar un sepulcro propio para su amada esposa, madre de Lucinha.

El regreso al hogar es triste y preocupante, ansioso que está por volver a ver a su hija, al mismo tiempo, amargado por no saber lo que le iba a decir con respecto a su madre. Volvía solito. Ninguno de los amigos tuvo coraje de acompañarlo puesto que no sabían que decirle, en una situación de esas.

Pasa primero por la casa, donde procura arreglar todo de la mejor manera posible, regresando a su lugar las sillas que sustentaron el cajón mortuorio. Cuando está terminando de acomodar los pocos utensilios que fueron utilizados en la cocina, oye voces en la puerta de entrada. Es doña Adele que viene trayendo a Lucinha de regreso. La niña, tan pronto entra en la sala, corre para la cocina.

- ¡Mami, papi! Mami...

Atilio la abraza apretada y largamente, principalmente para que

la niña no vea las lágrimas que se obstinan en saltarle de los ojos.

- Yo jugué con la muñeca de Tina, papi.
- ¿Usted jugó con la muñeca, nene? – pregunta, colocando a la niña en el suelo y arrodillándose a su frente, mientras enjuga disfrazadamente las lágrimas.
 - Si jugué, papi. Es bonita... Abuela Adele se la compró.

La niña llama a Doña Adele como abuela, que es como la mujer la acostumbró.

- Usted también tiene su muñeca.
- Ella se rompió, papi.
- Voy a comprarle una nueva para su cumpleaños ¿está bien?
- Bien, Sr. Atilio, preciso irme. – interrumpió doña Adele, con la mayor naturalidad y de una manera en que, con propósito, hace trasparecer que todo está bien, en el intento de no precisar ofrecerse para favor alguno.
 - Puede ir, doña Adele, y muchas gracias por haberse quedado con Lucinha.
 - No hay porque agradecer, Sr. Atilio – respondió la vecina, ya saliendo.
 - Doña Adele...
 - ¿Si?
- Será que... bien... usted sabe... preciso continuar trabajando y no tengo con quien dejar a la niña... y... usted es tan buena...

yo podría pagarle los gastos que tuviere con Lucinha...

- Mire, Sr. Atilio, en verdad, no...

En ese momento, tocaron a la puerta y Atilio fue a atender, dejando entrar a Laurindo, el marido de Adele.

- ¿Cómo está, Atilio?
- Todo bien, por ahora.

Quedó algunos segundos en silencio mientras el amigo entra. Ya en la cocina, continúa:

- El mayor problema es la niña, usted sabe... Inclusive, estaba, en este momento, pidiendo a su esposa para cuidar de Lucinha, por algún tiempo, hasta que yo consiga un lugar. Yo pagaría los gastos...

- Sr. Atilio, no se si... – comienza a responder Adele.

- Creo que, en una hora como esta, las personas tiene que ayudar a los otros, ¿no es así, Adele? – afirma, categórico, Laurindo. – Mi esposa cuidara de Lucinha, si, Atilio. Inclusive, yo le voy a ser franco, nosotros estamos precisando ganar un dinerito extra y, ya que no va a tener gastos con la niña y, lógicamente, con la pobre de Rosalinda...

- ¡Oh, si!... – responde Atilio – pagaré para que ustedes ganen alguna cosa por el trabajo. Y puedo pagar adelantado. Tengo el dinero que separé para el alquiler de la casa y... se los daré a ustedes... atraso un poco el pago del Sr. Manuel... creo que el no va a incomodarse, delante de una situación de estas... el mes que viene, pago dos alquileres...

- Entonces, está todo arreglado.

Y los dos combinan el precio, mientras Adele va para casa, visiblemente contrariada, lo que pasa desapercibido de Atilio que, abatido por los acontecimientos, nada llega a notar.

Cuando Laurindo se va, Atilio comienza a preparar alguna cosa para comer, mientras Lucinha queda jugando con una caja de fósforos vacía, en un rincón de la cocina.

De repente, la niña se levanta y va para el cuarto.

- ¡Mami! ¡Mami!

Atilio, que todo el tiempo aguardaba y temía ese instante, cerró los ojos, angustiado.

- ¡Mami!!!

La niña vuelve a la cocina y Atilio no tiene coraje de mirar a la hija.

- ¿Dónde está mami, papi?

El hombre no consigue hablar, pues los pensamientos se confunden en su mente. ¿Debería mentir o intentar decir la verdad?

- ¿Dónde está mami, papi? ¿Y tía Eneida?

Atilio se arrodilla frente a la hija y, con el corazón oprimido, mira aquella carita ingenua, de expresión pura. Nunca la hijita le pareciera tan linda y tan angelical, en su inocencia de apenas tres años. La niña le sonrío y el padre responde a la sonrisa.

- ¿Me da su pluma? – pide, mostrando el bolígrafo sujeto al bolsillo de la camisa del padre.

Atilio le extiende el bolígrafo y Lucinha vuelve a sentarse en el rincón de la cocina. El hombre mira, por algunos instantes, admirando la niña que, delicadamente, abre y cierra la tapa del bolígrafo. Su corazón de padre está oprimido, su garganta parece estar anestesiada y obstruida y un estremecimiento de sollozo le sacude los hombros. No consigue aguantar más las emociones y se refugia en el cuarto donde las lágrimas vuelven a bañarle el rostro. Queda allí por algunos instantes y, entonces, corre en dirección a la cocina y se abraza a la hija, balanceándola con cariño.

- Yo lo quiero papi.

Atilio aparta la niña y, mirándola fijamente, habla, de repente:

- Mami murió, Lucinha... Tía Eneida también.

La niña mira tranquilamente para el padre y pregunta:

- ¿Y cuándo volverán?

Solamente en aquel instante, Atilio se da cuenta de que la niña aun no sabe el significado de la palabra “muerte”.

- Ellas fueron para un lugar muy bonito, Lucinha.
- ¿Y por qué no me llevaron?
- Porque precisaron ir solitas.
- ¿Papi me lleva allá con ellas?
- No puedo, mi bien.
- ¿Por qué? Yo quiero ir.
- No puede, hija. La niña no puede.
- ¡Yo quiero ir, papi! – dijo la niña, con capricho.
- No puede, mi hija...

Atilio solloza, pero consigue controlarse y contener las lágrimas.

- ¡Yo quiero a mami, papi!... – repite Lucinha, con vocecita llorosa.

Atilio, en un impulso, levanta a la hija en su regazo y dice:

- Un día, vamos a encontrarnos con ella... y con tía Eneida también.
- Entonces vamos, papi.
- Un día, hijita. Ahora, vamos a cenar y después, dormir. Cuando mami salió de casa, ella dijo que usted debe comer bastante y después ir para la cama. Y no puede llorar tampoco, sino ella va a estar triste, si supiera.

- No voy a llorar.
- Eso, hijita. Y, mañana, cuando papi vaya a trabajar, usted va jugar con Tina.
- ¡Voy a jugar con la muñeca!
- Muy bien. Ahora, vamos a comer.

Mientras la niña come, Atilio queda admirándola. “- ¡Como se parece con su madre!”- piensa.

De hecho, la niña posee trazos de Rosalina: ojos vivaces y negros, boca pequeña, cabellos castaño- oscuro que, al contrario de la madre, que los poseía largos y lisos, son ligeramente enrizados y cortos. Para Atilio, dentro de su amor paternal, la hijita y, principalmente ahora, es la expresión personificada de los ángeles celestiales.

En aquella noche, Atilio no consigue dormir y se queda junto a la hija, velando su sueño, con una gran aprehensión dentro del pecho, temeroso que está del destino que los aguarda, a él y, principalmente, a Lucinha, que perdiera la madre.

En la mañana siguiente, deja la niña con Doña Adele y va para el trabajo.

- Siento mucho lo que le aconteció, Atilio. Infelizmente, no pude ir al velorio. Usted sabe...mi trabajo aquí, de supervisor de los servicios, no me permite faltar – se disculpa Narciso.
- Yo comprendo. No precisa preocuparse. Se que usted es un gran amigo, no solo mío, como de todos los demás operarios.

- La vida es así, Atilio. ¿Qué podemos hacer? Creo que Dios sabe lo que es mejor para nosotros. Tenga, siempre, mucha fe.
- Es de lo que estoy necesitando. Que bueno que tengo a Lucinha, porque, sino, ¿qué finalidad tendría la vida?
- En parte usted tiene razón, pues la felicidad de su hija será su gran meta, mas pienso que, aunque no la tuviera, de seguro encontraría otros objetivos. Y, ahora, vaya a trabajar que ya está en la hora.
 - Muchas gracias, Narciso. Usted no imagina como me consuelan sus palabras.

Atilio, entonces, trabaja como nunca, pues es la manera que encuentra para olvidar, momentáneamente, sus dolores.

Almuerza en el servicio y, en la tarde, al salir de la fabrica, recoge a Lucinha donde Doña Adele y van felices para casa, donde, después de bañarse, prepara la cena. A la nohcecita, sirve un vaso de leche a la hija y la hace dormir.

Una semana se pasa hasta que, en una tarde, cuando llega a casa con la niña, le nota arañazos en el brazo.

- ¿Dónde se lastimó, Lucinha?

La niña lo mira y, haciendo pucheros, responde:

- Me está doliendo, papi.
- ¿Dónde se lastimó, hijita? – insiste Atilio.
- Abuela Adele me apretó con la uña y me gritó.
- ¡¿Abuela Adele hizo eso?! ¿Por qué?

La niña queda en silencio, con la cabeza baja. Atilio levanta su rostro, con los dedos por debajo de su quijada y le pregunta, mansamente:

- ¿Por qué ella hizo eso? ¿Qué hizo usted?
- Yo quebré la taza.
- ¿Taza?
- La taza de leche. Estaba caliente y cayó de mi mano.

“- ¡Mi Dios! – piensa Atilio – ¡No es posible que Adele haya hecho eso solo por causa de una taza de leche!”

- ¿Papi está bravo?
- No, mi bien. No tiene importancia que usted haya quebrado la taza. Usted no tuvo la culpa.
 - Abuela Adele quedó brava.
 - Ella no va estar brava otra vez, ¿vio?

Abraza la niña, acariciándole sus cabellos.

- Yo no voy a derrumbar más...
- Yo sé...yo sé... usted es buenecita.

En la mañana siguiente, Atilio argumenta el hecho con Adele y esta afirma nada saber al respecto. Dice que, tal vez, haya sido un pequeño desentendimiento entre las niñas. Se recuerda de que Lucinha, realmente, quebró una taza, mas que no se

molestó con el hecho y que le dio otro tanto de leche.

- Creo que usted debería llamar la atención de ella para que no se ponga a inventar cosas de ese tipo. Entiendo la imaginación fértil de los niños, mas debe comprender que, a veces, eso puede llevar a los adultos a cometer errores e injusticias.

Atilio concuerda con la mujer y promete conversar con la niña, en la nohecita.

Adele, a su vez, se abraza con la muchachita y le hace demostrativos de cariños, a los cuales Lucinha intenta escapar.

- Papi va a trabajar, ahora. Pórtese bien, hija, a la tarde, vengo a buscarla.

Da un beso a la niña y sale apresurado para el servicio.

* * *

- Usted me parece muy preocupado hoy, Atilio. – dijo Narciso, con aire interrogativo, en el comedor de la fabrica.

- Lo estoy – desahoga, narrando al amigo el acontecimiento del día anterior.

- ¿Usted cree, que ella golpeó a la niña? Los niños tienen la manía de inventar cosas.

- Lo sé y comprendo eso, Narciso, mas percibí que Lucinha estaba diciendo la verdad. La conozco muy bien y, si fuese

invención, ella me contaría el hecho de manera diferente.

- ¿Y qué va a hacer?
- Bien, creo que Adele, después de la conversación que tuvimos, o mejor, sabiendo que Lucinha me cuenta todo, no va a hacer más lo que hizo, si realmente fue ella quien golpeó a la niña.
- Usted tiene razón.

Después de algunos segundos de silencio, en que los dos amigos continúan almorzando en el comedor de la fabrica, Narciso pregunta, medio sin **jeito**:

- Atilio, ¿cómo es que usted está, financieramente?
- ¿Por qué? ¿Está precisando de dinero?
- Bien...usted sabe...la situación de mi mujer...
- ¿Ella no mejoró?
- Mejoró, pero días atrás, tuvo una recaída y tendrá que someterse a una cirugía carísima.
- ¿La Empresa no puede ayudarlo?
- Ella ya me auxilió en lo que podía. Ahora no da más.
- Mire, Narciso, para ser franco, también estoy en una situación medio difícil, pues tuve que pagar a Adele un adelanto. Luego tendré que pagar el alquiler y voy a tener que pedir al señor Manuel una prorroga hasta el mes que viene. Veinte días más y tendré que pagar a Adele, otra vez.
- Entiendo. Además, su situación debe estar peor que la mía.

Atilio queda cabizbajo y triste por no poder ayudar al amigo.

- Mas no se preocupe. Voy a conseguir un modo. Tal vez consiga prestar en un banco y pagar en cuotas. – dijo Narciso, al notar el embarazo del compañero.

- ¿Será?

- Creo que si.

Descansan un poco en el patio de la fabrica y vuelven para el trabajo. En la tarde, cuando Atilio pasa por la casa de Adele, oye, al llegar cerca del portoncito de entrada, un llanto bajo de niño, que viene detrás del muro que rodea la casa.

Inmediatamente reconoce que es Lucinha quien llora. Abre rápidamente el portón y cuando la hija lo ve, corre en su dirección, con los ojitos hinchados de llorar y con sollozos que casi le impiden hablar.

- ¡Papi...papi!

El hombre la abraza y percibe excoriaciones en los brazos y piernas de la niña.

- ¿Quién la golpeó, Lucinha?

La niña mira para el padre y está lista para hablar cuando una voz, venida del otro lado de la casa, rompe el silencio:

- No va a mentir nuevamente para su padre, ¿Oyó, Lucinha?

Es Adele quien está hablando, con aire amenazador y brazos cruzados.

- ¿Qué ocurrió, Adele?
- Tampoco esta vez, no tengo nada con eso, Señor Atilio. Cuando percibí, ella ya estaba llorando. Debe haber peleado con Tina.
 - ¿Tina hizo todo eso en ella? – pregunta, estupefacto.
 - Mi hija es una niña fuerte...
 - Quiero preguntarle a ella.
 - ¡¿Qué?! ¡¿Usted, por acaso, está dudando de mí?!
- Usted dijo que debía haber sido ella. Quiero apenas tener certeza y no voy a hacer nada a su hija. Ella también es pequeña como la mía.
 - Pues bien. ¡Tina! ¡Tina!

Algunos segundos se pasan y la niña llega corriendo, atendiendo a los gritos de la madre.

- No fue ella, papi – afirma Lucinha – Fue abuela Adele quien me golpeó y me gritó.
- ¡Niña mentirosa! – vocifera la mujer. – Tina, cuente al señor Atilio que usted le pegó a Luchina.

Tina queda atontada y no sabe que decir, mirando para la madre, interrogativamente.

- ¡Diga que fue usted, Tina!

- Usted está obligando a la niña a decir que fue ella.
- No estoy obligando a nadie a nada, Sr. Atilio, y hay más: si tengo que cuidar de su hija y tener que oír insolencias y acusaciones, yo desisto. No quiero más negocios con usted. Y si quiere saber más, la niña merecía eso. Es muy chismosa y vive derrumbando cosas.

- Entonces usted confiesa...
- Yo no confieso nada y vamos acabar con esta historia. Vamos para dentro, Tina, y en cuanto a usted, no me traiga más su hija. Solamente acepté cuidar de ella porque Laurindo me obligó.

Diciendo eso, entra en casa y cierra la puerta violentamente.

Atilio carga la niña y sale para la calle, en dirección a su casa. Lucinha abraza su cuello, asustada que quedó con los gritos de la mujer.

- Fue ella, papi, quien me pegó. Yo estaba quietecita y ella me golpeó. Fue abuela Adele.

Comienza a llorar convulsivamente.

- No llore, hijita. – dice Atilio, acariciándole los cabellos e intentando calmarla. – No voy a dejarla más con abuela Adele.

Llegando en casa, mientras el padre toma un baño, la niña se acuesta en la cama adormeciendo, sin alimentarse. En vano, Atilio intenta darle un poco de leche, horas más tarde.

No consigue dormir en aquella noche. Después de mucho pensar, resuelve intentar conseguir un cupo para la niña, en la guardería de un barrio vecino y, tan ansioso queda en resolver ese problema que no consigue cerrar los ojos.

* * *

En la mañana siguiente, Adele y Laurindo están tomando el café y discutiendo nuevamente sobre lo ocurrido de la tarde anterior.

- Usted no debía haber pegado a la niña, Adele. Ella no es su hija.
- ¿Y, por acaso, tengo la obligación de cuidar de la hija de los otros?
- ¡Él nos estaba pagando!
- ¡Ese dinero no nos hará falta y, además, no era usted quien tenía todo el trabajo con la niña!
 - ¡Él es mi amigo!
- ¡Ora, amigo! ¡Si usted fuese gran amigo de él, no le cobraría nada! ¡Usted solo piensa en dinero!
- ¡Ah! ¿Es así? ¡¿Para qué usted cree que quiero ganar dinero?! ¡Es para su confort y de nuestra hija! ¡¿Y que gano con eso?! ¡Ingratitud! ¡Solo eso!
- ¡Ganar dinero a mis costillas! ¡Eso es lo que usted quería! ¡Beba menos en los bares que va sobrar más!
- ¡Mira como habla conmigo, Adele! ¡Soy su marido y exijo respeto! ¡Cállese la boca antes que yo pierda la paciencia y

usted sabe como quedo cuando me enojo!

Adele a pesar del odio que está sintiendo quemarle las entrañas, se resigna en quedar callada y sale de la cocina, pues sabe cuan poseído queda Laurindo, cuando está nervioso. El marido, por su vez, se levanta y, golpeando la puerta, va para el trabajo.

Adele, en el cuarto, no se conforma y comienza a alimentar, dentro de si, un odio terrible contra Atilio y la hija.

- ¡Ellos me van a pagar! – piensa, colérica, cuando, al mirar por la ventana de su cuarto, divisa a Atilio que camina agarrado de las manos con Lucinha.

“- ¿Dónde será que él va a dejar a la hija?” – intenta raciocinar y, en un impulso repentino, resuelve seguirlos.

* * *

- Buen día, señor. ¿En que le puedo ser útil? – indaga la directora de la guardería a Atilio, que acabara de entrar, juntamente con Lucinha, en la sala de la directora.

- Buen día. Mi nombre es Atilio del Carmo. Vivo aquí cerca, en la villa y...

- Siéntese, Sr. Atilio.

Atilio ocupa la silla de frente a la larga escribanía y sienta a la niña en sus piernas.

- ¿Es su hija?
- Si y es sobre ella que vengo a hablarle. Ya hace una semana que perdí a mi esposa y quería conversar con usted sobre la posibilidad de dejar la niña aquí en la guardería, pues tengo que trabajar y no poseo parientes con quien dejarla.
 - Siento mucho lo de su esposa.
 - Gracias.
- En cuanto al lugar para la niña, no va ser muy fácil, pues la guardería sobrepasó el límite de vacantes y tenemos ciertos reglamentos en cuanto a la cantidad de niños.
- Por favor, mi señora. Es solo una niña más y ella no va a darle mucho trabajo. Ella es buenecita. Y, además de eso, es la única manera que veo de poder continuar trabajando. Yo le imploro...
- Bien, Sr. Atilio, voy a intentar, mas debo prevenirle que eso no depende de mi. Consultaré el departamento responsable por las guarderías de la ciudad y después le daré la respuesta.
 - ¿Y cuanto tiempo va a demorar eso? Ya estoy perdiendo un día de servicio...
- Usted puede pasar por aquí, en la tarde, como a las diecisiete horas. Mas, como ya le dije, todo va a depender de la consulta. De mi parte, prometo interceder a su favor, mas no soy yo quien decide.
 - Muchas gracias, mi señora. Dios le pague. Yo vuelvo, entonces, en la tarde.

Diciendo eso, Atilio se retira con la niña.

- ¿Qué es la guardería, papi?

- La guardería es un lugar donde los padres dejan a los hijos durante el día para poder trabajar. De tarde, vienen a buscarlos. A usted le va a gustar, pues va a jugar con muchos niños y las profesoras son muy buenas.

- ¿Tienen juguetes?
- Tienen bastante.

Así salen para la calle, Adele, que estuviera, hasta aquel momento, oculta por detrás de un árbol de la plaza fronteriza, se dirige al predio que abriga la guardería y, después de informarse con la recepcionista de que Atilio estuviera hablando con la directora, pide una audiencia con ella.

- Siéntese, mi señora. ¿En que puedo ayudarla?
- Usted es la directora, ¿no es así?
- Si.
- Pues bien, voy directamente al asunto. Aquel hombre, Sr. Atilio, que vino a hablar con usted...
 - ¿Qué pasa con él?
 - Se que vino a pedir lugar para la hija...
- Si. Quedé de darle una respuesta a la tarde. ¿Por qué? – pregunta, interesada, la directora.
 - Es que... bien... creo que era mi deber venir a avisarla...
 - Hable, mi señora.
 - Acontece que él es un mentiroso.
 - ¿Mentiroso?
- Si. Es un vagabundo. Cuando su esposa murió.. y mire que ella murió de tanto trabajar para sustentarlo. Pobrecita...

- Continúe...
- Como estaba diciendo, cuando la esposa murió, los abuelos maternos querían quedarse con la niña, pues sabían que él solo sabía vagabundear y beber por los bares, mas, solamente por maldad, él no quiso entregar a la hija a los suegros. Quedé con pena de la niña y comencé a cuidar de ella. Después de casi una semana sin aparecer, resolvió llevarse a la niña para su casa, en la noche. En el día siguiente, volvió con la pobre hijita toda lastimada y, cuando me revelé contra aquello, me insultó y hasta me amenazó, llevando a la hija con él. Procuré seguirlo a la distancia y vi que entró aquí. Por eso, vine a esclarecerla a usted sobre toda la verdad.
 - No consigo creer. Él me pareció tan sincero y la niña parecía quererlo mucho.
 - Él finge muy bien y la niña tiene miedo.
 - Es increíble. ¡Eso es caso de policía!
 - Por favor, mi señora, no involucre a la policía en esto, o va a perjudicar todo.
 - ¿Perjudicar qué?
- Mi marido, que es muy amigo de él, me dijo que ya está casi convenciéndolo a entregar la niña a los abuelos y va a conseguirle un empleo.
 - Pero él vino a intentar conseguir un lugar para la hija aquí.
- Por maldad, mi señora. Él quiere ver a los abuelos de la niña sufrir, mas tengo la certeza de que, al percibir que no consigue nada, acabará entregando la hija a ellos.
 - ¿Usted lo cree?
- Tengo la certeza que si. Lo que le pido es que no consiga

cupo para ella. Además de eso, él será bien capaz de no venir más a buscarla.

- ¡Dios mío!
- Si usted quisiera realmente ayudarlo y a la hija, no disponga el cupo y el resto déjelo por mi cuenta y de mi marido. Así, estará también librándose de serias contrariedades.
- Muchas gracias por el aviso, señora...
- María José – miente Adele.
- Le agradezco nuevamente, doña María José.
- Hasta luego y... gracias.

Adele sale satisfecha. Con su intriga y pérfidas mentiras, consiguiera vengarse de aquel que fuera la causa de su discusión con el marido. En el fondo, reconocía que también hacía aquello en un sentimiento mórbido de maldad para con la fallecida, a quien detestaba mucho, por despecho de su belleza y juventud.

Son las dieciséis horas cuando Atilio despierta a Lucinha de su sueño vespertino y, arreglándola con un vestidito nuevo, parte con ella en dirección a la guardería. Por todo el camino, ora pidiendo a Jesús que no lo desampare. Va tan confiante, que se lleva un gran impacto al recibir la respuesta negativa de la directora.

- No tengo culpa, Sr. Atilio. Como le dije, no dependía de mí e hice todo lo posible para interceder por el caso del señor.- miente la directora, pues ni siquiera consultara al departamento responsable.

- ¿Qué voy a hacer ahora? – pregunta, visiblemente conmovido.

La directora, delante de la sinceridad de Atilio, queda medio desconcertada, pues solamente en aquel momento le viene a la mente que doña María José es quien podría estar mintiendo.

- Tengo sed, papi. – reclama Lucinha.
- Cuando lleguemos a casa, usted toma agua, hija.
- Ven conmigo, mi bien – pide la directora, levantándose de la silla.- Yo te llevaré a tomar agua. Aguarde un momento, Sr. Atilio.
- Vaya con ella, hija.

La directora sale de la sala con la niña, en dirección a un bebedero localizado en un corredor de la guardería y aprovecha para hacerle una pregunta.

- ¿Usted tiene abuela, Lucinha?
- Tengo.
- ¿Cómo se llama ella?
- Abuela Adele.
- ¿Dónde vive ella?
- Cerquita de casa.

La directora no sabe que la niña se está refiriendo a Doña Adele a quien acostumbrara a llamar abuela y, así, no tiene más dudas de que el hombre está mintiendo, pues, había dicho que no tenía parientes y ve confirmada la versión de la mujer que la visitara.

De vuelta a la sala, se disculpa con Atilio, diciendo que tiene que salir para un compromiso y se dispensa, sin mucha contemplación.

El hombre vuelve para casa, desesperado, pues no sabe que hacer. Piensa en recurrir a otra familia del barrio, pero después de lo ocurrido entre doña Adele y su hija, no tiene coraje de arriesgarse en dejar la niña con más nadie.

En la mañana siguiente, en la fabrica:

- ¿Qué está haciendo aquí con su hija, Atilio? Usted tiene que trabajar hoy, pues ya faltó ayer.- argumenta narciso, preocupado, al ver al amigo llegar con la niña.

- Estoy con problemas, Narciso.

- ¿Qué problemas?

Atilio le cuenta, entonces, los acontecimientos, desde cuando descubrió que doña Adele golpeaba a su hija hasta la conversación final con la directora de la guardería.

- ¡Que cosa, Atilio! ¿Y qué pretende hacer?

- No sé...no puedo perder más días de trabajo. Estaba pensando que, tal vez... bien... ¿será que la niña no podría quedar por algunos días, aquí en la fabrica, mientras trabajo?

- ¡¿Usted está loco, Atilio?! Esto aquí es muy peligroso y, además de eso, el patrón no va a permitirlo, de ninguna manera. ¡Es contra el reglamento!

- Yo sé, mas ella podría quedar jugando allá en los fondos,

con la muñeca que le compré. Nadie nunca va allá y no tiene peligro. De vez en cuando, voy a darle una mirada.

- No puedo permitirlo, Atilio. Discúlpeme, mas también podré perder el empleo por eso.

- Solo por hoy, entonces, Narciso. Usted sabe que no puedo faltar dos días seguidos sin una constancia médica y, mañana, podré no venir a trabajar nuevamente. Intentaré encontrar otra solución.- suplica Atilio, con desespero en su mirada.

Narciso no sabe que hacer, pues es él responsable por los operarios de aquel sector y si la niña fuera descubierta podrá complicarlo. Queda pensativo, por algunos instantes, delante de aquel dilema. No puede desobedecer al reglamento, mas tampoco tiene coraje de no atender al amigo.

- Atilio, lo que puedo hacer es lo siguiente: usted hace lo que quiere con la niña, mas me hago de cuenta que yo no estoy enterado de nada. Si algo aconteciera o el patrón descubriera, voy a decir que desconozco el hecho.

- Muchas gracias, Narciso. Usted es un gran amigo.

- Pido que me disculpe, pero tampoco puedo arriesgar mi empleo. Lo máximo que puedo hacer es “cerrar los ojos” y dejar la responsabilidad por su cuenta.

- Puede estar tranquilo, que no lo involucraré en esto y, además de eso, Lucinha es buena niña y nada va a acontecer.

- Así espero.

Atilio agarra, entonces, a la niña y, fingiendo llevarla para fuera de la fabrica, da la vuelta en torno del galpón y la conduce a un

pequeño rancho, próximo a la puerta detrás de aquel edificio. La máquina que opera está bien próxima a aquella salida y sabe que podrá vigilar a la niña.

- Hijita, papi va allá adentro a trabajar. Quédese quietecita aquí, jugando con la muñeca y no salga de este lugar. De aquí a un rato, vuelvo para verla.

La niña se sienta en un caja vieja y comienza a “conversar” con la muñeca.

La mañana transcurre normalmente. Atilio trabaja como si nada estuviese aconteciendo y a cada media hora va a ver a la hija. Cuando llega la hora del almuerzo, agarra su bandeja en el restaurante de la empresa y, furtivamente, va a compartir con la niña.

- Papi, quiero ir para casa.
- Quédese tranquilita que luego vamos a volver y mañana pasaremos nuevamente.

Cuando la sirena toca, anunciando el retorno al servicio, Atilio, después de varias recomendaciones a la niña, vuelve a su puesto y recomienza el trabajo.

* * *

- Ven aquí, gatito – llama Lucinha, al ver, cerca de si, un bonito gato ceniza.

- Ven acá, ven.

El felino se arrima a ella, frotando sus pelos en sus piernitas. La niña lo acaricia y lo carga, lanzando la muñeca para un lado. Al apretar un poco en demasía el cuerpo del gato, este se desprende de su abrazo y, saltando al suelo, comienza a caminar lentamente.

- Vuelve aquí, gatito.- pide, sonando los deditos y yendo atrás de él.

Recorren unos treinta metros hasta que el gatito resuelve esconderse dentro del galpón. La niña continua siguiéndolo. El gato, al verse en medio de tanta gente y de gran ruido de las maquinas, se siente arrinconado y huye más para el interior de la fabrica. Lucinha, en su ingenuidad, corre atrás.

En ese momento, uno de los operarios que controla, electrónicamente, un puente rodante, movilizand una pieza de hierro fundido grande y pesada, tiene enorme sobresalto al ver que la pieza va a alcanzar a la niña, en su camino. Y, en un gesto repentino y calculado, aprieta un botón de comando para que la pieza se suelte del puente y caiga en el suelo antes de alcanzar a la niña. Enorme estruendo repercute por toda la fabrica, cuando el impacto de la gigantesca pieza con el suelo la despedaza toda, abriendo un gran agujero en el suelo de cemento. La corrida es enorme en dirección al accidente. Máquinas son desconectadas y la alarma sonando. Atilio también corre.

- ¿Qué ocurrió? – pregunta Menezes, director de la empresa, que acabara de entrar en la fabrica por una puerta lateral, atraído por el ruido.

- Aun no sé.- responde Atilio, que pasa por el corriendo.

Enorme numero de operarios se encuentran aglomerados en torno de la niña.

- ¿Usted está bien, muchacha?- pregunta uno de los hombres, agachado delante de Lucinha que, aun de pie, mira espantada para todos.

- ¡Yo quiero a mi papi! – llorisquea, asustada.

En aquel momento, Atilio, que ya está abriendo camino por entre los operarios, oye la voz de la hija.

- ¡Lucinha! ¡Lucinha! ¡Déjenme pasar!

Abraza la niña y, frenéticamente, comienza a palparla para ver si no está herida.

- ¿Usted se lastimó? – pregunta, ansioso.

- ¡Papi! – respondió la niña, apretando sus bracitos alrededor del cuello del padre.

Atilio mira por sobre los hombros de la niña y ve la gran pieza destrozada, a pocos metros.

- ¿Qué ocurrió? – interroga, enérgicamente, el director de la empresa, al llegar al lugar.
- La culpa no fue mía, Sr. Menezes. La niña entró aquí, corriendo, cuando yo estaba movilizandole la pieza con el puente. Para no alcanzarla, hice caer todo en el suelo. No tuve la culpa.
- habla, asustado, el hombre, girando nerviosamente la mirada para todos.
- ¿Quién es esa niña?
- Es mi hija.- responde Atilio.
- ¡¿Su hija?! ¡¿Y qué está haciendo ella aquí?!
- Ella estaba allá en el rancho, detrás de la fabrica, esperándome.
- ¿Desde que hora ella está aquí?
- Desde temprano. No tenía con quien dejarla. Usted sabe...mi esposa murió...
- ¡Narciso!
- ¿Señor...?
- ¿Fue usted quién permitió esto?
- Narciso no sabía nada, Sr. Menezes. Yo la traje a escondidas.
- ¿Usted ya pensó que ella podría estar muerta, ahora, por causa de su imprudencia?
- Si, mas...yo estaba desesperado, sin saber donde dejarla mientras trabajaba.
- Eso fue una irresponsabilidad muy grande. Usted podría dejarla en alguna guardería o con alguna vecina. Y, además de eso, usted conoce los reglamentos de la fabrica. Por su causa, una pieza carísima fue totalmente destruida. Considérese

despedido. Puede recoger sus cosas y dirigirse al departamento del personal.

- Señor Menezes...
- Ya hablé: está despedido.

Diciendo eso, el director se aparta rápidamente, mientras Atilio, aun abrazando a la niña, queda mirando, atontado, para los colegas de trabajo que, lentamente, se van apartando y retornan al trabajo. Solamente Narciso queda a su lado.

- Yo le avisé, Atilio. ¡Mas que azar!...
 - ¡Narciso! – llama el jefe del personal de la otra ala.
 - Si...
- Forme un grupo para limpiar el lugar de los escombros y diga a Atilio que se presente, inmediatamente, al departamento del personal.

Atilio se levanta con la niña cargada y, abatido, camina en dirección a las oficinas. Llegando allá, son explicados todos los detalles de su dimisión y, al cabo de dos horas, recibe lo que le corresponde en dinero, firma diversos papeles y es invitado a retirarse de la fabrica.

Con la niña aun en brazos, camina por las calles sin conseguir raciocinar, pareciendo vivir una pesadilla. En ese momento, comienza a sentir todo el peso de los últimos acontecimientos: la muerte de su esposa, los malos tratos a su hijita, el rechazo de la directora de la guardería y, ahora, su dimisión del empleo. Se siente aniquilado y, sentándose en un banco de una pequeña

plaza, no contiene la emoción y se entrega a las lágrimas.

- ¿Por qué papi está llorando? – pregunta Lucinha.

Atilio mira a la niña. Su carita ingenua y pura le corta el corazón, pues percibe cuan indefensa está la niña delante del mundo que los cerca. Y, en ese momento, revistiéndose de un gran cambio en sus emociones, le responde:

- Por nada, mi hijita. Por nada. Las personas grandes, a veces, también sienten ganas de llorar. Mas ya pasó. Y ahora vamos para casa.

En el camino de regreso, se rehace un poco, con el pensamiento vuelto en luchar arduamente por el futuro y protección de aquella criaturita.

Llegando a casa, se baña y a la niña, prepara algo para comer y, después de colocar a Lucinha en la cama, se acuesta también. No consigue dormir, intentando descubrir la mejor manera de resolver sus problemas. Después de mucho pensar, resuelve que lo mejor a hacer es encontrar , primero una escuela o guardería para la hija, en cualquier otro barrio de la ciudad y, después, procurar algún empleo en los alrededores. Sabe, también, que precisa resolver eso pronto, pues el poco dinero que tiene dará, apenas, para mantenerse por algunos días.

De mañana, bien temprano, sale, junto con la hija, en la búsqueda de lo que se propusiera en la noche anterior. Consigue visitar una escuela del tipo “maternal” y dos

guarderías, en dos barrios de la ciudad, volviendo, ya en la nochecita, cansado y sin ningún resultado satisfactorio. El “maternal” tiene que ser remunerado y la matrícula es carísima. Las dos guarderías ya están literalmente llenas, apenas consiguiendo promesas de una vacante para el año siguiente. Lucinha, afligida, de tan cansada, vuelve durmiendo en sus hombros. Con mucho costo, consigue hacer que bebe un vaso de leche, pues la niña mal abre los ojos, de tanto sueño. Mas Atilio no se deja abatir. La ciudad es grande – piensa – y aun existen muchas guarderías para visitar, siendo su mayor preocupación el dinero, que es poco. En esa noche, consigue dormir rápidamente, pues el cansancio le entorpece la mente y el cuerpo.

En el día siguiente, vuelve a procurar otros lugares, mas, nuevamente, solo consigue encontrar el cansancio y la negativa. Y, durante ocho días intenta, inútilmente, un lugar para que la niña pueda estar mientras trabaja. Reconoce que un empleo también es difícil de encontrarse, mas si consiguiera un lugar para la hija, por lo menos ella tendría que comer y será tratada con cariño.

Un día más se pasa.

- ¡Mi Dios! ¿Qué hago? Ya no aguanto más esta búsqueda. Mi dinero se está acabando. Ayúdeme Jesús. ¿Cómo haré para alimentar esa criaturita que fue colocada bajo mi guarda? – ora, desesperadamente, mientras Lucinha juega con bagatelas, en su cuarto de dormir.

En ese momento, tocan a la puerta y Atilio va a atender, haciendo entrar a doña Berta, esposa del señor Manuel, propietario de la casa donde vive.

- ¿Cómo está, doña Berta?
- Mal, señor Atilio, muy mal.
- ¿Qué ocurrió?
- ¿Entonces usted no sabe que Manuel está enfermo y está hospitalizado?
- No, doña Berta. No supe nada.
- Pues sí, señor Atilio. Manuel está con un lado de su cuerpo paralizado y no consigue ni hablar. ¡Que desgracia...! – y comienza a llorar.
- ¡Mi Dios! Le juro que no sabía nada.
- ¡Como estamos sufriendo!
- Yo imagino...
- Señor Atilio, usted me disculpa venir a incomodarlo a esta hora, mas estoy precisando de dinero y quería pedirle para que me adelantara el pago del alquiler. En verdad, faltan solamente ocho días para que usted nos pague.

Atilio lleva un impacto. Con todos los reveses porque ha pasado, por momento alguno se recordó del alquiler. Inclusive, había pagado, adelantado, a Laurindo para que Adele cuidase de Lucinha, pensando en pedir al señor Manuel esperar unos días.

- Bien, doña Berta, - miente Atilio – aun no recibí el pago y

usted sabe... tuve mis gastos con la muerte de mi esposa.

- ¡Oh!, si, me había olvidado. Debe haber pasado por serias dificultades financieras. Usted discúlpeme, mas es que los gastos con médicos y hospital están tan caros que...

Atilio siente enorme pena de aquella señora que, junto con el señor Manuel, siempre le dedicó gran comprensión cuando sus dificultades financieras.

- Doña Berta, - interrumpe – infelizmente, no puedo adelantarle el alquiler, mas espere un poco que yo voy a dar una mirada en el dinero que tengo en casa y, tal vez, pueda conseguir alguna cosa.

- Haga el favor, señor Atilio. Estamos muy necesitados.

Atilio va hasta el cuarto y abre su cartera.

- “Mi Dios, - piensa - ¿qué haré?”

Quiere ayudar a la pobre mujer, mas sabe que si tira cualquier centavo que sea, estará tirando, tal vez, el alimento de su hija. No tiene coraje de contar a la mujer, por lo menos por ahora, sobre la situación por la que pasa. Cierra la cartera y vuelve para la sala.

- Lo siento mucho, doña Berta. Lo poco que tengo, mal alcanza para pasar hasta el día del pago.

- No hace mal, señor Atilio. Pediré a los médicos que esperen un poco más. Tengo certeza de que Dios me ayudará en

eso. Se que si usted tuviese, me ayudaría y le agradezco su interés. Dios le pague. Discúlpeme importunarlo.

- De un abrazo al señor Manuel. Espero que pronto esté bien.
- Gracias, señor Atilio. Buenas noches.
- Buenas Noches – le responde el hombre, ya despidiéndola en la puerta.

Atilio se siente francamente abatido. ¿Cómo haré para pagar el alquiler? – piensa, desesperado. – ¿y, aun por encima, le di esperanzas a la pobre mujer!

Se sienta pesadamente en una silla y el desespere se apodera de su mente.

- Papi, ¿usted va a llorar otra vez? – pregunta Lucinha, entrando en la sala.

Atilio abraza a la niña y, como tantas otras veces, consigue, de esa manera, revitalizarse un poco más.

La amnésica.

- Decididamente, no se como ayudarla, mi señora. – habla, mansamente, Januario, dueño de una panadería ubicada en el centro de una pequeña ciudad del interior – La señora no sabe su nombre, no sabe quien es, de donde vino... ¿Realmente, no se acuerda de nada?.
- No sé... está todo muy confuso dentro de mi cabeza... la

única cosa que sé es que tengo que ir para Boiadas.

- ¿Boiadas? Es una ciudad aquí cerca. Usted conoce o se recuerda de ese lugar? ¿Se acuerda de alguien?

- Mire, joven, no conozco a nadie, ni nada. Como ya me dijeron, en otras ciudades por donde pasé, debo haber perdido la memoria. Y es todo muy extraño... no me recuerdo de nada... por otro lado, sé leer, sé escribir, hacer todo lo que las personas hacen. Solo no sé quien soy.

- ¿Pero se acuerda de Boiadas?

- No, no me recuerdo. Apenas sé que debo ir allá. Creo que, en ese lugar, encontraré respuestas y personas que deben conocerme.

La mujer está mal vestida, casi en andrajos, cansada y sucia. Aparenta tener, aproximadamente, unos treinta y cinco años de edad. Debajo de toda su apariencia de mendiga, se percibe fácilmente un rostro bonito, de trazos leves y suaves.

- Enero, - interrumpe doña Olga, su esposa, que, hasta aquel momento, aun no interviniera en la conversación del marido y que apenas los oía, mientras atendía a los pocos clientes que entraban en la panadería – creo que podemos ayudar a la mujer. Mi señora, - se dirige, ahora, a la extraña – solo existe una manera de ayudarla: vamos a llevarla hasta Boiadas.

- ¿Y la panadería, Olga?

- Carlitos puede atenderla. El movimiento, hoy, está débil. Además que, Boiadas está a menos de una hora de viaje y a la noche estaremos de regreso.

Januario queda indeciso y, pidiendo permiso a la mendiga, lleva a la esposa para la habitación contigua.

- Olga, creo que está bien ayudar a esa mujer, ¿pero y si ella no se recuerda de nada en Boiadas? ¿Qué haremos con ella?
- Bien... creo que... ora, eso después lo resolvemos. Tengo mucha pena de ella, pobre afligida, y alguien tiene que hacer alguna cosa por ella.
- Está bien. – concuerda Januario, reflexionando por algunos segundos.

Vuelven los dos para el balcón, donde perciben el deseoso y hambriento mirar de la mujer en dirección a la vitrina que expone deliciosos dulces y panes de varios tipos.

- ¿Usted tiene hambre?

Tragando la saliva que se le acumulara en la boca, la desventurada concuerda con la cabeza, medio avergonzada.

Doña Olga le prepara un sándwich y un vaso de leche. Mientras se alimenta, Januario llama a Carlitos y le da instrucciones en cuanto al servicio de atención de la panadería.

Terminada la ligera refección, entran los tres en el carro del señor Januario y toman rumbo a Boiadas. Ya es la una de la tarde.

- ¿Cuánto tiempo hace que usted está andando, de ciudad en ciudad, rumbo a Boiadas?
- No estoy segura, mas ya hace muchos días. Cuando tuve un centelleo en la memoria, de que debería dirigirme a Boiadas... parece tan increíble... mas ya estaba cerca de aquí. No sé porque motivo me dirigía para este lado.
- ¿Y por qué y cómo usted viajaba, siempre?
- Yo pasaba todo el tiempo mendigando comida y dinero. Cuando este era suficiente, compraba un pasaje para una ciudad vecina a aquella en que me encontraba y partía en la esperanza de encontrar a alguien, algún lugar o alguna cosa que me hiciese recordar el pasado. Pasé por ciudades grandes y pequeñas. Pasé mucha hambre y frío, durmiendo a la intemperie, hasta que resolví procurar Boiadas. Cuando eso aconteció, como ya dije, ya estaba cerca de aquí.

Cuando ya habían viajado cerca de cuarenta minutos, inesperadamente, la mujer suelta un grito:

- ¡Pare el carro!
- ¡¿Hein?!
- ¡Pare el carro! Conozco este lugar.

Januario estaciona el automóvil en el hombrillo del camino y da paso para que la mujer descienda. Esta, tan pronto sale del carro, corre cerca de unos ciento cincuenta metros y se detiene. Pronto en seguida, llega Januario, seguido de doña Olga, ambos exhaustos.

- ¡¿Qué fue?!
- ¿Ustedes están viendo a aquella casita, allá abajo?
- Si.
- Conozco ese lugar... ¡tengo certeza!

La mujer cierra los ojos en la tentativa de recordarse de alguna cosa.

- Me estoy recordando...
- ¿De qué?
- Me recuerdo... déjeme ver... era niña, aun... el río... hay un río que pasa por detrás de la casa... – abre los ojos - ... ¿están viendo aquella mata, detrás de la casa?
- Si – responde Olga.
- Pues si... tengo certeza de que allá pasa un pequeño río...
- ¿Y qué más?
- No me recuerdo... ¿Vamos hasta allá...? Tengo certeza de que me recordaré.

Januario mira, interrogativamente, para doña Olga que concuerda meneando la cabeza.

- Vamos, si. Tal vez lo que o quien procura esté allá.

Vuelven para el carro y, retornando unos quinientos metros, encuentran un atajo que los lleva hasta el lugar. Estacionan de frente a la casa y, descendiendo del carro, dan palmadas.

- Diga... – atiende, abriendo la puerta, una mujer de edad avanzada, acompañada de otra de poco más de treinta años y dos niños más.

Januario y Olga miran a la mendiga y a los otros, esperando, tal vez, un reconocimiento. Todos se entremiran mas nada ocurre, de ambas partes.

- Digan... insiste la vieja.

Es Januario quien se presenta.

- Discúlpennos incomodarlas. Mi nombre es Januario y esta es mi esposa Olga. Vivimos en Urtigal, donde tenemos una panadería...

- Conozco al señor, ¿mas... en que podemos ayudarlos?

Januario relata, entonces, a las mujeres, el problema de la mendiga y que esta parece haber reconocido aquel lugar.

- Nosotros nunca vimos a esta señora antes. – afirma la anciana, lo que es confirmado por la otra.

- Me parece que conozco este lugar. Me recuerdo bien de esta casa y del río que pasa allí detrás, en el árbol.

La joven la interrumpe:

- Mire, mi señora, esta casa es bastante antigua y mi madre mora en ella desde niña y, con respecto al río que usted dice,

puedo afirmarle que no hay ningún río allí en el árbol.

La mendiga mira, desconcertada, para todos y, antes que consiga balbucear cualquier cosa, la anciana toma la palabra.

- Realmente, vivo aquí desde los tres años de edad y esta casa ya era así. Nada fue cambiado. En cuanto al río, mi hija no llegó a verlo, mas en verdad, existía uno que cortaba aquella mata, sin embargo, cuando fue construido el camino, bloquearon el paso del agua y él se secó.
- No sabía de eso, mamá.
- Hace mucho tiempo que eso aconteció.

La mendiga se emociona y pregunta:

- ¿Aun existe un gran tronco de árbol, cortado en diagonal?

Espantada, es la más joven quien le responde:

- Venga a ver...

Descienden todos para el lugar mencionado y hasta Januario se emociona al ver un gran tronco de árbol, ya bastante podrido que, por el tamaño y cantidad de raíces no debe haber sido posible retirarlo. Realmente, el estaba cortado en sentido diagonal.

Todos quedaron algunos segundos en silencio, mientras la mendiga camina hasta cerca de un surco de tres metros de

ancho por unos dos metros de profundidad, que corta el suelo donde debería haber sido el lecho de río.

La anciana interrumpe el silencio:

- Mi señora, tiene razón en cuanto al río. Solo no entiendo como es que tiene recuerdos de este lugar, pues ese río se secó luego que vine a vivir aquí con mis padres y yo tenía, en esa época, apenas tres años de edad. Hoy, tengo sesenta y tres años. Eso quiere decir que el río no existe más hace aproximadamente sesenta años y usted no aparenta más que, tal vez, cuarenta.

Todos quedan sorprendidos con esa afirmación, principalmente al pordiosera, que ya no sabe que decir. Januario intenta consolarla:

- Mi señora, creo que estamos cerca de descubrir quien es usted. Tal vez, usted haya visto una fotografía de este lugar y se recordó de cuando lo vio. Creo que eso es un gran paso, pues significa que su memoria ya está, tal vez, queriendo fluir libremente. Tenga un poco de paciencia. Vamos a volver al camino y enrumarnos para Boiadas. Tal vez allá...

Agradecen la cooperación de las mujeres de aquel lugar y vuelven para el carro.

Recorren los kilómetros que faltan para llegar a Boiadas, en silencio. Tal vez motivados por la emoción que sintieron en

aquel pequeño sitio, Januario y Olga se sientan bastante envueltos con el caso de aquella mujer desmemoriada y es con ansiedad y con cierto recelo que comienzan a recorrer las primeras calles de Boiadas, ciudad del interior de medio porte.

La mendiga no demuestra señal alguna de reconocimiento del lugar. Ruedan por algunos minutos más llegando, en fin, a la plaza principal, donde Januario imagina ser el lugar de mayor interés para el caso en cuestión, pues, en cualquier lugar, ese tipo de paseo público es lo más conocido de toda la ciudad. La plaza es grande y arborizada con árboles enormes y bastante antigua.

Descienden los tres del carro, encaminándose para el centro de la plaza. La mendiga mira y examina todo alrededor hasta que su mirada se fija en un desván antiguo, con balcones en las ventanas, teniendo, en el piso térreo, un bar, con sus puertas abiertas y vueltas para la plaza. Al lado de las puertas abiertas, un pequeño portón, en forma de cerca, da acceso a una escalera empinada que termina en una puerta de madera. La mujer abre más los ojos y grita:

- ¡Mi Dios! ¡¿Qué está aconteciendo?!

Mira nuevamente alrededor y parece tener un choque.

- ¡Adolfo! ¡Adolfo! – comienza a gritar mientras corre en dirección del desván.

Januario y Olga, perplejos, corren siguiéndola.

- ¡Espere! ¡Espere! – grita Januario, corriendo, sin conseguir alcanzarla, pues la mujer parece alucinada y corre frenéticamente.

La mendiga llega en frente al bar, mira para dentro, de donde los pocos frequentadores devuelven el mirar asustado e interrogativo. Pareciendo desesperada, abre el pequeño portón y sube precipitadamente los escalones. En el último lance de la escalera, encontrando la puerta cerrada con llave, le da puñetazos con ímpetu, gritando:

- ¡¡¡Adolfo!!! ¡¡¡Adolfo!!! ¡¡¡Abra la puerta!!!

Solamente en ese momento es que Januario y Olga consiguen llegar en el comienzo de la escalera, junto con los frequentadores del bar que, oyendo los gritos de la mujer corren hasta allí. La puerta se abre, surgiendo una joven que es empujada por la mendiga, casa adentro.

- ¡¡¡Adolfo!!! ¡¿Dónde está usted?!... ¡¿Quién es usted?! – pregunta amenazadoramente a la joven que le abriera la puerta.

En ese momento, Januario y algunas personas más, inclusive el dueño del bar, habitante del desván, entran también.

- ¡¿Qué está ocurriendo?! ¡¿Quién es usted?! ¡Salga de aquí!
– amenaza el propietario del bar.

- ¡Esta es mi casa! – responde la pordiosera. - ¡¿Dónde está Adolfo?!
- ¡¿Adolfo?! ¡¿Qué Adolfo?!
- ¡Adolfo, mi marido! Nosotros vivimos aquí.
- No existe ningún Adolfo, mi señora, y esta casa es mía.

La mendiga se deja caer en una poltrona y se pone a llorar, convulsivamente. Mientras doña Olga intenta consolarla, Januario explica, en rápidas palabras, lo que ocurre con aquella señora, diciendo, también, que no entiende tal procedimiento.

- Pobre mujer... – exclama el dueño del bar.

Aparentando un poco más de calma, la mendiga vuelve a hablar:

- Por favor, alguien me explique que está ocurriendo... ¿Dónde está Adolfo? ¡¿Y qué ropas horribles son estas que estoy usando?!
- Mi señora, - habla Januario – nosotros la trajimos hasta esta ciudad y...
- ¡¿Ustedes me trajeron?! ¡¿Me trajeron de dónde?! ¡Esta es mi casa! ¡¿Quién son todos ustedes?! ¡Yo no los conozco!
- Mi señora... – insiste Januario.
- Déjeme hablar, por favor. – suplica la mendiga – ¡Creo que estoy soñando, teniendo una pesadilla! Salí, ahora hace poco, con destino a la casa de Regina, una de mis... bien... una de mis empleadas y cuando estaba allí, bien en medio de la plaza, sentí un estallido en mi cabeza y, de repente, todo se había

modificado. Casi todas las casas estaban diferentes y... hasta nuestro bar... todo cambiado. ¿Será que estoy soñando?

Se levanta, rápidamente, y va hasta la puerta, dando un grito:

- ¡¡¡Continua todo cambiado!!! ¡¡¡Hasta la plaza está diferente!!! ¿Y Adolfo?! ¿Dónde está Adolfo?!

Completamente fuera de si, pareciendo entrar en un colapso nervioso, desfallece en los brazos del dueño del bar.

- Llame al Dr. Fernando, vera. – pide el propietario de la casa, mientras coloca la mujer acostada en el sofá de la sala. En seguida, corre hasta la cocina y vuelve trayendo un poco de alcohol, con la cual frota los brazos y el rostro de la mujer, en la tentativa de reanimarla.

La mendiga aun está dormida cuando llega el médico que la examina y, prontamente, pide que la lleven hasta el hospital, donde deberá ser internada, pues constata señales de anemia y agotamiento físico.

Siendo colocado a la par de lo ocurrido, diagnostica el mal como fruto de intensas emociones donde ella no consigue más ver la realidad y pasa a tener alucinaciones.

Ya hospitalizada y debidamente medicada con tranquilizantes y suero para recobrar las fuerzas, el médico explica a Januarío que ella tendrá que pasar alguno días, allí, en el hospital, para

que se recupere y puedan ser hechos algunos exámenes mas específicos.

Januario y su esposa, ya por demás envueltos emocionalmente con aquella extraña, se prestan a pagar los gastos del tratamiento hospitalario. Sin embargo, no queriendo involucrarse, aun más, con la situación que presumen no tener una solución o salida tan fácil, piden al médico que les envíe la cuenta de los gastos y que encamine la mujer a una institución filantrópica que pueda cuidar de su caso.

- No se preocupe, señor Januario. Si ella continua con esos síntomas, los cuales considero psicopáticos, deberé, por una cuestión profesional, enviarla a un hospital psiquiátrico.

Todo prácticamente acertado, vuelven para su hogar y quehaceres , satisfechos por haber ayudado a un semejante en situación tan adversa.

* * *

En aquella noche, Januario y Olga no consiguen dormir, compadecidos que están con el destino que está reservado a aquella desconocida que, tan inesperadamente, entrara en sus vidas.

- ¿Será que ella realmente, está loca, Januario?
- No sé. Ella me parecía bastante lúcida y normal cuando estuvo aquí, no obstante la perdida de la memoria. No consigo

entender ese recuerdo con respecto a aquella casa y al lugar. ¿Y quién será Adolfo?

- Por más que piense sobre el caso, no consigo ver locura en aquella mujer. ¿Será que ella no recobró la memoria al ver aquella casa que, tal vez, fuese parecida a la suya, mas que, en verdad, se encuentra en otra ciudad?

- No sé que decir, Olga. Y, además, ¿por qué esa fijación en hasta Boiadas?

Se quedan algunos minutos en silencio, sin, no obstante, conseguir librar el pensamiento de toda aquella historia.

- Creo que deberíamos hacer alguna cosa por ella. – dice Olga, rompiendo el silencio.

- ¿Hacer qué, mujer?

- No sé... lo que no me conforma es que, tal vez, ella sea internada en un manicomio. Porque, si, realmente, existiera una casa igual o parecida a aquella en otra ciudad, como usted dijo,...si ella tuviera parientes... si existiera el tal Adolfo, ella nunca lo encontrará si fuera internada. Y sufrirá mucho. Creo que, tal vez, hubiese sido mejor si ella no hubiese, si es que eso aconteció, recuperado la memoria.

- Usted tiene razón, ¿Pero que podríamos hacer por ella?

- Creo que deberíamos impedir que ella fuese internada.

- ¿Pero cómo? Y... ¿qué haríamos con ella? No podemos traerla para nuestra casa.

La mujer queda pensativa por algunos instantes, pareciendo querer decir alguna cosa, mas al mismo tiempo recelosa de

exteriorizar sus pensamientos. Hasta que resuelve:

- Podríamos hablar con la gente del Barrio de los Extraños.
- ¡¿Barrio de los extraños?! ¡¿Usted está loca, mujer?!
- ¿Loca, por qué?
- Dicen que aquella gente tiene pacto con el demonio. Usted ya oyó hablar de eso. El padre...
- Ora, Januario, no me diga que usted acredita en esas historias...
- ¡Ah!... Yo no sé...
- Aquellas personas solo hacen el bien, Januario. Es cierto que ellos tienen una religión diferente. Que el padre está en contra. Hablan con los Espíritus, no sé lo que es... Mas sé que hacen el bien y que mucha gente, aquí de la ciudad, va allá, en las reuniones que ellos hacen. ¡Van escondidos, mas de que van, van!
- ¿Y cómo ellos podrían ayudar?
- No sé, mas ellos tienen un barrio grande y se también, como ya dije, que están siempre listos a ayudar a las personas. Además, debe tener, algún lugar para que ella viva y hasta, quien sabe, trabajar en las hortalizas.
- Puede ser, mas... ¿cómo haremos para hablar con ellos?
- Yendo hasta allá, ora.
- Ahora usted si está loca. Yo si que no voy allá.
- ¿Por qué, Januario? No me diga que tiene miedo.
- ¡¿Miedo, yo?! Ora, no diga tonterías. Usted sabe que yo no tengo miedo de nada.
- Entonces...

Januario sabe que está acorralado. Si no fuera, es muy

posible que Olga piense que tiene miedo y si existe una cosa que él no admite es que lo llamen cobarde.

- Está bien. Nosotros iremos hasta allá, mas con una condición: iré con su crucifijo colgado en el cuello y con la medalla de San Judas, mi protector.

- De acuerdo, entonces. – concuerda la mujer, satisfecha. – Iremos mañana en la tarde. Después, conversaremos al respecto con el Dr. Fernando.

Desespero

Por tres veces, Atilio procuró hablar con el Sr. Menezes, director de la empresa en la cual trabajaba, más nunca consiguió encontrarlo. Percibe que, en verdad, la secretaria le miente sobre la ausencia del director. Supo también que Narciso fuera despedido, lo que le causa gran disgusto.

Por cuatro días más, continúa la exhaustiva búsqueda de un lugar para Lucinha, mas como otras veces, se ve frustrado en su intento. En esos últimos días, descubrió que, prácticamente, el hecho de estar desempleado impide la matrícula de la niña en cualquier lugar. Percibe que aquellos que alegan falta de cupos se sirven de ese expediente, apenas como disculpa. Entonces, el desespero le invade el alma, en una proporción que aun no había experimentado. Sabe que no adelanta más intentar, pues ve la imposibilidad total de conseguir lo que busca. El último dinero fue gastado con el almuerzo que comprara para si y para la niña, en aquel día. La leche que tiene en casa alcanza apenas

para la mañana siguiente y se recuerda, también, que de allí a algunos días tendrá que cancelar el alquiler.

- ¡Mi Dios! – implora, llorando – Ayúdeme. Muéstreme un camino, una idea aunque sea, para que yo consiga ver una alternativa para mis problemas. No pienso en mí, mi Dios y el Señor lo sabe. Pienso apenas en Lucinha. Por favor... – las lágrimas no son contenidas.

En ese instante, un pensamiento le surge en la mente. No llega a ser una idealización completa, mas apenas un reflejo.

- ¡No – piensa, taxativamente. – ¡Eso no! ¡Nunca!
¡Mi Dios, eso no!

Se espantara con la idea, puesto que, por ningún momento había pensado en eso y, ahora, que había pedido mentalmente una solución a lo Alto, ella le viniera tan rápida y clara.

- ¡No! – piensa, nuevamente, reaccionando a la idea. – No creo que eso haya sido una inspiración. ¡Nunca! ¡Nunca daré a mi hija! ¡Ella no será adoptada por nadie! ¡Nunca la abandonaré! Nunca... – y continua llorando, desesperadamente.

Permanece por algunos minutos más en aquel estado y resuelve acostarse, mas como siempre, no consigue dormir de inmediato. Cuanto más intenta ahuyentar aquella idea, más ve, en ella, la única solución. Sabe que no tiene más dinero y ni tiene a nadie a quien recurrir. ¿Cómo hará para alimentar a la

hijita? Tal vez abandonándola en un orfanato, pueda acontecer que alguna pareja la adopte y le dé una educación y un futuro. Vuelve la mirada hacia la pequeña que duerme tranquilamente a su lado.

- ¡No! – desecha nuevamente la idea. – No puedo hacer eso. Es la única cosa que me resta y ella no conseguiría estar sin mí.

De mañana, prepara el último vaso de leche que tiene en casa y lo sirve a la hija.

- ¿Papi, nosotros vamos a tener que andar otra vez, hoy?
- No, Lucinha. Hoy solo vamos a pasear – responde Atilio, porque, aunque quisiese salir en la búsqueda de alguna guardería en otros barrios de la gran ciudad, no lo podría hacer. No tiene dinero para pagar los pasajes de los autobuses.

En ese día, pide comida en un barrio más apartado, a algunos kilómetros de distancia. ¡Cuanta humillación sufre, con eso! Su corazón parece estrujarse dentro del pecho, viendo su hijita, sentada en la calzada, comiendo ávidamente aquellas sobras de comida que una señora les diera. Y, lo mismo, en la tardecita y por dos días más. En el cuarto día, resuelve pedir en otro lugar, pues ya se está tornando por demás conocido y las personas comienzan a negar el auxilio.

Sin embargo, en esa nueva localidad, nada consigue y la niña ya comienza a reclamar del hambre que siente. Es entonces, que, nuevamente la angustia lo acomete y, cuando

está caminando sin rumbo cierto, por fuerza del acaso, pasan por el frente de un gran orfanato, donde ve muchas niñas jugando, felices y despreocupadas.

- ¿Déjeme jugar con ellas? – pide la niña.

Atilio siente un frío recorrerle la espina.

- ¡Mi Dios! – piensa - ¿será, realmente, esta, la solución?
- ¿Me deja, papi?
- Ahora no, hijita. Venga, vamos a sentarnos en aquel banco de la plaza. Después iremos a comer.

La plaza queda localizada de frente al orfanato y los dos se sientan donde da para que la niña quede mirando a los niños, por entre la cerca. Atilio la acuesta en el banco con la cabecita apoyada en sus piernas y le acaricia los cabellos. Al cabo de algunos minutos, la niña adormece.

La mente de Atilio hierve de indecisión, al mismo tiempo que sufre por ver a su hijita, allí, con hambre. Y, en un impulso repentino, como alguien que, tomado de gran coraje hace lo inevitable, llevado por movimientos casi mecánicos, agarra la niña en brazos y se dirige en dirección al orfanato. Abre el portón, deposita la niña en la puerta de entrada del edificio y sale, furtivamente, para que nadie lo perciba. En la calle, mira para atrás y, con enorme emoción habla bajito:

- Perdóneme, mi hijita del corazón, mas es lo mejor que

puedo ofrecerle. Sea feliz y que Dios la ampare y proteja.

Y, como un loco, sale en disparada por entre los transeúntes. Cuando el cansancio le impide correr más, comienza a caminar como un autómatas sin dirección y, tal vez, movido por algún instinto es que llega a su casa, alrededor de las tres horas de la madrugada.

Solamente en aquel momento, se da cuenta de lo que hiciera y el desespero le arrebató el ser. Sabe, en su manea de raciocinar, que hiciera lo mejor, mas reconoce que no conseguirá aguantar la separación, llegando a la conclusión de que, tal vez, fuese mejor que su hija se tornase, realmente, una huérfana, no solo de madre, mas también de padre.

Y, entonces, fríamente, escribe una carta a doña Berta, mintiéndole que tuviera que ir con la niña para el norte del país y que no tenía condición de dejar el dinero del alquiler. Le pide mil disculpas y su perdón. A continuación, para que la mujer no desconfíe de su mentira, llena una maleta con ropas y cosas de su hija y sale de casa. Camina por algunas horas y, cuando amanece, se para frente de una tienda de artículos agropecuarios donde sabe que vende un poderoso veneno para ratones. Mendiga por algunas horas más hasta que, juntando el dinero suficiente, consigue comprar un frasco de raticida. Durante su caminata, ya había planeado el lugar de la propia ejecución, mas, antes, resuelve pasar por el orfanato, pues no resiste a la idea de ver a la hija por última vez, aunque sea de lejos, porque no quiere ser notado por ella. Durante el trayecto,

permanece firme en su decisión y hasta conforme, porque tiene certeza de que verá a Lucinha feliz y satisfecha, jugando con las otras niña.

* * *

Cuando llega al orfanato, diversos niños están en el patio arborizado. Del lado de afuera y por detrás de los altos pinos que siguen, internamente, la cerca, procura ansiosamente por la niña. Va acompañando la cerca viva hasta que oye voces. Son algunas profesoras que conversan con Lucinha. Esta, cabizbaja y sentada en el suelo de tierra, solloza bajito. Sus ojos están hinchados de tanto llorar.

- Usted precisa comer, niña.
- Aquí estará entre personas que van a quererle muy bien. Va a jugar con las amiguitas, tendré algunos juguetes...
- ¡Mi Dios! – piensa Atilio – Ella está sufriendo...

Lágrimas de desespero y dolor le corren por el rostro.

- Él va a venir a buscarme. – continua la niña. – Él me quiere.

Dos profesoras se apartan un poco y comentan:

- Con el tiempo ella se acostumbra.
- Es una maldad. Ella ama al padre.
- ¿Cómo puede alguien abandonar a la hija?

- Debe haber sido el desespero, Clara.
- ¿Y si él vuelve para buscarla?
- De allí, llevaremos en caso a la policía.
- ¡¿A la policía?! – pregunta Clara, demostrando no conocer el sistema adoptado por el orfanato.
- Si. A la policía y al juzgado de menores. Si él la lleva consigo, ¿quién garantizará que no la abandonará nuevamente?

Atilio se desespera más aun, al oír esas palabras. Ya había decidido, en aquel momento, pedir la hija de vuelta y ve que no será fácil.

- ¡Mi Dios! ¡¿Qué hice?!

Mira nuevamente para la niña que, en ese momento, queda solita, pues las profesoras se apartan de ella. Lucinha levanta los ojos y mira alrededor. Su carita es envuelta nuevamente, por una gran expresión de desespero, angustia y comienza a llorar, inclinando la cabeza en los bracitos que envuelven la rodilla. De repente, se levanta corriendo en dirección al portón principal, gritando:

- ¡¡¡Papi!!! ¡¡¡Papi!!! ¿Dónde está? ¡¡¡Venga a buscarme!!!

Atilio corre, siguiendo nuevamente la reja en dirección a la entrada, escondido por los pinos. En ese momento, un vehículo estaciona frente al portón y este es abierto, dando entrada al conductor que carga en sus brazos enorme paquete. Atilio corre más de prisa y llega en el exacto momento en que la niña salía

para la calzada, aun gritando. Cuando ve al padre, se abraza a sus piernas. Atilio la levanta y la abraza, apretadamente.

- ¡Papi! ¡Papi! ¡Lléveme con usted!
- ¡Lucinha! ¡Mi hija! ¡Perdóneme! ¡Perdóneme!
- ¡¡¡La niña escapó!!! ¡¡¡La niña escapó!!!

Atilio vuelve la mirada para dentro del orfanato y ve la mujer que, gritando, desciende las escalinatas de entrada del edificio.

- ¡Antonio! ¡Antonio! ¡Agarre a la niña!

Atilio aprieta la hija al pecho y sale en precipitada carrera, atravesando diversas calles, como un loco, sin percibir los vehículos que frenan ruidosamente para no atropellarlos.

- ¡Corre, papi! ¡Corre! – grita la niña, asustada.

Exhausto, Atilio finalmente para y se apoya en una pared, colocando a Lucinha en el piso. Está jadeante por el esfuerzo realizado.

- ¿Nos vamos para casa, papi?
- No, mi bien. Vamos a pasear un poco.

Diciendo eso, agarra la mano de la hija, comienza a caminar y, en un parque arborizado, intenta colocar las ideas en orden.

- Tengo hambre, papi.
- ¿Usted no comió nada hoy, no es así?

- Yo estaba triste. ¿Por qué me dejó, allá solita?
- Porque quería que jugase un poco con los niños, mientras yo trabajaba.
- Pensé que usted no fuese a volver más.
- ¿Lloró mucho?
- Llore hasta dormir.
- Nosotros vamos a estar siempre juntos, ahora.
- ¿Por qué usted huyó de aquel hombre? ¿Él quería que yo me quedase allá?
- Creo que si, mi bien. Mas no piense más en eso.

Atilio intenta, entonces, imaginar un medio de salir de esa situación, mas no consigue descubrir ninguna salida. En aquel día, una familia los alimenta con un plato de comida, en la hora del almuerzo. En la tarde, cuando la hija reclama de sueño, se sientan en un banco y acogiéndola en su regazo para que descanse.

Más tarde, Lucinha despierta y están conversando, pues no tienen para donde ir. De repente, Atilio ve, a una distancia de unos doscientos metros, un hombre y tres policías uniformados que conversan y apuntan hacia él.

- ¡Agárrenlo! – grita el que está al lado y comienzan a correr en su dirección.

Atilio agarra la niña en los brazos y corre en dirección contraria, sin embargo, en pocos segundos es agarrado. Le sacan a la niña de sus brazos y la colocan en el suelo para

poder asegurarlo mejor.

- ¡Suéltense! ¡Es mi hija!
- ¡Esté quieto! ¡Usted robó la niña del orfanato!
- ¡No robe a nadie! ¡Es mi hija!
- La descripción de la niña y de sus ropas concuerdan Sr. Delegado.
- ¡Suéltense! – insiste Atilio.

En ese momento, Lucinha, asustada, sale corriendo, atraviesa peligrosamente una avenida y se mezcla en la multitud.

- ¡Lucinha! ¡Vuelva! – grita Atilio, con desespero.

Los policías, tomados de sorpresa, aflojan un poco sus manos de los brazos de Atilio y este, tomado de angustia, en un arrebato hercúleo, se suelta y corre atrás de la niña, seguido por los hombres de la ley. No sabe que dirección tomar y procura a la hija por sobre las cabezas de los transeúntes.

- ¡¡¡Lucinha!!! ¡¡¡Lucinha!!! ¡¿Dónde está usted?!
- ¡Agárrenlo! – grita el Delegado.
- ¡¡¡Lucinha!!!

Continua corriendo, como un loco y, percibiendo que los hombres casi lo están alcanzando, decide escapar primero de ellos, para después volver y procurar a la niña. Y, así lo hace. Zigzagueando por entre la multitud, dobla varias esquinas, a la

izquierda y a la derecha, consiguiendo, por fin, despistar sus perseguidores.

Exhausto y desesperado, se apoya en un poste y deja estar, abatido.

- ¡¿Dónde estará mi hija?! ¡Ayúdeme mi Dios! ¡No haga eso conmigo! ¡Tenga piedad de mi ayúdeme!

Reuniendo las fuerzas que aun le quedan, comienza a hacer el trayecto de regreso, tomando el cuidado de examinar bien las personas a su frente y a sus espaldas, para no caer nuevamente en las manos de la policía.

- ¡Ayúdeme, Jesús! – va implorando mentalmente, mientras camina, en la esperanza también de, por un milagro, divisar el vestidito rojo de la niña.

Sin darse cuenta, está en el lugar donde viera a la hija por última vez.

- ¿Usted no vio una niñita pasar por aquí, corriendo? De vestidito rojo...

- No la vi, no, joven. Pasa bastante gente con prisa por aquí, ¿Usted no tendrá, ahí, una limosna?

Atilio se aparta algunos metros y pregunta a otro hombre, que carga un aviso publicitario en las espaldas. La respuesta también es negativa. El miedo comienza a invadirle el ser y, en

un rasgo de desespero, comienza a preguntar a todos los transeúntes que pasan cerca de él.

- ¡Mi hijita! ¿usted no vio mi pequeña? De vestidito rojo... Por favor... mi hijita...

Las personas viéndolo como a un demente se desvían de él.

- Mi hijita querida...

Repitiendo siempre las mismas palabras y ya sin fuerzas por el gran esfuerzo físico y emocional, se agacha, sentándose en la calzada, junto a una pared. Su mente está como anestesiada por el desespero y apenas consigue desfilas, por el cerebro, frases entrecortadas por el sollozo.

- Mejor hubiese dejado mi hija en el orfanato... Rosalina, ayúdeme... cuanto sufrimiento, mi Dios... ¡Lucinha!... Ella debe estar asustada, Jesús... desamparada... Rosalina... este donde este... ayúdeme... ayude a nuestra hijita querida...

Diciendo eso, saca de la cartera una fotografía, donde aparecen Rosalina y su hermana Eneida y, mirando fijamente hacia el papel, continua implorando.

* * *

No lejos de allí, un joven a camino de casa es abordado por una mujer, en lágrimas, que le pide ayuda.

- Por favor, joven. ¡En nombre de Dios, ayúdeme!

Pensando que se trata de una mendiga y, estando con prisa, la ignora. La mujer corre atrás de él y le corta el paso.

- Por el amor de Dios, ayúdeme. ¡Por el amor de Dios! Usted es la única persona que me puede ayudar.

El joven, viendo el desespero de la mujer, resuelve escucharla.

- Ayude a aquella niña, joven. Ella está perdida. – le pide la señora, apuntando para la niña que, en la calzada, está paralizada en el lugar y llora copiosamente, sin que nadie de aquellos que pasan por ella le de la mínima atención.

- ¿Quién es la niña?
- Ayúdela, joven. Por el amor de Dios, haga alguna cosa.
- ¿Por qué usted misma no la auxilia?
- Yo no puedo. En nombre de todo que le es más sagrado, ayúdela.

El joven mira nuevamente para la niña y ve que la niña mira hacia él, llorando y extendiéndole los bracitos, como vendo en él una tabla salvadora. Vuelve la mirada para donde estaba la mujer, a su lado, y percibe que ella desapareció. Gira alrededor de sí mismo y nada ve. Casi no hay movimiento en aquel lado de la calle y no consigue atinar como aquella señora pudo desaparecer tan rápidamente. Por un instinto que no consigue

entender, atraviesa la calle y se aproxima a la niña, agachándose cerca de ella.

- ¿Qué ocurre, mi bien?

La niña se limita a llorar y los sollozos sacuden su cuerpecito tembloroso.

- ¡Yo quiero a papi! – dice, de repente, en un gran esfuerzo para que las palabras se suelten de sus labios.

- ¿Quién es su papi? ¿Dónde vives?

- ¡Quiero a mi papi! – repite la niña.

El joven mira para los lados, sin saber que hacer y ve, en la esquina, la mujer que le pidiera para cuidar de la niña.

- Espere, mi señora, - grita – quiero hablar con usted.

La mujer apenas le da una señal para que la siga y desaparece, doblando la esquina, a la izquierda.

El joven agarra la niña, en su regazo y camina de prisa.

Llegando en la intersección de las dos calles, vira también a la izquierda y aun ve la mujer que le hace señas, desde el medio de la cuadra. Corre en su dirección, desviándose de las personas que, en aquel horario, vuelven del trabajo para casa. Cuando ya está casi próximo del lugar, percibe que la mujer desapareciera, nuevamente. De repente, la niña da un grito e intenta soltarse de él.

- ¡Papi! ¡Papi!
- ¿Dónde? – pregunta el joven.
- ¡Allá! ¡Papi! ¡Papi! – continua gritando, apuntando el dedo en dirección a un hombre que, sentado en el suelo, mira alrededor, pareciendo haber escuchado los gritos de la niña.

* * *

Atilio, aun con la fotografía de Rosalina y su hermana en las manos, casi no cree en lo que ve. Es Lucinha que es traída por el joven.

- ¡¡¡Lucinha!!! ¡Mi hija! ¡Mi hija!

El joven coloca la niña en el suelo y esta corre en dirección al padre que la levanta en el aire y la abraza, llorando de emoción.

- ¡Mi hijita querida! Pensé... que... nunca más..la vería! Hija querida...

Las lágrimas no los dejan hablar más y besando la niña, llora, ahora, de felicidad.

- Muchas gracias, joven. Muchas gracias por haber intentado encontrarme.
- Fue una mujer... – comienza a responder, mirando para los lados, intentando verla.
- ¿Una mujer?

- Si. Una señora joven, aun. Me pidió, llorando, que ayudase a la niña y, después, me hizo seguirla, a lo lejos, hasta aquí.
 - ¿Pero quién era?
 - No sé. Desapareció...

De repente, la mirada del joven es atraído por la fotografía que Atilio aun tiene en las manos.

- ¡Es esa la mujer! – dice, apuntando para la foto.

Atilio tiene un estremecimiento.

- ¿Esta mujer lo ayudó a encontrarme?
- Si, ella misma. Esa de cabellos cortos.
- Es mi cuñada.
- ¿Pero si ella sabía que usted estaba aquí, por qué no trajo la niña? ¿Y por qué desapareció otra vez?
 - Mi cuñada murió hace algunos días. Murió junto, con mi esposa.
 - ¿Usted tiene certeza de que fue ella?
- ¡Certeza absoluta! – afirma el joven, sacando la fotografía de las manos de Atilio y examinándola atentamente - ¡Mi Dios!
- ¡Ella me atendió! Pedí para que me ayudase a encontrar nuestra hijita y ella envió a Eneida. Escuche, joven... ¿no había otra mujer junto de ella? ¿Esta de aquí? – le pregunta Atilio, mostrando, en la fotografía, el rostro de Rosalina.
- No, solo vi esa otra. ¡¡¡Mas... es increíble!!!
- Muchas gracias, joven. Dios le pague – dice Atilio, agarrando la fotografía de las manos de él y comenzando a

caminar en dirección opuesta a la cual estaba yendo, dejando al joven estático y boquiabierto, en el lugar.

Atilio no consigue acreditar en lo que aconteció y camina con el retrato de las dos mujeres en las manos. De cuando en cuando, mira para la fotografía y agradece:

- Dios le pague, Eneida y Rosalina. Encontramos nuestra Lucinha y se que, ahora, están descansando nuevamente. Estén tranquilas, pues haré todo lo posible para conseguir proteger a Lucinha. Dios les pague. Ahora se que la vida no termina con la muerte y que ustedes están bien vivas. Estén donde estén, sean felices y miren por nosotros.

Caminan un poco más hasta que la noche llega y, con ella, el frío y el hambre. Consiguen nuevamente comida y leche, mas Atilio no sabe donde irán dormir y la niña tiembla de frío. En otra casa, gana una blusa para la hija. La maleta que tría, cuando resolvió pasar por el orfanato, quedó allá mismo, en la calzada, cuando comenzó a correr. De seguro que la habrían recogido y, por suerte, todos los documentos estaban en sus bolsillos.

- ¿Ahora nos vamos para casa, papi?
- No, mi bien. Estamos muy lejos. Papi va a descubrir un lugar para dormir.

Caminan por una hora más y, yo no aguantando más el cansancio, Atilio decide dormir en el primer abrigo para carros

que encuentre, sin embargo, resuelve esperar un poco más, pues son apenas nueve horas de la noche y la mayoría de las personas aun están despiertas. Camina por algunas calles más de aquel barrio apartado del centro de la ciudad, hasta que una casa, a lo lejos, en el fin de la calle, le llama la atención, pues contrasta con las demás. Además de ser bastante vieja y simple, se encuentra a oscuras mientras todas las demás están iluminadas.

- Si Dios me ayuda, es allá que descansaremos. – piensa con una punta de esperanza.

Llegando frente a la residencias, se siente más animado, pues parece abandonada. Abre el portoncito despacio y, subiendo tres lances de una escalera, se encuentra frente a una puerta casi totalmente rota. Por uno de los huecos, en la madera, ve que su interior está totalmente oscuro y siente, en el aire, el olor de polvo y abandono que exhala de allá dentro.

- Si yo fuese usted, no entraba allí.

Un escalofrío helado recorre A Atilio que, asustado, se aparta, descendiendo los escalones, procurando localizar, en la pequeña área cubierta que protege la puerta, quien le dirigía la palabra.

- No tenga recelo, mi amigo. Soy apenas un viejo, no hago mal a nadie y ni podría.

En ese momento, Atilio consigue visualizar el cuerpo de un hombre anciano, de barbas que, sentado en el suelo y recostado a una de las paredes, mira hacia él. La luz proveniente del poste de iluminación, en la calzada, no consigue iluminar totalmente, al desconocido, pues este se encuentra protegido por las sombras de una **mureta** del abrigo.

- No tenga miedo. – insiste el hombre. – Como ya le dije, soy apenas un viejo que resolvió descansar un poco aquí, en esta casa abandonada. No le aconsejo entrar en ella, pues está llena de ratones y pulgas, mas si quisiera descansar, aquí hay lugar para todos nosotros. Veo que trae una niña consigo. ¿Es su hija?
- Si, - responde Atilio – es mi hija y estamos muy cansados.
- Pues vengan a descansar aquí.

Diciendo eso, el hombre se levanta para dar un lugar a Atilio que consigue, entonces, ver el rostro del desconocido. Este no mintiera. Es, realmente, un viejo, de barbas blancas y largas. Al llegar más cerca, Atilio extiende la mano hacia el anciano y solo entonces consigue percibir la blandura y la simpatía que emanan de la sonrisa y, principalmente, de la mirada calmada y serena del hombre. Iluminado apenas por algunos débiles rayos de luz, el rostro del desconocido parece hipnotizar la atención. Atilio siente un enorme bienestar en aquel momento.

- Espere – pide el anciano, abriendo un gran saco de cuero y retirando de dentro un cobertor, que extiende, en seguida, en el suelo. – Acueste la niña aquí.

Atilio coloca a Lucinha sobre el cobertor y el hombre dobla la otra parte de este, cubriendo el cuerpecito de la niña.

- Está comenzando a enfriar. – comenta, abriendo nuevamente la bolsa, donde retira un saco, que extiende a Atilio. – Vista esto. Va a sentirse mejor.

- Gracias. Usted es muy bueno. – agradece Atilio, sentándose, encogido, al lado de la hija, mientras el viejo se limita a sonreír.

En ese momento, en que Atilio se siente un poco más amparado y calmado, la emoción que consiguiera contener hasta aquel instante se transforma en lágrimas abundantes y sollozos incontenidos. Precisa llorar, pues ya no aguanta más el desespero que le consume todo el sistema nervioso.

El anciano apoya la diestra sobre su hombro y, sentándose más cerca de él, habla con voz mansa y amiga:

- Llore, mi hijo. Eso lo calmará.

Atilio rompe en sollozos y lágrimas le descenden por todo el rostro, permaneciendo en ese estado por varios minutos hasta que, casi en un desahogo, exclama:

- Mi Dios, muchas gracias por las dadivas de hoy y continúe ayudándome. Ya no se que más hacer. Tengo buena voluntad, Jesús, y pido apenas un camino a seguir. Ayúdeme a

descubrirlo.

Algunos minutos más pasan y el viejo se dirige a él:

- Mi hijo, no se desespere. Dios nos ama a todos y no va a dejarlo desamparado. ¿Por qué no me cuenta lo que le aflige? Tal vez, desahogándose, se calme más y, puede ser que hasta encontremos una solución para sus problemas.

Atilio no cree que el viejo pueda hacer algo por él, pues también debe estar en una situación como la suya, mas al deparar con aquella mirada limpia, pura y suave del anciano, resuelve desahogar sus males. Y, comienza, entonces, a narrar todos sus sufrimientos, desde que perdiera la esposa y la cuñada, sintiendo que, a cada palabra, comienza a calmarse más y más. El viejo se limita a escucharlo y solo cuando termina la narración es que él se pronuncia, con bastante calma y optimismo.

- Usted no debe desesperarse, mi hijo, pues ya tuve una prueba, hoy, de que Dios no nos desampara nunca.

- Mas no se que hacer. ¿Qué haré mañana? ¿Y después? Si fuese por mi, yo me las arreglaría, mas tengo mi hija. Ya hice todo lo que pude, procurando una guardería para ella y nada conseguí. ¿Cómo trabajar en esas condiciones? No veo solución para mi caso.

- Cállese. La solución será encontrada. Voy a ayudarlo.

- ¿Usted me va a ayudar? ¿Cómo?

- Mi hijo, respóndame a algunas preguntas, primero. Quiero que piense bien, antes de responderlas.
- Si...
- Por lo que entendí de su narrativa, usted no tiene a nadie a quien apelar en esta ciudad, o sea, amigos, parientes, conocidos...
- Cierto. Parientes no poseo y amigos o conocidos son pocos y se que nada podrían hacer por mi, pues, además de todos estar en situación de pobreza, no tienen condiciones para tal y se también que no estarían dispuestos a eso.
- Muy bien. Quiere decir que nada lo prende en esta ciudad grande. ¿Usted viviría en cualquier lugar y trabajaría en cualquier servicio?
- Lo que yo quiero, mi señor, es apenas un trabajo honesto y un lugar para morar, junto con mi hija. Cualquier servicio y cualquier lugar.
- ¿Usted acredita en Dios, mi hijo?
- No sabría definirlo, mas creo, con bastante devoción, que Él existe. Principalmente después de lo que me aconteció hoy.
- Pues bien, yo voy a ayudarle.
- ¿Ayudarme? ¿Cómo?
- Existe, en una ciudad no muy distante de aquí, un barrio eminentemente agrícola que, tengo la seguridad, lo acogerá y a su hijo, si consiguiera probar que está bien intencionado. Allá, usted trabajará en el campo y tendrá un hogar para vivir.
- ¡Mi Dios, eso sería maravilloso! ¿Y cómo ir hasta allá? ¿Usted ya fue a ese barrio?
- Yo soy de allá.
- ¿Y qué está haciendo aquí, en esta situación?

- Un día, si Dios lo permite, le contaré, pormenorizadamente, sobre mi viaje. Por ahora, debo decirle que salí de ese barrio hace algunos meses, con destino al litoral para cumplir una obligación y ahora, estoy regresando.
- ¿Y usted nos va a llevar consigo?
- Si así lo desea, puedo llevarlos, sin embargo, debo prevenir que allá, tendrá mucho trabajo y que la vida en aquel barrio es bastante pobre. Sin embargo, puede tener certeza de que tendrá mucha tranquilidad y el respeto de todos sus moradores.
- Trabajo no me asusta y le garantizo que quedaran muy satisfecho conmigo, pues también soy bastante acatado y respetuoso. Mas... ¿cómo haremos para ir hasta ese lugar?
- Cuando de allá salí, traje conmigo poco dinero, suficiente apenas para los pasajes y alimentación, sin embargo, aun da para comprar el de su hijita y el suyo.
- ¡Mi Dios, cuanto le agradezco! ¡Que ventura! ¡Dios le pague, mi buen hombre! ¡Dios le pague!

Diciendo eso, Atilio comienza a besar las manos del viejo, en señal de reconocimiento y agradecimiento. Este se suelta de Atilio.

- No agradezca a mi, mi hijo, y, si, a Dios.
- ¿Y cuando haremos el viaje?
- Dentro de dos días, pues solo existe una línea de autobús que pasa por esa pequeña ciudad donde, apartado algunos kilómetros de ella, se encuentra el barrio. Debo prevenirle también que, comprando los pasajes para usted y para la niña, poco dinero nos sobrara y tendremos, inevitablemente, que

mendigar, para sobrevivir hasta el día de la partida.

- Entonces, no puedo aceptar que usted gaste ese dinero que iría a usar para su alimentación.
- Mi hijo, piense en su hija y acepte mi ayuda. Tengo certeza de que sobreviviremos hasta allá.
- ¿Cómo agradecerle, mi señor? No tengo palabras...
- Estaré recompensado ayudándolo y a la pobre niña.
- ¡Oh, mi Dios! Yo que casi cometí una locura, pensando en refugiarme en la muerte.
- Nadie tiene el derecho de acabar con la propia vida, pues ella no pertenece al hombre y, si a Dios. Y, además, usted no iría a huir de sus problemas, acabando con su cuerpo. El Espíritu es inmortal.
- ¡Que felicidad siento ahora! Duerma en paz, hijita. Seremos felices, Tengo certeza.
- Descanse ahora, Atilio, pues los días que nos separan de nuestro viaje, ciertamente serán de grandes sacrificios.
- ¿Cómo es su nombre, mi buen viejo?
- Sebastián. Ahora, procure descansar.

Atilio se acostó al lado de la niña, mas demora algunas horas para adormecer, tan excitado y contento está con la solución futura de sus problemas. El viejo, por su vez, se acuesta también y duerme casi inmediatamente.

El Barrio

Ya es de noche cuando Januario y Olga conversan con el Dr. Fernando al respecto de la mendiga.

- Ella continua insistiendo con la idea de que vive en aquella casa, a pesar de hallar todo mudado y continua llamando por Adolfo.
- ¿Y, en cuanto al Barrio de los Extraños? Podremos intentar lo que propusimos? – pregunta Januario.
- Si ustedes consiguieran convencerla de eso, tengo la seguridad de que será lo mejor para ella.
- Ya conversamos con el dirigente del barrio, le explicamos todo y él concordó en arreglar una vivienda para la mujer hasta que se resuelva su problema y, siempre que ella se porte bien allá.
- Perfecto, entonces. Buena suerte.
- Gracias, doctor.

Despidiéndose del médico, Januario y Olga entran en el cuarto del hospital, donde se encuentra la mendiga.

- ¿Quiénes son ustedes? – pregunta la enferma, ahora ya demostrando un poco más de calma.
 - Mi nombre es Januario y esta es mi esposa, Olga. Nos gustaría ayudarla y sabemos como. Basta solo que usted nos escuche con bastante calma y confíe en nosotros.
- La mujer concuerda y, entonces, la pareja le cuenta como la conocieron en la panadería y todo lo que aconteció hasta entonces, además de que, procuran convencerla de que, tal vez, aquella casa no sea la suya, más si, bastante parecida y que, también la ciudad procurada no sea aquella.

La mendiga parece recuperarse un poco, pues percibe algún hilo de esperanza.

- Confío en ustedes, mas debo decirles que no me recuerdo de nada de eso que me contaron. No me recuerdo de haber andado de ciudad en ciudad o de haberlos conocido y del viaje que yo habría hecho con ustedes. Todo lo que me recuerdo es de que, como ya dije, salí de casa y, cuando llegué en el centro de la plaza, comenzó aquella pesadilla que no consigo entender. Tal vez, realmente, yo haya perdido la memoria cuando salí de casa, en alguna otra ciudad, haya andado por mucho tiempo y, coincidentemente, por la visión de una casa bastante parecida yo haya recobrado los recuerdos del pasado.

Se quedan algunos segundos en silencio.

- ¿Y qué creen ustedes que debo hacer?

Olga le explica que, para que no fuese internada en un sanatorio, le consiguieron un lugar para quedarse, en un barrio apartado de su ciudad. Le explica que son personas buenas, que van a cuidar de ella y que, en la hora cierta, la ayudarán en que respecta a su problema.

- ¿Será que ellos pueden ayudarme?
- Creemos que si. Nosotros mismos iremos a ayudar.
- ¿Cómo?
- Vamos a sacar fotos de la fachada de la casa y de usted y enviaremos a varias delegaciones de policía de los alrededores.

Haremos una carta para el delegado de cada ciudad explicándole el caso, donde también citaremos el nombre de Adolfo. A propósito, ¿cuál es su nombre, su apellido, y el de su marido?

- Mi nombre es Clotilde. Mi apellido... es... déjeme... mi Dios... no consigo recordarme de mi apellido ni de mi marido... Mi Dios, ¿qué está aconteciendo conmigo?
- Cállese. No tiene importancia.

En ese momento, entra en el cuarto el Dr. Fernando y una enfermera.

- ¿Y entonces?
- Todo bien, doctor. – exclama Olga – Ella ya está bien calmada ahora, y está contento con la campaña que iremos a hacer y concuerda en ir para el barrio de los Extraños.
- ¿Barrio de los Extraños?
- Si, Clotilde. Así es que llaman el lugar donde usted va a vivir, mas no se asuste con el nombre. Sus habitantes son muy buenos y caritativos. Esa fue una denominación que el pueblo de la ciudad dio a ese barrio, porque sus habitantes poseen una religión diferente, donde acreditan y dicen conversar con los Espíritus.
- ¿Con los Espíritus?
- No precisa tener miedo.
 - No tengo miedo. Ya oí hablar de eso. Tal vez, quien sabe, ellos puedan ayudarme.
 - Quien sabe...
 - Bien, voy a conceder el alta a ella. Pueden llevarla

mañana en la tarde.
- Gracias, doctor.

* * *

Son las tres de la tarde, cuando Januario y Olga recogen a Clotilde en el hospital y vuelven para su ciudad. Llegando allá, pasan por la panadería para verificar si está todo en orden, y se enrumban, a continuación, para el Barrio de los Extraños, que se localiza a aproximadamente unos seis kilómetros de distancia de la ciudad. Atraviesan una pequeña arboleda y llegan finalmente al barrio, que está formado por cerca de cincuenta casa dispuestas en forma de “U” o “herradura”, todos vueltas para el centro y cercadas, por detrás, por alta y cerrada arboleda. En el centro de ese semicírculo hay un enorme galpón, con ventanas altas y una gran puerta que da para el lado opuesto a la entrada del barrio. Tanto las casas como el galpón, son construidos muy simples, estando la pintura de las paredes ya bastante gastadas por el tiempo. En casi todas las construcciones, mucho friso ya se soltó, dejando diversos ladrillos a la vista.

De frente al galpón hay un jardín bien cuidado y florido, que llega hasta a contrastar con el resto del lugar.

Descienden del carro y se dirigen hasta una de las casas. Un hombre, joven aun, como de unos treinta y tantos años, los hace entrar en una pequeña sala que, a pesar de diminuta, es muy limpia y adornada con simplicidad. Sentado en una poltrona y

leyendo un libro, se encuentra un viejo de cabellos y barbas blancas que, tan pronto los tres entran, se levanta y los recibe con una larga y franca sonrisa en los labios.

- ¿Cómo está, señor. Enero?
- Todo bien, señor Alfonso.
- ¿Doña Olga...?
- Muy bien. ¿Y usted?
- Gracias a Dios, estamos viviendo. Este es mi hijo, Armando.

La pareja saluda a Armando y Enero se vuelve hacia el señor Alfonso:

- Esta es Clotilde... la señora sobre la cual conversamos ayer.
- Mucho gusto, mi hija. – cumplimenta el viejo. – Siéntense.

Alfonso examina a Clotilde detalladamente por algunos instantes y le habla:

- Este tranquila, Clotilde. Cuidaremos de usted hasta que su problema sea resuelto. Teresa, venga hasta aquí, por favor.
 - Dígame, señor Alfonso. – responde, prontamente, una joven, viniendo de otra habitación de la casa.
 - Esta es mi nuera, Teresa, esposa de Armando. Por favor, mi hija, lleve a Clotilde hasta la casa de Concepción.
- Y, volteándose para los visitantes:

- Concepción es una señora de edad que perdió al marido hace poco tiempo y, actualmente vive solita. Usted va llevarse muy bien con ella, Clotilde. Ella ya sabe de su problema y ya preparó cama y ropas para usted. Vaya hasta allá con teresa, y procure acomodarse de la manera que más le convenga. Si precisa de alguna cosa más, pida a Concepción. Luego, a la noche, conversaremos.
- Muchas gracias, señor Alfonso. – agradece Clotilde.

En seguida, abraza a doña Olga y a Januario.

- Dios les pague lo que están haciendo por mi. Muchas gracias.
- Que Dios la proteja, Clotilde.
- Mañana, en a mañana, volveremos aquí para sacar una fotografía de su rostro y pasado mañana iré hasta Boiadas para fotografiar la casa. Puede dejar todo por nuestra cuenta.
- Una vez más, muchas gracias.

Diciendo eso, Clotilde sale, acompañando a Teresa.

- Es bastante extraño el caso de esa mujer. – comenta Januario a Alfonso. - ¿Cómo puede ser? Apareció en mi casa, sin ninguna memoria, apenas procurando la ciudad de Boiadas, sin saber el por que. En el camino, se recordó de un sitio. Llegando a la ciudad, creyó que sería esa tal Clotilde, que vivía en aquel desvan y que todo había cambiado en la ciudad. Hasta allí, todo bien. Mas después de asumirse como Clotilde, se

olvidó de todo lo de más, inclusive de nosotros. Solo se recuerda de su vida como Clotilde.

- Si, es bastante extraño, - concuerda Alfonso – mas pueden estar tranquilos. Haremos todo para ayudarla.
- Tenemos certeza de eso. – comenta Olga.

Januario y la esposa, entonces, se despiden de Alfonso y dejan el lugar, de vuelta para la ciudad.

* * *

En la noche, ya instruida por Alfonso, Concepción lleva a Clotilde hasta la casa de este y sale, acompañada por la esposa y la hija del viejo, dejándolos a solas.

- Clotilde, antes de más nada, quiero que sepa que usted se encuentra entre personas amigas y respetuosas que todo harán para ayudarla, en lo que fuera preciso. También es necesario que sepa que este barrio, más conocido como Barrio de los Extraños, posee sus propias normas de conducta. Por eso, tendrá total libertad de escogencia entre aquí quedarse o irse... Sin embargo, para que se quede y para que podamos, de alguna forma, auxiliarla, es preciso que cuente todo a su respecto. Por lo menos, lo que pudiere recordar.
- Señor Alfonso, creo que el señor Januario y doña Olga le contaron sobre mi aparición en la vida de ellos, hecho que no consigo recordarme más.
- Si... me contaron todo.
- Con referencia a mi infancia, por lo me recuerdo, poco

tengo que decir, pues fui criada en un sitio hasta los diez años de edad. Dice, el señor Januario, que llegué a reconocer determinado lugar, a camino de Boiadas, mas que sería imposible que allá hubiese vivido, porque, con respecto al río, este ya estaría seco, mucho antes de yo haber nacido. Me recuerdo muy bien de que, cuando niña, llegué a pescar diversas veces en un río, con mi padre. De los diez años de edad hasta los veinticuatro, viví en una ciudad del norte del país. Allá, ya en la adolescencia... – Clotilde se calla y baja la cabeza.

- Mi hija, si quiere que la ayudemos, no esconda nada. Todo lo que diga es importante, por peor que sea.

Clotilde mira al viejo y ve, en él, una gran bondad y comprensión, decidiendo, entonces, contar todo sobre su vida.

- Si... bien... como estaba diciendo, cuando era adolescente, tuve mis primeras nociones sobre sexo. Y, como yo era bonita, pero también muy ambiciosa, descubrí que podría sacar partido de mis atributos. Entonces, me aproveche de mi belleza física para ganar dinero... cada vez más dinero. No se si el señor está entendiendo bien lo que estoy diciéndole...

- Si... estoy entendiendo...

- En verdad, hice, por mucho tiempo, un gran comercio de mi cuerpo. A los veintitrés años, conocí a Adolfo, que se enamoró de mi. También me enamoré de él. Nos casamos y fuimos a vivir en una ciudad que a pesar de todo, acredito, se llamaba Boiadas. Hoy, por lo que ya vi, creo que, tal vez, a pesar del regreso de mi memoria, yo estaba engañada cuanto al

nombre de esa ciudad, pues está todo muy diferente, a no ser por la casa, bastante parecida con casa en la cual yo moraba. Esa es la parte que menos yo consigo entender y que, cada vez que pienso en eso, mi mente parece entrar en un torbellino bastante confuso. Mas, volviendo a mi historia, fuimos a vivir en esa ciudad, donde Adolfo consiguió un empleo de mesero en un bar que quedaba en el piso térreo del desván que alquilamos. Fuimos muy felices por algunos meses y lo que yo más temía acabó aconteciendo: no conseguí refrenar mi deseo por aventuras nuevas. Fue cuando el dueño del predio, percibiendo mi debilidad, me sedujo y pasamos a encontrarnos en determinados horarios en que mi marido trabajaba. Y no fue apenas con el dueño del bar que traicioné a mi marido, mas con casi todos sus amigos y frequentadores de aquel establecimiento. Yo poseía una irresistible atracción para los hombres que pronto no conseguían estar más sin verme, por lo menos, una vez por mes. Cierta día, Adolfo descubrió todo y quiso vengarse de mi, aprovechándose de aquella situación. Me hizo continuar con los encuentros solo que, esta vez, cobrando caro por mis “servicios”, lo que hizo que, al contrario de lo que yo imaginaba, la “clientela”, aumentase. Después de, aproximadamente, mes y medio, precisamos seducir y contratar algunas mujeres, la mayoría jóvenes aun, para atender al “servicio”. Poco tiempo después, contraí una enfermedad que me impidió, por algunos años, de tener ese tipo de relaciones. Pasamos, entonces, a contratar más mujeres para atender nuestros “clientes” y, hoy, somos dueños del edificio y del bar.

En ese momento, Clotilde comienza a llorar.

- ¿Por qué está llorando, mi hija?
- ...

Alfonso insiste una vez más:

- ¿Por qué las lágrimas, mi hija? ¿Arrepentimiento?
- Si, señor Alfonso... arrepentimiento... no solo por lo que hice, mas... y, principalmente, por lo que hicimos a algunas jóvenes que trabajaban para nosotros...
- ¿Y que fue lo que hicieron?
- ¡Por favor, señor Alfonso! ¡No pregunte sobre eso! ¡Nunca tendré coraje de contar eso a nadie...!

Y recomienza a llorar; esta vez, de manera copiosa y convulsiva.

- Está bien, mi hija. Usted no tiene, aun, condiciones de narrar esos acontecimientos. No se torture. Pida a Dios que la auxilie y tengo certeza de que será oída y atendida. Cállese.

Clotilde queda algún tiempo en silencio. En cuanto a Alfonso, la deja estar inmersa en sus pensamientos.

Transcurren algunos minutos, Clotilde mira humildemente para el viejo y le pide con notable sinceridad:

- Señor Alfonso... por favor, ayúdeme. Por primera vez en mi vida, me siento arrepentida y también... como decir... enojada por todo lo que ya cometí. Nunca tuve esos sentimientos, mas...

ahora... no se lo que aconteció... Sinceramente, no consigo entender como pude llevar una vida como la que llevé hasta ahora. Me siento tan extraña... parece que soy otra persona...

- Tranquilícese, mi hija. Todo haremos para auxiliarla. Tenga fe en Dios, nuestro Creador, y verá que todo se arreglará.

- Señor Alfonso, ¿usted cree, realmente, en la existencia de un Dios?

- ¿Usted no cree, mi hija?

- No se... me parece nunca haber pensado al respecto. Mas en este momento, mis pensamientos parecen haberse modificado y, desde ayer, he pensado constantemente en Él. En las últimas veinticuatro horas, llegué a pronunciar Su nombre, por diversas veces. Usted parece tener mucha fe. Me dijeron, ayer, antes de venir para acá, que los habitantes de este barrio siguen una religión ligada al mundo de los Espíritus. ¿Es verdad? ¿Ustedes creen en Espíritus?

- Si, mi hija, creemos. Todos somos espíritus, encarnados en este planeta. ¿Usted nunca había escuchado hablar de la existencia de los Espíritus?

- Ya, si. Para decir verdad, cuando adolescente, llegué a ir algunas veces a un centro espírita, allá en el norte. Mamá me decía que los espíritas acreditaban en la reencarnación, mas nunca conseguí entender eso muy bien.

- ¿Le gustaría estudiar y aprender al respecto?

- Creo que si. Pienso que una religión profesada por personas que sienten placer en ayudar a los otros solo puede ser muy buena. Aun no entendí por que ustedes me están ayudando de esta manera, sin nunca haberme conocido y, principalmente, ahora que usted ya sabe quien soy o fui.

- Clotilde, todos nosotros tenemos nuestros defectos y nuestras debilidades y, solamente auxiliándonos, unos a los otros, podremos librarnos de esas llagas.
- ¿Cuándo, entonces, podré aprender alguna cosa a respecto de la religión de ustedes?
- Cuando usted quisiera. Mas antes, debo decirle algo muy importante, con toda sinceridad. Nosotros, del Barrio de los Extraños, poseemos una religión bastante diferente de la que la mayoría de las personas profesan, mas debo afianzarle que, a pesar de seguir las normas morales de nuestra filosofía religiosa, no somos fanáticos e, inclusive, lamentamos cualquier tipo de fanatismo religioso. La esencia y la base de nuestra creencia es el amor a Dios y al prójimo, sea él quien sea. Por ese mismo motivo, respetamos a todos aquellos que poseen, en su religión, esos principios. Respetamos inclusive, a aquellos ateos que, sin seguir o tener una creencia, siguen elevadísimos principios de moral y amor fraterno. Conozco, personalmente, a algunos que poseen una vida entera pautada por una conducta que nos otra que aquella el Cristo nos legó, aun siendo, ellos, totalmente escépticos. El rotulo religioso no dice nada y no sirve para garantizar al rotulado ninguna puerta abierta en los Cielos. Nosotros acreditamos sinceramente en las verdades que abrazamos y que tenemos como únicas, sin embargo, para nosotros, yo voy a repetir una vez más, cualquier religiosos que siga los caminos del Bien, indicados por Jesús, posee todo nuestro respeto y admiración. Acreditamos también, que cada persona es única en sus raciocinios y aspiraciones y que cada uno debe seguir las verdades que le sean más propias y comprensibles. Todo eso que le hable tiene, por finalidad,

explica a usted nuestros propósitos en cuanto a revelarle nuestra manera de encarar la vida, bien sea de este lado, bien sea del otro, cuya entrada es la muerte del cuerpo físico. Cuando nos decidimos a auxiliarla y la recogimos aquí, por ningún momento pensamos en convertirla en una de nuestras seguidoras. No es nuestro ese trabajo de traer adeptos y ni salir por los caminos del Mundo, intentando convencer las personas sobre nuestra religión. Aun aquellos que escriben libros sobre el asunto, no tienen la intención de obligar a nadie a adherirse a estas verdades. Ellos, con sus sabias enseñanzas, apenas muestran los hechos y pruebas, sin oscurantismo sofismáticos. Identifican, si, de manera bastante simple y directa, los caminos y pensamientos de nuestra filosofía religiosa, dejando siempre, al lector, el libre albedrío de creer o no. Por eso, mi hija, si usted desea aprender, mientras estuviera aquí, alguna cosa sobre nuestra religión, tendremos enorme placer en enseñarle lo que pudiéramos. Mas si no quisiera aprender nada sobre el asunto, no se preocupe. Podrá continuar aquí por cuanto tiempo quisiera, hasta que su situación sea resuelta. Nada exigiremos de usted, a no ser, una buena conducta.

- Ustedes son muy buenos y yo quiero aprender, si.

Clotilde se levanta, despidiéndose de Alfonso, mas cuando está próxima a la puerta, se enfrenta con un espejo pegado en una de las paredes. Parece increíble, mas desde el momento en que se viera en aquella plaza de Boiadas, no se había mirado aun en un espejo. Un grito ronco le escapa de la garganta, mientras comienza a palpar su rostro con las manos, frenéticamente.

- ¡No puede ser! ¡¿Qué ocurrió con mi rostro?! ¡¡¡No soy yo!!! ¡¡¡No soy yo!!!

Alfonso, de un salto, llega hasta ella y la retira del frente del espejo, haciéndola sentarse.

- ¡Tenga calma, hija! Tenga calma.

Clotilde queda mirando a Alfonso con los ojos desencajados y, meneando la cabeza, como para transmitirle su incomprensión, susurra, apenas:

- No soy yo... no es mi rostro... ¿qué está aconteciendo conmigo, mi Dios? Estaré realmente quedando loca?

- Tenga calma, Clotilde... tenga calma y respóndame: ¿usted cree que ese no es su rostro, su fisonomía?

- Tengo certeza...

- Mírese nuevamente.

- ¡No!

- Usted precisa mirar.

- No. No tengo coraje.

- Venga acá. – pide Alfonso, mientras ayuda a Clotilde a levantarse – Usted tiene que mirarse. No puede huir.

- No tengo coraje... – suplica, al mis tiempo en que se deja arrastrar, de cabeza baja, para el frente del espejo.

- Mírese, Clotilde.

Esta, llevada por la mansedumbre del pedido de Alfonso,

lentamente comienza a levantar el rostro hasta encontrarse con su imagen reflejada.

Se queda, por algunos segundos, mirándose y, en seguida, lleva las manos al rostro y comienza a palpar la nariz, los ojos, la boca, los pómulos del rostro, los cabellos.

- Este no es mi rostro, señor Alfonso.
- ¿Ni parecido?
- Al vez algunos trazos, mas no es mi rostro. Además, a pesar de reconocer mi belleza, no soy bonita así. Este rostro es más suave, mas calmado. ¿Qué estará ocurriendo conmigo, señor Alfonso? Yo me recuerdo de todo respecto a mi. Mas este rostro... ¿qué cosa extraña es esta que me está aconteciendo? La ciudad de Boiadas, tan cambiada... No solo la ciudad, señor Alfonso. No le dije nada, antes, a respecto, pero también las personas parecen vestirse de manera diferente. Nunca, tampoco, había visto tantos automóviles y tan diferentes.

Alfonso se queda, por algunos momentos, pensativo.

- Clotilde, solo hay una manera de resolver esta situación. En primer lugar, es preciso que usted intente estar calmada y que procure no pensar mucho al respecto de este problema por el que pasa. E que eso va a ser difícil, mas me parece sea el primer paso para su solución. Creo, con bastante convicción que, a cualquier momento, una cortina le será abierta y verá, entonces, claramente, la verdad sobre todo lo que le está aconteciendo. Mas para que eso ocurra, es preciso que esté con la mente

bastante libre, suelta, abierta. Voy a conseguirle un trabajo para que se distraiga y ocupe sus momentos.

- ¿Usted cree que voy a librarme de esta pesadilla?
- Tengo fe en Dios que si. No se preocupe. Usted no está solita. Todo haremos para ayudarla.

Clotilde abraza al viejo y se libera un poco de la tensión que la acomete, con un llanto silencioso de desahogo.

Mendigos

La mañana finalmente despunta y Atilio despierta y se sobresalta por no ver más al viejo ni su bolsa. Se levanta de un salto y sale para la calzada. Mira para un lado y para otro, sintiendo un terrible miedo. ¿Será que Sebastián se arrepintió de ayudarlos y los abandonó? Vuelve junto a su hija que aun duerme, tranquila, Se sienta a su lado y comienza a desesperarse. ¿Dónde estará el viejo? Ciertamente se fue, pues se llevó el saco con él. Si hubiese ido apenas a dar una vuelta, no la llevaría.

- ¿Qué hago? – piensa amargado. – Mejor no hubiese encontrado a aquel hombre que me alimentó de ilusiones.

Algunos minutos pasan y ya está casi maldiciendo al anciano, cuando el portoncito se abre y Sebastián entra, con el saco colgado del hombro, con un pedazo de pan en una de las manos y un vidrio con vaso en la otra.

- Señor Sebastián, usted no sabe el susto que llevé, pensando que nos hubiese abandonado.
- Mi hijo, nada tema. No voy a abandonarlos. Apenas fui a pedir en una casa de los alrededores, un pedazo de pan para nosotros tres y un poco de leche para la niña.
- Dios le pague, señor Sebastián. Dios le pague. ¿Quiere que despierte a Lucinha?
- Déjela descansar un poco más. Cuando despierte vamos a alimentarnos y, entonces, iremos a comprar los pasajes. Será una larga caminata.
- ¿Volveremos para acá en la noche?
- Si no encontramos abrigo mejor en el camino, volveremos.
- Tendremos que pedir comida...
- Si. Tendremos que pedir comida.

Se pasa media hora y Sebastián pide a Atilio que despierte a la niña, pues no sería bueno que las otras personas los viesen ocupando aquel lugar. Le explica que, ciertamente, ellas los tomarían por vagabundos y que nadie gusta de extraños cerca de sus casa. Atilio concuerda y, mansamente, despierta la niña, haciéndola comer un pedazo de pan y beber un poco de leche. Lucinha se alimenta ávidamente.

- ¿Nosotros vamos para casa o vamos a pasear, papi?
- Vamos a pasear un poco más.

La niña mira, tímidamente, hacia Sebastián.

- El abuelo también va a pasear con nosotros, hija.

- ¿Usted durmió bien, Lucinha? – pregunta, cariñosamente, el anciano. – Mire, nosotros vamos a pasear por dos días y, después, iremos para un lugar muy bonito, donde usted tendrá otra casa y muchos niños para jugar.
- ¿Allá tiene muñecas?
- Ten, hija, y cuando papi comienza a trabajar, va comprar una, solo para usted.
- ¡Que bueno!

Es sábado y ya son más de ocho horas cuando los tres salen a la calle, con destino a la agencia de autobuses para comprar los pasajes. Lucinha camina en medio de los dos hombres; de manos dadas. La capital es grande y tendrán que caminar por muchas horas.

- ¡Papi, tengo hambre! – reclama la niña, en el regazo de Atilio, después de cinco horas de caminata, atravesando diversos barrios, en dirección al centro de la ciudad.

Comienza, entonces, a tocar a la puerta de varias casas, para pedir alimento. La mayoría, simplemente, les niega cualquier auxilio. Algunos moradores les extienden apenas algunas monedas, diciéndoles que, juntando un poco más, podrán comprar un pan.

- ¡Como está difícil, hoy! – lamenta Atilio.
- ¡Tengo hambre, papi!
- Precisamos conseguir comida. No podemos alimentarnos, principalmente la niña, durante dos días, apenas con pan.

En esos momentos, Sebastián permaneces apartado, alegando a Atilio que sería más fácil si apenas él y la niña consiguieran comida.

Atilio toca en una puerta más y, esta vez, acredita que va a conseguir algo, pues la casa es de construcción refinada y rica. Un hombre de media edad atiende.

- ¿Qué desea?
- ¿Será que usted no podría conseguir un poco de comida para mi hijita? Ella está con hambre y estoy desempleado.
- ¡¿Está desempleado, eh?! – pregunta áspero y brutalmente, el dueño de la casa. – Pues yo pienso que usted no pasa de ser un vagabundo que está usando la pobre de la niña para mendigar. ¡¡¡Vaya a conseguir servicio, mi amigo!!! Trabajo hay en todo lugar. ¡Es solo tener voluntad!
- Mas...
- ¡Y desaparezca de aquí, vagabundo! ¡Desaparezca, antes que y llame a la policía!

Diciendo eso, el hombre tiró la puerta con vigor.

- ¡Mi Dios!
- ¿Por qué el hombre está bravo, papi?
- Por nada, mi hija. Él debe estar nervioso.
- Creo que él tampoco tiene dinero para comprar comida...
- Debe ser eso, hija. Debe ser eso.

Sebastián, que oyera los gritos del dueño de la casa, se aproxima y abraza a Atilio por los hombros.

- No desanime, mi hijo.
- Nunca fui tan humillado en toda mi vida. Él fue brutal conmigo y en frente de la niña...
- Usted debe perdonarlo, pues él, probablemente, posee problemas íntimos, mayores que los nuestros. En verdad, debemos orar por él.
- Mi Dios, lo que tendremos que enfrentar aun...
- Tenga confianza. Allá en la esquina hay una casa, donde están reunidas varias personas. Por la ventana abierta, los escuché hablar de una campaña de beneficencia. Deben ser personas bondadosas y creo que nos ayudarán. Vamos allá, a esperar que la reunión termine.

Se dirigen, entonces, para el lugar y se recuestan en las paredes de la casa.

- Está oliendo comida sabrosa, papi.
- Por lo que pude deducir, son varias personas que están almorzando ahí, mientras planean un trabajo de asistencia a los necesitados.

De hecho, varios automóviles están estacionados de frente a la vivienda y, de donde están, pueden oír las conversaciones, intercaladas por el sonar de los cubiertos y platos.

- Muy buena comida. – exclama uno de los presentes.

- Modestia a parte, mi esposa es una excelente cocinera, mas vamos a volver al asunto que nos reunió aquí hoy.
- Si. Vamos a combinar como realizaremos la campaña. Nada como auxiliar a los desprotegidos de la suerte. ¿Cómo haremos la campaña para recaudar fondos?
- Pienso que debemos realizar algo grandioso y que llame la atención.
- Sugiero un gran baile, allá en el club.
- Pienso que una verbena sería el mejor camino.
- No, no. Un baile dará menos trabajo y no tendremos que estar atendiendo tiendas.
- Mas la verbena, ciertamente, dará más lucro.
- De mi parte, - dice otro – prefiero el baile. Inclusive, podrá ser hecho amplio reportaje por los periódicos.
- ¿Y si hiciéramos una rifa? – sugiere una señora.
- ¡Por el amor de Dios! Detesto tener que vender tickets de sorteo!
- Creo que sería mejor hacer un estudio de lo que podría rendir más, monetariamente.
- No podemos olvidar que tenemos que realizar algo que no nos tome mucho tiempo, pues yo, por ejemplo, soy muy ocupado.
- Yo también.
- No doy cuenta ni de mis negocios.
- ¿Y que haremos con el dinero que consiguiéramos con la campaña?
- Pienso que, primero, tendremos que recaudar el dinero. Después, estudiaremos donde emplearlo.
- ¡Como será gratificante auxiliar al prójimo!

- ¿Por qué será que Pedro no vino a la reunión?
- Para decir verdad, creo que él se apartó de nosotros.
- ¿Se apartó?
- Si. Él me dijo que no podía venir más a nuestras reuniones semanales, porque tiene que trabajar allá en aquel orfanato, en los fines de semana.
- ¡Trabajar! ¿Qué está haciendo él allá? Por lo que sé, está conversando y jugando con los niños. ¿Eso allá es trabajo? Ya vi todo...
- Él lleva un poco de alimentos también.
- Ora, eso es problema del gobierno y no de él.
- Si él no fuera al almuerzo de la semana que viene, en la casa de los Moura, nosotros lo excluiríamos definitivamente de nuestra campaña.
- Al vez no quiera gastar dinero y ni trabajar cuando llegara su vez de patrocinar el almuerzo en su casa.
- Bien, personal, vamos a dejar a Pedro de lado y marcar la fecha del evento.
- Pienso que, de aquí a seis meses, en el fin de año, estará bien.
- De mi parte, no concuerdo, pues estaré de vacaciones y voy a viajar.
- Podemos, entonces, realizarlo el año que viene.
- Solo si fuera después de Carnaval.
- Eso mismo. Vamos a hacer el baile después de Cuaresma.
- Aprobado.

Del lado de afuera, Atilio puxa a Sebastián.

- Vamonos. Creo que, aquí, no conseguiremos nada.
- Vamos a esperar un poco más, mi hijo. ¿Quién sabe...?
- Vamos a intentar, entonces. Voy a tocar la campanita, pues podemos estar mucho tiempo aquí, parados, esperando.

Atilio toca la campanita de la casa y una mujer, ricamente trajada, viene a atender.

- Diga...
- Mi señora, disculpe mi intromisión, mas estoy desempleado y mi hijita tiene hambre. ¿Será que podría conseguirmos un poco de comida?

La mujer exhibe enorme contrariedad en la mirada y pide que aguarde algunos minutos.

- ¿Quién es, Leonora? – pregunta uno de los presentes, dentro de la casa.
- En un mendigo que quiere un poco de comida para él y la hijita.
- ¡Como esta llena de vagabundos esta ciudad! – exclama otro.
- Pienso que la prefectura debería hacer alguna cosa en ese sentido.
- Dele algunas monedas, Leonora, para comprar pan.
- Espere – dice autoritariamente otra señora. - ¿Será que ustedes no perciben que él no está pidiendo dinero? Solo quiere un poco de comida y creo que alimento es lo que no nos falta en este momento.

- Debe ser un vagabundo. Si estuviéramos constantemente ayudando a esas personas, creo que las estaremos perjudicando. De ese modo ellas no querrán, nunca, trabajar, pues pueden comer y beber sin trabajo.
- Soy de misma opinión. – exclama otro hombre.
- Ustedes están errados en actuar así. – interrumpe la mujer.
- Se que muchos son vagabundos, mas deben existir también aquellos que realmente necesitan. Además de esto, no creo que alguien entre en ese tipo de vida por libre y espontánea voluntad. Si no ayudáramos a todos los que nos procuran, estaremos perjudicando a los buenos. Auxiliando a todas las personas que nos piden un poco de alimento, ciertamente, un día, estaremos ayudando a un verdadero necesitado. Pienso que tenemos que ayudar siempre, confiando en las personas que nos solicitan auxilio. Y, además de esto, no podemos negar alimento a quien tiene hambre, por peor que sea, principalmente cuando ese alguien es una niña. Estamos aquí, ingiriendo opulento almuerzo, en una reunión que intenta un trabajo de beneficencia y pienso que esta es la mejor hora de comenzar a actuar.

Diciendo eso, hace dos platos de comida y los lleva para afuera, haciendo que Atilio y la niña entren para el lado de adentro del portón para poder comer, cómodamente y a la sombra.

Después de alimentarse y salir de regreso para la calle, Sebastián comenta con Atilio:

- Tomara que consigan realizar el trabajo de beneficencia que están proponiéndose, pues, sino, tendrán que rendir cuentas a Dios, por todos esos alimentos en pro de la campaña.

Caminan por media hora más y llegan a la estación de buses, donde Sebastián da el dinero para que Atilio compre los tres pasajes.

- Sobraron algunas monedas y podremos comprar un litro de leche para Lucinha.
- Usted es muy bueno, señor Sebastián.
- Vamos a volver ahora.
- Cárgame, papi.

Atilio agarra la niña y esta acuesta su cabecita en su hombro, durmiendo casi enseguida.

- ¡Pobrecita! Debe estar cansada. – dice, tristemente, mientras caminan de regreso.

* * *

Ya son las siete horas de la noche, cuando comienzan, nuevamente, a pedir comida. Sebastián, como siempre, queda a la distancia, a escondidas, mientras Atilio apela, junto con la niña, a los corazones de las familias. Como aconteciera de mañana, reciben algunas monedas y muchas imprecaciones, consiguiendo un plato de comida, solamente cuando son ya más de las ocho horas de la noche. Llama, entonces, a Sebastián.

- No tengo hambre, Atilio. Pueden comer, usted y la niña.
- Usted también precisa alimentarse.
- Voy a comer apenas un pedazo de pan. Sinceramente, no tengo hambre. A mi edad, poco se come.
- No creo. Usted no quiere comer para que sobre más para nosotros y eso no lo puedo aceptar.
- Este tranquilo, pues estoy diciendo la verdad.

Atilio, entonces, se alimenta junto con la niña y queda bastante triste y angustiado en ver a la hijita tener que comer con las manos, pues la dueña de la casa les dio la comida en una pequeña lata, sin ningún tenedor. Le duele el corazón, la escena. Sebastián, pareciendo adivinarle los pensamientos, procura consolarlo:

- No sufra por tan poco, mi hijo. Agradezca a Dios el hecho de estar comiendo y no desanime, pues luego tendrá un hogar que, si no posee mucho lujo, por lo menos, será decente.

En ese momento, la dueña de casa abre la puerta y trae tazas de café, para él y para la niña.

- Muchas gracias, mi señora, ¿mas será que no podría conseguir alguna cosa para este viejo hombre que también pasa por necesidades?
- ¿Viejo? ¿Qué viejo?

Atilio, entonces, vuelve la mirada para donde estaba Sebastián y no lo ve. Se levanta, mira para los dos lados de la calle y no consigue divisar a nadie.

- ¿Dónde será que él fue? Pregunta atontado a la dueña de la casa.
- No se preocupe. Si él regresa, usted toca a la puerta que conseguiré algo para él.
- ¡¿Pero dónde será que se metió él?! ¿Usted vio para dónde fue, Lucinha?
- No, papi.

Atilio y la niña terminan de comer, toman café y, llamando la mujer para devolver las tazas, retornan a la calle.

Está preocupado con el paradero del viejo, sin embargo, después de andar algunos pasos, oye la voz del anciano, por detrás de sus hombros.

- ¿Cómo está, Atilio? ¿Estaba buena la comida?
- ¿Adónde usted fue? La dueña de la casa iba a conseguirle alguna cosa. Vamos a volver allá y yo le pido a ella.
- Ya le dije que no se preocupara por mi. No estoy con hambre. Fui a dar una vuelta a la manzana, mientras ustedes comían.

Continúan caminando y, cuando pasan frente a un cine, reciben de un señor y de una joven un folleto de propaganda a respecto de una conferencia que sería proferida por un

misionero religioso. La invitación para la charla está ilustrada por bonita estampa a colores, que representa el Cielo y el infierno. Ocupando la mitad de arriba, diagonalmente, están pintados copos de nubes, con ángeles tocando arpas y personas felices, todas de blanco, apareciendo, en primer plano, una mujer, con una expresión divina en el rostro. En la otra mitad de abajo, el rojo contrasta con el azul del cielo y varias personas arden en el fuego del infierno, con demonios y criaturas horribles supliciándolas, en una escena dantesca. Los colores se funden en el punto divisorio de los dos ambientes y las expresiones de los rostros son perfectas.

- ¿Qué opina usted de ese dibujo, Atilio? – pregunta Sebastián.
- Para mi, representa apenas el Cielo y el infierno.
- ¿Usted cree en eso?

Después de pensar un poco, Atilio responde:

- Poseo algunas dudas.
- ¿Qué dudas?
- Nunca tuve mucho tiempo para leer al respecto, a pesar de ya haber frecuentado tres religiones diferentes, pues siempre me preocupé en encontrar una, para seguir, con bastante entendimiento y fe. Sin embargo, muchas dudas, como ya dije, siempre ocuparon mi mente. Creo, por ejemplo, que los buenos serán recompensados y los malos, castigados, mas no consigo aceptar a idea de que las personas que, un día, se entregaron al mal, sean castigados eternamente.

- ¿Cómo así? – pregunta el viejo, con leve sonrisa en los labios y en la mirada.

Atilio se queda por algunos momentos en silencio, mientras continúan caminando y, después de alguna reflexión, responde:

- Vea, usted, esta pintura. Imagine que está mujer, con expresión de gran felicidad en la mirada, posee un hijo que se desvió del buen camino, se tornó un criminal y que, después de muerto, fue, en estado de alma o no se que, para el infierno. ¿Cómo podría ella, su propia madre, ser feliz en el Cielo, que es un lugar de alegría, estando su hijo querido sufriendo eternamente en el infierno, sin nada poder hacer para ayudarlo? Para mi esta figura está errada.

- Puede ser que usted aun no haya encontrado un camino religioso, mas veo que posee mucha inteligencia en su raciocinio.

- ¿Usted cree que estoy en lo cierto?

- Creo. También pienso así.

- ¿Cómo encara esa cuestión del Cielo e infierno?

- Acredito que, si un padre, aquí en la Tierra, perdona a un hijo, por peor que sea, y está siempre listo a darle nuevas oportunidades, Dios también así lo hace, pues Él es infinitamente mucho más bondadoso y amoroso para con todos nosotros, sus hijos, que un simple padre terreno.

- Es lo que pienso, mas no tengo la mínima idea de cómo eso pueda ser.

- Tengo la certeza de que, un día, encontrará respuestas para todas sus dudas.

En ese momento, el dialogo es interrumpido, pues llegan a la vieja casa que los abrigó en la noche anterior y se preparan para descansar. Sirven un poco de leche a la niña y la acomodan en el cobertor de Sebastián.

- En sus oraciones, Atilio, no se olvide de agradecer a Dios por este día.
- Pediré también que nos ayude en los próximos, pues anhelo intensamente por el momento de que subamos en el autobús que nos llevará hasta nuestro destino. Y por hablar de eso, ¿usted no podría elucidarme mejor al respecto de ese barrio para el cual iremos?
- Tenga paciencia, Atilio. Pronto usted lo conocerá y a sus habitantes. Como ya le dije, es un barrio apartado de la ciudad, donde las personas se respetan mucho y trabajan en el cultivo de hortalizas que son vendidas en la región. Mas vamos a descansar, ahora.

Diciendo eso, el viejo se recuesta en un canto y cierra los ojos. Atilio, a su vez, se acuesta al lado de la hija y se queda admirándola. Solamente ahora, percibe que aquella carita ingenua, ya está toda sucia y las manitos también. Se emociona con eso, concluyendo que la ingenuidad de los pequeñitos es una bendición de Dios y agradece por la hija buenecita que solo sabe reclamar cuando el hambre le hace doler el estomago. Agradece también por la dadiva que recibió al encontrarse con Sebastián que, ciertamente, le proporcionara una vida tranquila y feliz. Descubre aun en ese momento, que la mayor felicidad

para alguien es tener un techo, comida y trabajo digno. Se recuerda de la esposa querida, que siempre le recordaba de eso, cuando estaba viva.

- ¡Mi pobre Rosalina! – piensa Atilio. – Usted tenía razón cuando decía que la mayor felicidad es la paz del espíritu.

Emocionado y con los ojos húmedos, besa la carita de la niña, sin percibir que Sebastián lo observa, desde su rincón, con una suave sonrisa en los labios.

* * *

En la mañana siguiente, Sebastián sugiere que permanezcan en una pequeña plaza existente en los alrededores, donde Lucinha podrá jugar hasta la hora del almuerzo, cuando, entonces, pedirá comida. Atilio concuerda y salen, nuevamente, los tres. Como en el día anterior, el almuerzo es conseguido a costa de mucho pedir e implorar. A la tardecita, sin embargo acontece algo que marca, profundamente, a Atilio, con relación a Sebastián.

Están, aun, sentados en uno de los bancos de la plaza, cuando la niña percibe cualquier cosa allá por los lados de una iglesia, del otro lado del parque.

- ¡Papi! ¡Papi! ¡Venga a ver que bonito! ¡Vamos allá, papi! ¡Vamos allá, abuela!
- ¿Qué es Lucinha?

- ¡Allá en la iglesia, papi! ¡Venga a ver!

Atilio y Sebastián se levantan y acompañan la niña hasta el lugar. Atravesando la calle, se enfrentan con enorme templo religioso. Por la puerta abierta, verifican que está siendo decorado para en matrimonio.

- ¡Mire que bonito, papi!

Realmente, su interior está repleto de margaritas y bellísimos arreglos están siendo ultimados.

Entran y la niña no cabe en si de contentamiento.

- ¿Va a haber fiesta, papi?
- Va a haber un casamiento, Lucinha.
- Quiero quedarme mirando.

En ese momento, uno de los presentes se dirige a Atilio y le pide que salga, pues está en la hora de comenzar la ceremonia y los convidados ya están comenzando a llegar. Este prontamente obedece, mas la niña, encantada con lo que ve, no acompaña al padre.

- Ven, hijita. – pide Atilio, ya en la puerta de salida, sin embargo, la niña parece no oírlo, deslumbrada con las flores. Sebastián está a su lado.

- ¡Venga, niña! – llama, ásperamente, el desconocido. -
¡¡¡Venga!!! ¡¡¡Pero que cosa!!! ¡Los invitados ya están

llegando!

Diciendo eso, parte en dirección a la niña que, liberándose de él corre hasta un rincón, derrumbando, al pasar, una canastilla de flores.

- Solo quiero estar mirando... – lloriquea.
- ¡Lucinha! – grita Atilio. - ¡Venga!

Pero la niña, en su inocencia, corre y derrumba nueva canastilla. Para en otro rincón y se deslumbra con la imagen de una santa.

- ¡Parece a mami, papi!
- ¡¡¡Venga aquí, niña!!! – grita el desconocido, con rabia.

Lucinha no da atención a él y este se exaspera más.

- ¡¡¡Ahora, usted va a ver solo una cosa!!!

Diciendo eso, parte nuevamente para encima de Lucinha.

- ¡No! – grita Atilio.

Apenas Sebastián acompaña al hombre y, cuando este, rabiosamente, baja el brazo para agarrar la niña por los cabellos, el viejo le asegura vigorosamente la mano. El hombre da un grito y queda mirando hacia la niña, que corre en dirección a Atilio.

- ¡Dios mío! – exclama, con los ojos exaltados – ¿Qué extraña fuerza me aseguró el brazo?

En ese momento, Atilio y Lucinha ya están abandonando la iglesia, seguidos por Sebastián.

En el exacto momento en que el hombre soltó un grito, un padre, que estaba entrando en el interior del templo, corrió hasta él, indagando:

- ¿Qué ocurrió, Euclides? ¿Qué fue?
- ¡¡¡Un milagro, padre!!! ¡¡¡Un milagro!!!
- ¡¿Milagro?! ¡¿Qué milagro, Euclides?!

Allá afuera, Atilio se dirige a Sebastián:

- No estoy entendiendo nada. ¿Qué ocurrió con ese hombre? Él hablo de una extraña fuerza que le aseguró el brazo... mas fue usted quien lo aseguró...
- Él debe haberse referido al hecho de yo, un viejo, haberlo asegurado.
- No fue bien así. Acabé de oírlo hablar de milagro...
- No se preocupe con eso, Atilio. Él debe ser un loco. Imagine querer golpear a una pobre niña solo porque quería quedar adentro de la iglesia y derrumbó unas flores.
- El hombre debe ser un loco, si. Y, en cuanto a usted, Lucinha, no desobedezca más a papi. Cuando le pedí para salir, usted me desobedeció.

- Estaba tan bonito...
- No se enoje con ella, Atilio. Eso es cosa de niños.

Se sientan nuevamente en los bancos de la plaza. Atilio y Lucinha en uno y Sebastián en otro.

- Atilio, voy a tener que ir a un lugar ahora, y no sé a que horas volveré para dormir. Usted no precisa preocuparse. Apenas le pido que, si por acaso yo no llegara allá en la vieja casa, agarre a Lucinha y vaya para la estación de autobuses. El autobús sale a las nueve horas de la mañana y ustedes deben salir de casa allá por las dos horas de la madrugada, para llegar a tiempo.

- ¿Pero usted no va?
- Voy, mas puedo encontrarlos allá en la estación.
- Oh, si.
- Espero que consiga alimento para esta noche.
- Dios me ayudará.

En ese momento, un señor pasa por Atilio y se dirige al banco en que Sebastián está sentado y es preciso que el viejo salga para el lado y se levante para que el hombre no se le siente encima.

- Estamos combinados, entonces, Atilio. Hasta luego. – dice el viejo, levantándose y partiendo.
- Hasta luego.

El hombre que está sentado al lado mira a Atilio y le

pregunta:

- ¿Usted habla conmigo?
- No, yo... – para la frase en medio, no queriendo acreditar en lo que le viene a la mente y continua - ... ¿usted está viendo a aquel viejo que está yendo, por allí?
- ¿Viejo? ¿Qué viejo?

Atilio continua observando a Sebastián e insiste:

- Aquel viejo que se levantó del banco, cuando usted se sentó...
- Disculpe, pero ni vi y ni estoy viendo a nadie. – afirma el desconocido, se levanta y se va, tal vez con recelo de que Atilio fuese loco.

Atilio siente un frío recorrerle la espina y millares de pensamientos le vienen a la mente, entendiendo, ahora, porque siempre que iba a pedir comida, Sebastián quedaba a la distancia, desapareciendo en las esquinas y el porque aquel hombre, en la iglesia, hablara de una fuerza extraña. Él, tampoco, viera a Sebastián. Apenas sintiera la oposición que las manos del viejo le impusiera al brazo.

- ¡Mi Dios! – piensa, asustado. - ¡¿Quién será Sebastián?!
¿Será un Espíritu? – Ya oyera la narrativa de diversos casos de Espíritus que aparecían como si fuesen de carne y hueso e, inclusive, actúan en el ambiente. Lógicamente, solo él y la niña lo veían. ¿Su cuñada no apareciera a aquel joven, cuando

perdiera a Lucinha? Concluyó, también, que Sebastián se desviara del hombre que se sentara en el banco, apenas para disfrazar. ¿Y el tal barrio del cual hablara? En eso, él acreditaba, pues fuese quien fuese, confiaba en Sebastián. Solamente no tenía más certeza si lo vería de nuevo. Si no, tendrías que procurar, solito, el barrio, en aquella ciudad.

Al oscurecer, comienza a caminar junto con la niña, en la búsqueda de comida y, después de casi una hora de pedidos, consigue el alimento, yendo, entonces, para la vieja casa que los abrigara, hace dos noches.

Lucinha se acuesta y duerme, sin embargo, pasado poco tiempo, comienza a debatirse y a balbucear palabras ininteligibles, mientras duerme. Atilio se abaja hasta ella y constata que está con fiebre alta y delira.

- ¡Mi Dios! – implora - ¿Qué haré? ¡Justo ahora que íbamos a viajar!

Pega los labios en la frente de la niña y deposita la mano en su cuello.

- Está ardiendo en fiebre. ¡¿Qué puedo hacer, mi Dios?! ¡Ayúdeme!

Diciendo eso, comienza a acariciar los cabellos de la hija y hace sentida oración a Jesús, para que lo auxilie. Algunos minutos pasan y casi no cree en lo que ve: abriendo el portoncito, entra Sebastián.

- ¡Sebastián! Que bueno verlo de nuevo. Lucinha está ardiendo en fiebre.

El viejo se aproxima a la niña, coloca la diestra por sobre su cabecita y cierra los ojos, en oración. Permanece mucho tiempo en ese estado. Atilio ora con devoción y cree que Dios, a través del anciano, irá a ayudarlos.

- Listo, Atilio. La fiebre ya pasó.

Atilio se levanta, de un salto, apresurándose en aproximarse a la niña. Realmente, la fiebre pasó. Mira al viejo, con gratitud.

- ¿Quién es usted? – pregunta mansamente.

- Quien soy, no importa, ahora. Su fe curó a la niña.

- ¿Quién es el señor? – pregunta, nuevamente, y, ahora, en lagrimas.

- Mi hijo, espero que todas las lecciones por las que pasó, en estos últimos días, lo hagan dirigirse a las cosas de lo Alto. En el barrio para donde irá, podrá aprender mucho y trabajar bastante en pro de los necesitados. Yo no voy con ustedes, pues no es más preciso.

- ¿Usted no va?

- No. Cuando llegue a la ciudad a la que se dirige, pregunte como hacer para llegar al barrio que queda después de la viejo camino de hierro. No será difícil. Llegando allá, procure por un señor, ya de edad avanzada, a quien llaman señor Alfonso, cuénteles todo lo que aconteció y pida que le de mi casa para

ustedes vivir y trabajo en el cultivo. Dígale también que está dispuesto a estudiar, por el raciocinio y por la fe, las verdades de la vida y él, entonces, lo ayudará. Nada teman y vayan con Dios.

Diciendo eso, el viejo se levanta y abraza a Atilio, tiernamente. Después, besa a la niña y sale en dirección a la calle, dejando a Atilio estupefacto. Solamente en ese momento, percibe que debería insistir más para saber quien, en verdad, es aquel hombre y sale para la calle para llamarlo, mas está desierta, pues Sebastián prácticamente desapareciera.

Atilio no pega los ojos con miedo de perder el autobús y pasa algunas horas recordando de l que le aconteciera en los últimos días.

- ¡Como todo puede cambiar, de repente, en la vida de la gente! – piensa. – Vivía feliz con Rosalina, Lucinha y Eneida. Cuando menos es esperada, la muerte me roba la compañera y la cuñada; pierdo el empleo, casi pongo termino a mi propia vida; siento, en la piel, el sufrimiento de los desamparados y recibo la ayuda de un extraño, que ni sé si es real. Tampoco nada sé sobre lo que me espera. ¿Qué barrio será ese? Tengo mucha fe en Dios, en Sebastián y vislumbro una posibilidad de paz y seguridad para donde voy. ¿Mas quién será ese hombre? ¿Por qué no va con nosotros para su tierra? Ayúdelo Jesús, en su caminada.

El tiempo pasa y, cuando percibe que ya debe estar en la hora, intenta despertar a la niña para caminar hasta la estación de autobuses, sin embargo, la niña no consigue despertar, de tan cansada que está y por la fiebre que la había acometido. La enrolla, entonces, en el cobertor y la carga, y sale en dirección a su destino. Pasa en frente de la iglesia y ve el reloj marcar casi dos horas de la madrugada. Camina despacio, para no cansarse con el peso de la niña, que solamente despierta, en sus brazos, a las siete horas de la mañana. A las ocho, entra en un bar cerca de la estación y compra, con las pocas monedas que ganara en la víspera, un vaso de leche y dos pedazos de pan con mantequilla, con que se alimentan.

Faltando quince minutos para las nueve horas, el autobús esperado finalmente estaciona. Atilio sabe que el viaje llevará seis horas y que, solamente llegará a la ciudad por vuelta de las tres de la tarde. Ya dentro del autobús, percibe, después de que todos entran y se acomodan, que un pasajero tendrá que hacer el viaje a pie, pues los lugares no son suficientes para todos. Hace, entonces, que la niña se acomode sobre sus piernas e invita al hombre a sentarse en el lugar de ella.

- Muchas gracias, mi señor. El viaje va a ser largo.
- ¿Este autobús va derecho a su destino?
- Va. Solamente para, una vez, en un restaurante que se localiza en la mitad del camino.
- Dígame una cosa: ¿usted está paseando o va para casa? – pregunta Atilio.
- Voy para casa. Vine a la capital apenas para visitar unos

parientes.

En ese momento, el autobús comienza a rodar, saliendo de la estación de autobuses, en dirección a la estrada.

- ¿Usted conoce los barrios que quedan después de la línea férrea?
- Solo existe un barrio, allá. Es el Barrio de los Extraños.
- ¿Barrio de los Extraños?
- Si. Usted nunca oyó hablar?
- No... bien... es la primera vez que oigo ese nombre. Apenas sabía de la existencia de un barrio, localizado después de la línea férrea y voy a intentar conseguir un empleo allá, en el cultivo.
- Oh, si. Ellos plantan hortalizas, allá.

Atilio siente un alivio al saber que, realmente, existe ese barrio del cual Sebastián le hablara, mas extraña el nombre.

- Mi amigo, ¿usted vive hace mucho tiempo en esa ciudad?
- Habito desde hace veintidós años.
- ¿Por qué llaman el lugar Barrio de los Extraños?
- Ese nombre es muy antiguo y fue el propio pueblo de la ciudad que pasó a denominarlo de esa manera. En verdad, la mayoría de las personas tienen un poco de miedo de sus habitantes.
- ¿Miedo?
- No se impresione con eso. Los habitantes de ese barrio son muy buenos, mas son todos espíritas y las personas de la

ciudad, a pesar de muchas procurar consuelo y consejos con ellos, tienen un cierto recelo de ese negocio de Espíritus, principalmente, porque los religiosos de la ciudad viven diciendo que esa gente rinde culto al demonio y cosas de ese tipo. De mi parte, no acredito y hasta fui allá, una vez.

- ¿Es grande el barrio?

- No. Debe tener unas cincuenta casas, más o menos. Cierta noche, un vecino, que iba siempre allá, insistió mucho y acabé yendo con él. Y hasta me gustó, ¿sabe? Cuando llegué allá, confieso que estaba con un poco de miedo, pero después que oí lo que ellos hablaron, quedé tranquilo.

- ¿Y de qué hablaron ellos?

- No me recuerdo bien, pues hace mucho tiempo. Lo que sé es que hablaron de Dios, de Jesús y de hacer el bien.

- ¿Y usted vio o escuchó Espíritus?

- No. La noche en que fui era solo de “pases”.

- ¿“Pases”?

- Si. Son unos benzimentos que ellos hacen en las personas. Y sepa que volví calmado de allá.

- ¿Y usted retornó allá otras veces?

- No. Ya sabe como es... Si la gente va allá, las personas quedan hablando esto y aquello y no me gusta eso. Además de eso, frecuento mi religión, mi iglesia y está muy bueno para mi. Existen muchas personas de la ciudad que van siempre allá, mas no son bien vistas por los otros. Inclusive, los prefectos que pasaron por la jefatura de la ciudad ya fueron muy presionados para tomar alguna providencia contra el barrio, mas nada pudieron hacer. Al final de cuentas, el barrio provee todas las verduras para nuestra ciudad y regiones y paga al día

sus impuestos.

- ¿El barrio es rico, entonces?
- Si y no. Quiero decir, ganan buen dinero con las verduras, mas buena parte es destinada a entidades asistenciales de los alrededores y en la divulgación de sus creencias.
- Un pueblo así, solo puede ser bueno...
- Como ya le dije, son muy buenos, mas la ciudad los cubre con un manto de misterio y misticismo.
- Interesante...

El resto del viaje pasan en silencio, pues algunos minutos después Atilio adormece, por causa de la noche que pasó despierto. Ahora está más tranquilo, pues sabe que el barrio existe y que irá a encontrarse con personas bondadosas.

En la mitad del camino, el autobús para en el restaurante y todos descienden.

Atilio y Lucinha también lo hacen, yendo primero al sanitario, Al volver para dentro del restaurante, Atilio se preocupa, pues todos están comiendo alguna cosa y sabe que la niña ya debe tener hambre. Mal acaba de pensar en eso y la niña le dirige una mirada rogativa.

- Papi, compre alguna cosa para comer.

Atilio revuelve los bolsos y encuentra apenas una moneda de poco valor. Vuelve su mirada en dirección a la hijita y esta le sonrío.

- Creo que no estoy con ganas de comer nada, no, papi.

Atilio se emociona y abraza a la niña, sin conseguir evitar que sus ojos queden humedecidos.

- Usted es un ángel, mi hija. – dice emocionado, mirando los ojos de la niña. – Tan pequeñita y ya tan comprensiva.

Lucinha apenas le sonrío.

En ese momento, una mano le extiende un pedazo de bolo.

- Agarre, nene. Es para usted.

Atilio levanta la mirada y ve que es su compañero de viaje quien extiende el alimento.

- Dios le pague, mi amigo.
- Comprendo su situación. Acepte también alguna cosa.
- Gracias, mas estoy sin hambre.
- Por favor, acepte. – y, diciendo eso, extiende a Atilio otro pedazo de bolo.
- Gracias, una vez más y que Dios le bendiga.

Atilio sale con la niña del restaurante y sube con ella en el autobús. Llegando allá, saca un pedazo de papel del bolso y

envuelve el bolo, con la intención de guardarlo para más tarde.

Durante el resto del viaje, finge dormir para poder raciocinar un poco más sobre todo lo que le acomete en lo íntimo.

- Tal vez, - piensa – yo pueda, allá en el barrio, descubrir quién es Sebastián. Lo que no consigo entender es por qué no vino con nosotros y, principalmente, quién es él.

Ensaya también mentalmente, que decir cuando allá llegue y acaba, nuevamente, por adormecerse, lo mismo aconteciendo con Lucinha. Algunas horas más pasan y despierta, sobresaltado.

- Estamos casi llegando – informa el vecino de la butaca.
- ¿Ya? Puxa, dormí bastante.
- ¿La niña aun duerme?
- Si.
- Usted parece amarla mucho.
- Es todo lo que tengo.

Diciendo eso, queda admirando la niña, que duerme con serena expresión en la carita, ya enmugrecido de suciedad. El vestidito también está sucio, así como sus brazos y piernas y los cabellos, enrolladitos de grasa y polvo.

- ¡Mi pobre hijita! – piensa – Si Dios quiere, luego tomará un baño y, tan pronto pueda, le compraré un vestidito nuevo y una

muñeca.

El Galpón

- ¿Cómo le está yendo a Clotilde? – pregunta Alfonso a doña Concepción, compañera de casa de la infortunada mendiga.
- Está más calmada ahora, señor Alfonso. Fue muy buena la idea de pedirle para que me ayude en la costura de ropitas.
- Si. El trabajo alivia la mente y calma.
- Lo que me da mucha pena es verla mirándose en el espejo y palpándose. ¿Qué será que ocurrió con ella, señor Alfonso?
- Aun no sé, a pesar de tener algunas conjeturas al respecto.
- Sabe, señor Alfonso, ayer en la noche, la sorprendí abrazada a una de las muñecas de tela, de esas que yo hago para las niñas. La abrazaba como si fuese un bebe y lágrimas corrían de sus ojos.
- Bastante extraño...
- Pobre mujer...
- En ese instante, la puerta se abre y Clotilde sale de la casa.
- Buenas tardes, señor Alfonso.
- Buenas tardes. ¿Cómo la ha pasado?

Clotilde da apenas un suspiro.

- ¿Le gusta estar aquí?
- ¡Oh! Me está gustando mucho. Todos son muy buenos para mi y el trabajo me ha distraído un poco.

Se queda algunos segundos en silencio.

- Señor Alfonso...
- ¿Si...?
- ¿Cuándo podré comenzar a aprender alguna cosa al respecto de la religión de ustedes?
- ¿Usted quiere, realmente?
- Siento mucha necesidad de acreditar en algo que me consuele y que, tal vez, me de alguna respuesta para mi problema.
- Pues entonces, mañana mismo comenzaremos a conversar al respecto.
- De acuerdo.

El señor Alfonso ya está para despedirse de las dos cuando Clotilde le dirige nuevamente la palabra:

- Me gustaría mucho que usted me satisfaga una curiosidad.
- ¿Qué es, Clotilde?
- Me gustaría entrar en el galpón.
- ¿En el galpón?
- Siento mucha curiosidad por el.
- ¿Y qué espera usted encontrar allá dentro?

Clotilde se queda pensativa. En esos pocos días que allí está, siente cierto miedo de aquella construcción de ventanas altas que no da para alcanzar del lado de afuera. Siempre que pasa por el, queda intentando imaginar lo que puede haber allá

dentro, donde, por dos noches, vio, de la ventana de su casa, varias personas allí entrar y la puerta ser cerrada. Confía en los habitantes de aquel barrio, pues percibe la bondad en todos sus actos, mas no consigue dejar de tener miedo de aquella construcción y de lo que ella tal vez encierre. Imagina altas paredes pintadas de rojo, imágenes de santos o demonios, cráneos, velas negras, hombres vestidos de negro, con capucha. Llega hasta a imaginar un gran círculo cabalístico pintado en el piso y un altar en el fondo, con una enorme cabeza de cabra esculpida o modelada en masa de papelón, con los ojos rojos. ¿Será que sacrificarían animales o aves?

- No sé, señor Alfonso. Apenas tengo mucha voluntad de entrar allá.

Alfonso concuerda y lleva a Clotilde hasta el galpón.

- Aquí es un lugar donde nos reunimos y en que usted podrá venir algún día, para tomar parte en uno de nuestros trabajos. Si así lo deseara, es lógico.

Clotilde no consigue esconder un cierto nerviosismo y un escalofrío le recorre la espina. ¡No! – piensa – no puedo tener miedo al lado de personas que hablan constantemente de Dios, Jesús y amor al prójimo. Y, calmándose, entra en el recinto, cuando Alfonso abre las puertas del galpón.

El edificio pintado de blanco la decepciona sobremanera. Allá no existe imagen alguna, ni círculos cabalísticos, ni velas

coloridas. Apenas toscos bancos de madera, como si fuese un auditorio y, en la otra extremidad, o sea, al fondo, una gran mesa conteniendo, aproximadamente, unas quince sillas dispuestas a su alrededor. Nada más.

- ¡¿Solo eso?!... – es la frase que escapa de los labios de Clotilde.
- ¿Esperaba encontrar alguna cosa más?
- Bien... no sé... esperaba encontrar, tal vez... algún altar, velas,... no sé...
- Nuestro altar lo traemos en nuestros corazones y las velas son, superiormente, sustituidas por la luz de la verdad y del amor. ¿Qué más esperaba encontrar?
- No sé... Usted discúlpeme. Es que estoy hallando todo demasiado simple.
- Acuérdesse, Clotilde, que Cristo, que fue el mayor entre los hombres, nunca erigió algún templo para hablar de Dios y de las leyes de la vida con sus discípulos. Cualquier lugar era ideal para eso. Nosotros tenemos este galpón apenas para podernos reunir todas las personas que aquí vienen, al abrigo de la intemperie.
- Usted tienen toda la razón. Apenas extrañé...
- No se preocupe, Clotilde. Ya estamos acostumbrados con la sorpresa que se estampa en las miradas de los que aquí vienen por primera vez.
- ¿Y aquella puerta lateral?
- Aquella puerta comunica este salón con una pequeña sala, donde se encuentra apenas ocho sillas. Y donde hacemos nuestro trabajo de asistencia espiritual. Usted tendrá

oportunidades de ver ese trabajo.

Salen del galpón y Alfonso tranca nuevamente la puerta.

- Disculpe mi insistencia, Clotilde, mas me gustaría que me dijese, realmente, como se siente.
- Un poco más calmada, pero bastante angustiada. A veces, tengo la impresión de que mi problema no tiene solución, de tan complicado que es. Ya no tengo más certeza de nada. Este rostro...
- Tenga esperanza, mi hija...
- Cada día que pasa, la pierdo más. El señor Januario y doña Olga vinieron ayer, mas no les dije nada a ellos con respecto a mi rostro. No tuve coraje. Ellos estaban tan serviciales para fotografiarme. ¿De qué van a ayudar la fotos? Fotografiar un rostro que no es mío...
- Clotilde, mi hija. Ese es su rostro. Apenas creo que usted, tal vez, no se recuerde o cosa parecida.
- No, señor Alfonso. Me recuerdo muy bien de mi rostro y no es este. No consigo entender eso y hago de todo para no pensar mucho al respecto, pues, sino, acabaré quedando loca, si es que ya no estoy.
- No hable así, mi hija.
- Ahora, de una cosa yo tengo certeza.
- ¿De qué?
- De que gusta mucho este lugar y me siento bien aquí. Mejor que donde yo estaba. En verdad, señor Alfonso, cada día que pasa, siento menos deseos de volver y hasta de encontrar a Adolfo, mi marido. Todo aquello, de repente, me causa

repulsión.

- Nada tema, Clotilde. Aunque descubramos, un día, toda la verdad, este lugar estará siempre de puertas abiertas a usted.

En ese momento, el señor Alfonso es llamado por la esposa e. Invitando a Clotilde a acompañarlo, va hasta su casa donde, en frente, está estacionado un carro. Entran y encuentran una pareja, joven aun, que traen consigo un niño de aproximadamente seis años de edad. Armando, que está conversando con ellos, los presenta al señor Alfonso:

- Padre, esta es la pareja sobre la cual le hablé ayer. Trajeron al niño.

- Dígame. ¿En que puedo serles útil?

- Señor, oí decir que hace “benzimentos” y, como mi hijo anda muy nervioso y despierta sobresaltado en la noche, nosotros lo trajimos... nosotros creemos... bien... nos dijeron que él tiene “acercamiento” de Espíritus...

Alfonso sonríe y, pidiendo al niño que se siente en una silla, auxiliado por Armando, hace algunos gestos con las manos sobre el niño, mientras hace sentida oración, pidiendo auxilio a Jesús.

- Mis amigos, - se dirige a la pareja, después de terminar – el niño no tiene “acercamientos” de Espíritus, como ustedes imaginan, a pesar de que ellos existen...

- ¿Y qué tiene él? – pregunta, ansiosa, la madre.

- Bien... todo niño, posee una capacidad muy grande de

captar vibraciones mentales que existen por todas partes, emanadas de las mentes humanas, principalmente, y con más intensidad, aquellas que están impregnadas en el propio hogar.

- Ya escuché hablar sobre eso...
- Acontece que... y disculpen mi franqueza... mas, las vibraciones de su hogar no deben estar nada buenas, últimamente.

Después de algunos segundos de silencio, en los cuales la pareja cambia algunas miradas:

- Usted tiene razón. – confiesa el joven, mirando con aire de entendimiento a la esposa.
- Los niños – continua Alfonso - , necesitan de vibraciones de amor y cariño para equilibrarse. Esas vibraciones no son solamente aquellas que los adultos demuestran y donan, a través de palabras o presentes. Esas vibraciones precisan ser irradiadas en forma de equilibrio y estabilidad emocional. Una pareja que vive en desentendimiento y discusiones, producen vibraciones tan negativas dentro del hogar, que ni todos los agrados y cariños que cada uno proporcione a sus hijos pueden apagar. Esas malas vibraciones son como denso y oscuro humo que sofoca.
- ¿Usted cree, entonces, que con nuestros problemas y desavenencias conyugales estamos perjudicando al niño?
- No tengo la menor duda. Procuren dialogar entre sí y entender la importancia del matrimonio. Dios no aproxima al hombre y a la mujer por mero capricho, mas si, con un fin específico. Y la más sublime finalidad del matrimonio son los

hijos que de él advienen. La responsabilidad es muy grande y debemos pasar por encima de desentendimientos que, en la mayoría de los casos, nada más son que egoísmo de nuestra parte. Dios une al hombre y a la mujer para procrear y educar aquellos que son los frutos del sentimiento más noble que existe, que es el amor. ¿Ustedes creen que él parece, ahora, tener algún problema?

Los padres miran al niño, que sonrío a ellos. La madre se levanta y lo abraza.

- Dios le pague – agradece el padre. – Creo en lo que usted dice.
- Dios le pague por sus palabras – agradece también la madre.
- Vayan con Dios. – les desea Alfonso, mientras la pareja sale de la casa.
- Estoy impresionada con sus explicaciones. – exclama Clotilde.
- Uno de los mayores problemas de la actualidad, Clotilde, es el desentendimiento entre cónyuges, principalmente, cuando, como en el caso de esos dos, se casan muy jóvenes aun, sin ninguna experiencia de la vida.
- Señor Alfonso, ¿por qué, cuando la pareja dijo que oyeran hablar que usted “benzia”, no explicó mejor a ellos lo que realmente hace? Pase es como ustedes lo llaman, ¿no es así?
- Si, mi hija. En verdad, eso es una mera cuestión de nomenclatura. Existe, por este mundo allá afuera, muchas personas que tienen mediumnidad y que aplican pases, sin

saberlo. Lllaman a eso “benzimentos”. Esos médiums llegan a utilizar diversos materiales, cuales sean, velas, piedras, collares, cruces, etc., etc. Todos esos materiales no son necesarios para que se done amor, en forma de energía, mas esas personas, puras e ingenuas que son, así lo acreditan. Ellas se apegan a esos elementos y, psicológicamente, nada harían sin ellos. Sin esos materiales, no tendrían la fe necesaria. Tal vez, esa pareja ya haya tenido alguna experiencia con los llamados “benzimentos” y, si yo dijese que no uso tal nomenclatura, puede ser que no llevasen a serio mis palabras. Vea, entonces, que el nombre que se da a un trabajo para el Bien no interesa y, si, lo que el encierra.

- Ustedes son muy buenos...
- Clotilde, ¿a usted le gustaría participar, hoy en la noche, de un trabajo de asistencia espiritual que realizamos semanalmente? Tengo certeza de que, participando de esos trabajos, usted tendrá chance de encontrarse nuevamente.
- ¿Usted cree que mi caso sea de orden espiritual?
- Lo creo, Clotilde. Tengo casi la certeza.
- Me gustaría muchísimo participar, señor Alfonso.
- Entonces, estamos de acuerdo. La aguardo hoy en la noche, allá por las siete horas, en el galpón.

* * *

Clotilde se espanta con el gran número de automóviles estacionados al lado del galpón. Entra en su interior y percibe que está literalmente tomado, no solo por los habitantes del

barrio, sino también por otras personas que presume sean de la ciudad. Alfonso la invita a sentarse en uno de los bancos y se dirige lentamente hasta el frente del auditorio, colocándose de frente a la gran mesa. Queda algunos instantes en silencio, con la cabeza baja y los ojos cerrados. Alguien toca el hombro de Clotilde y se sienta a su lado. Es Teresa, hija de Alfonso.

- Buenas noches, Clotilde.
- Buenas noches, teresa. ¿Todo bien?

Teresa se limita a sonreír y le dirige una guiñada con el ojo derecho, como para indicarle que todo está en orden y que la hora es de silencio.

En ese momento, Alfonso levanta la mirada hasta los presentes y comienza a hablar:

- Buenas noches, mis hermanos. Que Dios nos bendiga a todos, en un día más de nuestro trabajo de asistencia. Voy a ser bastante rápido en mi disertación, puesto que, por el numero de personas aquí presentes, anteveo bastante trabajo. Percibo, también, muchas que aquí veo por primera vez.

Alfonso queda en silencio durante algunos segundos y recomienza:

- Mis hermanos, lo que aquí hacemos, en estas noches, como la mayoría ya sabe, nada más es una transmisión de energía que denominamos “pase”. Esas energías, esas vibraciones, que

algunos médiums dotados de videncia visualizan como verdadera lluvia de luces, son emanaciones que Espíritus Superiores, bondadosos y pacientes, nos transmiten, por intermedio de aquellos que administran el “pase”. Es preciso decir también, que esos médiums nada tienen de especial: apenas sirven de instrumentos en las manos caritativas de esas entidades elevadas. Es evidente que poseen gran voluntad de servir y mucha fe.

Hace una pequeña pausa, observando el ambiente y continúa:

- Y esas energías intentan reequilibrar las corrientes vitales de nuestro organismo ya que, gran parte de nuestras aflicciones y sufrimientos son originadas por el desequilibrio de esas corrientes. Ahora, es muy importante que tengamos fe. Mucha fe. No solo la férrea voluntad de conseguir algo. La fe verdadera es la certeza de que es pidiendo que se recibe y de que, si aquello que recibimos no nos parece, a primera vista, aquello que pedimos, es porque lo que nos es dado es lo mejor para nuestra elevación, pues Dios solamente quiere lo mejor para nosotros. Lo Alto nada hace para perjudicarnos, pues como sabemos, el Señor mucho nos ama y Su amor es infinito. No debemos, nunca, rebelarnos con las vicisitudes de la vida. Debemos, es claro, luchar para vencerlas y mejorar nuestra vida. No queremos, aquí, pregonar la pasividad en los momentos ruines de nuestra existencia; tenemos, si, que luchar contra ellas e intentar mejorar nuestras condiciones. Mas, es muy importante tener fe y confiar en Dios. Por eso, mis

hermanos, no piensen que saldremos de aquí completamente curados de nuestros males. Saldremos, si, después de esa verdadera lluvia de bendiciones, más dispuestos y con más coraje par enfrentar y vencer nuestros problemas que son y fueron, en su gran mayoría, causados por nosotros mismos, en el presente o en el pretérito. Y, para eso, precisamos seguir las enseñanzas de Cristo y vivir una vida con rectitud moral, amar al prójimo y con total confianza en el Señor. Y, para ejemplificar, vamos a imaginar una pequeña historia, ficticia, es claro.

Se queda algunos segundos en silencio, como para pensar sobre lo que va a decir y recomienza:

- Cierta fecha, un enfermo procuró su medico por causa de fuertes dolores abdominales. El facultativo, después de efectuar variados exámenes y conversar largamente con el paciente, diagnosticó el mal que lo afligía, revelándole que sus dolores eran provocados por una alimentación dañina, constituida de alimentos demasiados grasosos y fuertes. Le reveló que el único remedio eficaz sería un régimen alimenticio y que, con el pasar del tiempo, iría a sentirse mejor. Le recetó también algunas inyecciones analgésicas para aliviarle, de inmediato, los dolores y darle animo para el régimen. Le explicó, aun, el médico que, si él no tomase las inyecciones, aguantase los dolores e hiciese el régimen, conseguiría curarse, pues soportaría las consecuencias y eliminaría las causas. Sin embargo, si el paciente solamente tomase las inyecciones y no hiciese el régimen, con el pasar del tiempo, esos analgésicos no le harían

más efectos y, entonces, no habiendo eliminado las causas y no habiendo más control sobre las consecuencias, volvería a sufrir, aun más, con la enfermedad.

Alfonso hace una pausa más y retoma la palabra:

- Con esa pequeña historia, como ya dije ficticia, podemos comparar, lógicamente, de una manera grosera, las inyecciones con los “pases” que aquí son administrados. Estos nos reequilibran las corrientes vitales y nuestro pensamiento, dándonos como inyección de ánimo y coraje para seguir el régimen de la vida. ¿Y qué régimen sería ese? Ese régimen se llama Evangelio, Siguiendo siempre ese régimen que son las enseñanzas de Cristo, estaremos libres de todos nuestros aparentes problemas y nos vacunaremos de todas las tribulaciones de la vida. El “pase”, entonces, es importante y eficaz, en la medida en que nos propusiéramos a modificarnos interiormente, en los caminos de Jesús, nuestro Maestro.

Hace una pausa más para que todos los presentes mediten sobre lo que dijo y recomienda:

- Y, entonces, mis hermanos, procuremos elevar nuestros pensamientos a lo Alto y pedir a Jesús que nos bendiga en una noche más de trabajo. Vamos agradecer a todos esos nuestros amigos espirituales que ya se hacen presentes, pacientes, tolerantes y bondadosos, siempre listos a auxiliarnos cuando recurrimos a ellos.

Y después de recitar, con bastante ardor, la oración enseñada por Cristo, Alfonso da por iniciados los trabajos de la noche.

Una fila se forma de frente a la puerta de una habitación contigua a aquel y las personas, siempre en número de ocho, entran en la pequeña sala, donde, después de permanecer allá dentro por algunos minutos, salen para dar lugar a ocho más. Clotilde percibe que la pequeña sala se encuentra en penumbra y la puerta es cerrada cada vez que hay el reemplazo. Todos salen de allá dentro portando vasitos con agua, que beben, al salir.

Clotilde entre en la fila y, llegada su vez, es convidada, ya dentro de la pequeña habitación, por un señor de edad, a ocupar una de las sillas. Educado y fraternalmente, el hombre se dirige a ella, hablándole en secreto:

- Mi hija, concentre su pensamiento en Jesús, pidiéndole bendiciones y protección.

Clotilde intenta, entonces, formar un cuadro mental de la figura de Cristo, recordándose de vieja pintura encuadrada que había en su casa, cuando niña. Con los ojos abiertos, percibe que el hombre levanta los brazos y la cabeza en dirección a lo alto, como si esperase recibir algo de encima. En seguida, parece lanzar sobre ella, lo que, invisiblemente, habría agarrado del espacio, pasando, entonces a recorrerle el cuerpo, con las manos a pocos centímetros de distancia, de la misma manera

como el señor Alfonso había hecho con el niño, en su casa. Ya, con la primera imposición de las manos, siente una onda de calor recorrerle el cuerpo, de manera agradable y suave. Sintiendo una gran paz, no consigue mantener los ojos abiertos y los cierra, consiguiendo mentalizar a Jesús con más intensidad. Percibe que el hombre continúa con los movimientos, pues oye un sonido casi imperceptible con lo cual consigue imaginar que lugar de su cuerpo está siendo recorrido, a la distancia. Algunos segundos después, notando que el movimiento parara, abre sus ojos y ve que el médium sostiene un pequeño vaso con agua en la mano izquierda, mientras que la derecha, abierta, parece estar transmitiendo alguna fuerza o sustancia invisible para el agua. Ofreciéndole el vaso, Clotilde bebe su contenido y se retira del recinto, con una gran e inexplicable paz en el corazón. Las puntas de sus dedos hormiguean cuando deja el galpón y encuentra a Alfonso, que la espera.

- ¿Cómo está, Clotilde? ¿Qué piensa de la experiencia?
- Sinceramente, nunca me sentí tan bien en toda mi vida.
 - Quedo feliz por eso.

En ese momento, llega Armando.

- ¿Y María, Armando? ¿Cómo está? – pregunta, prontamente Alfonso tan pronto ve al hijo.
- Infelizmente tendrá que ser operada. No es nada grave, más la operación es indispensable.
- Y, cuando será eso?

- Mañana mismo, padre. Ya la interné en el hospital de la ciudad. Precisamos, ahora, encontrar a alguien para que se quede allá, con ella.
- ¿Por cuantos días?
- El médico recomendó que ella esté internada por tres días.

Alfonso queda pensativo por algunos instantes, hasta que se voltea hacia Clotilde.

- Clotilde...
- Si...
- ¿Usted podría hacer esa caridad de quedarse con María, en el hospital, hasta que a ella le den de alta?
- Seguro que si, señor Alfonso.
- Será apenas por tres días y usted dormirá con ella en el propio cuarto del hospital y se alimentará allá mismo.
- Podría hasta llevar algunas costuras para hacer allá. – complementa Clotilde. – Ustedes pueden estar tranquilos que mirare por María.
- Está todo arreglado, entonces. Vaya a prepararse. Armando la llevará ahora está misma noche. Y, no se preocupe. Todos los días iremos a visitarlas.

Clotilde va para casa a prepararse, bastante feliz en poder hacer alguna cosa por aquellos que la están tratando tan bien y acogiendo.

La llegada

Finalmente, el autobús estaciona en el centro de la pequeña ciudad y todos descienden. Atilio pregunta la hora al amigo y este le informa que son las tres de la tarde.

- ¿Usted podría explicarme como llegar al Barrio de los Extraños?
- Es una larga caminata y acredito que usted llevará cerca de unas dos horas para llegar hasta allá.
- No tiene importancia. Estoy acostumbrado a caminar.
- Pues bien, vaya por esta calle hasta el fin y cruce a la derecha. En la primera esquina, descienda a la izquierda y encontrará un camino de tierra. Es solamente seguirlo. Atravesará una línea férrea y pasara de frente de un cementerio. Más al frente, encontrará la entra del barrio. No tiene donde errar. Es solo seguir el camino.
- Muy agradecido, mi señor, y Dios le pague por el bolo.
 - No hay porque agradecer, mi amigo. Es, buena suerte.
 - Gracias.

Diciendo eso, Atilio se pone a camino, agarrado de las manos con la niña.

Ya están caminando hace cerca de una hora, cuando atraviesan la línea de tren y Atilio comienza a cargar a la hija, que ya está cansada de tanto andar. Media hora más y pasan enfrente del pequeño cementerio. Algunas personas están saliendo de allá y entrando en sus carros. Por las expresiones fisonómicas, todo indica que fueron a depositar, allí, restos mortales de algún

pariente. Para no tener duda en cuanto al camino, Atilio pregunta a una señora como hacer para encontrar el barrio de los Extraños.

- Usted va a caminar por unos veinte minutos más y, entonces, verá un caminito, a la derecha, que atraviesa una pequeño matorral. Después de unos doscientos metros, estará en el barrio.
- Muchas gracias.
- ¿Usted tiene coraje de ir allá? – pregunta otra señora.
- ¿Por qué?
- ¡Dios me libre! – responde, entrando en el carro.

Atilio espera que los carros partan y continua la caminata, un poco aprehensivo, ahora. A pesar de su compañero de viaje haberle dicho que los habitantes del barrio son personas vueltas para el bien, comienza a sentir un cierto recelo, pues siempre temió, un poco, esa historia de Espiritismo. Mas sabe también, que ya se envolvió bastante con eso, principalmente en el episodio en que Lucinha se perdiera. ¿Habría sido la misma Eneida, quien auxiliara a aquel joven a encontrarla? ¿Y en cuanto a Sebastián? Presumía que él no sería un simple mortal. Otras dudas también lo asaltan. ¿Cuántas personas ya se encontraron en situación como la de él, sin que fuesen socorridas, tal vez, por fuerzas sobrenaturales? ¿Por qué él, Atilio, habría sido tan auxiliado? ¿Qué religión extraña sería esa que se comunicaba con Espíritus? ¿Qué brujería harían tales personas, habitantes del barrio?

Caminando, sus pensamientos se confunden y continua la jornada, apenas porque no ve otra solución para él y la niña y, también, porque, a pesar de todo, confía mucho en Sebastián.

Finalmente, encuentra el desvío del camino que corta un pequeño matorral y sigue en frente, pasando por una variante que desciende, de manera empinada, a su derecha. Unos cien metros más, y llega al barrio, impresionándose con el numero de casas dispuestas en semicírculo y con aquel galpón en el centro. Lucinha, a su vez, queda encantada con el jardín lleno de flores. De donde está, mira para atrás, por donde había llegado y, por una pequeña brecha entre los árboles, divisa una gran huerta, percibiendo bultos de mucha personas trabajando. Para irse hasta allá, deduce que tendría que agarrar aquel camino que había en el medio del matorral que atravesaron.

- ¿Es aquí que vamos a vivir, papi?
- Creo que si, hijita ¿Le gusta el lugar?
- Tiene un jardín muy bonito.

No se ve a nadie por las calles, se oyen, apenas, algunas voces femeninas e infantiles, venidas de los fondos de las casas, lo que hace suponer que los hombres estén trabajando, en ese momento. Vuelve nuevamente la mirada para el galpón, intentando imaginar lo que habrá allá dentro, pues la puerta está cerrada.

- ¿Usted desea algo o busca a alguien?

Atilio se voltea asustado y da de frente con un hombre, aproximadamente, de treinta y tantos años, expresión serena y una sonrisa en los labios.

- Estoy buscando a un hombre llamado Alfonso.
- Si...
- Soy de la capital, sabe, y un viejo, de barbas, llamado Sebastián, me pidió que procurase al señor Alfonso para que él me auxiliase.
- ¿Sebastián? No conozco a nadie con ese nombre.
- ¿Usted tiene certeza? Mi hijita y yo estábamos pasando por serias dificultades, inclusive hambre, y ese señor, llamado Sebastián, nos auxilió mucho y me aconsejó venir para acá, afirmando que podría conseguir servicio en este barrio. Compró nuestros pasajes y dijo que podríamos quedar viviendo en casa de él.
- ¿En casa de él...? Espere un poco... ¡Oh, mi Dios!
- ¿Qué pasa?
- Venga conmigo. Vamos a hablar con mi padre.
- ¿Su padre?
- Si. Alfonso es mi padre.

Siguen, entonces, en dirección a una casa igual a las demás, pues todas son bastantes parecidas. Allá dentro, todo es muy simple y muy pobre, sin embargo, Atilio puede percibir la limpieza y el aseo de los pocos muebles que allí se encuentran. Convidado, se sienta en una silla que el joven le ofrece.

- ¿Cómo es su nombre?

- Atilio del Carmo.
- Mucho gusto. Mi nombre es Armando. Quede a su gusto, que voy a llamar a papá.

Diciendo eso, sale de la pequeña sala, atraviesa una cortina colorida, confeccionada con tira de plástico, que separa parcialmente la habitación contigua, lo cual Atilio imagina sea la cocina, por causa de una vieja despensa que ve, por el ruido de cacerolas y por el crepitar del fuego de un fogón a leña.

A continuación, después de que dos niños vinieron a dar una espiada a la extraña visita, Armando vuelve a la sala, acompañado de un viejo bastante simpático, de cabellos, barba y bigote grisáceos. Era, en verdad, bastante parecido con Sebastián, sin embargo, un poco más bajo.

- Buenas tardes, señor.

Atilio se levanta para saludarlo y el viejo lo hace sentarse.

- Mi nombre es Alfonso.
- El mío es Atilio... Atilio del Carmo. ¿Usted es el jefe del barrio? – le pregunta, tímidamente.
- Es más o menos eso. – le responde el viejo, con una sonrisa. – Administrador, sería el nombre correcto. Tal vez usted no sepa, mas en este barrio, vivimos en un tipo de sociedad más o menos trivial, si me permite la comparación y tenemos, por norma, seguir o por lo menos apreciar, con todo el respeto, los consejos de la persona más vieja, entre nosotros.

Actualmente, yo soy aquel que, junto con otros, también ancianos, administra el lugar. Armando me contó que fue Sebastián quien los envió a nosotros.

- Si...

- Quiero que sepa que haremos todo lo posible para auxiliarlo y a su hijita, mas espero que entienda que tendrá que contarnos como fue que conoció a Sebastián.

- Si, le cuento. – responde Atilio, ya más aliviado con la posibilidad de, allí, resolver sus problemas.

Y, detalladamente, cuenta, prácticamente, toda su vida, desde que se casara, los estudios que hiciera, sin poder aprovecharlos, la muerte de la esposa y de la cuñada, la perdida del empleo y los episodios en que Eneida apareciera al joven y de Sebastián incluyendo lo que pasara en la iglesia y en el banco de la plaza.

- Muy bien, señor Atilio. Nosotros vamos a ayudarlo. Usted y su hija serán acomodados en la casa de Sebastián y trabajará con nosotros, en la huerta. Sin embargo, debo prevenirlo de que cabrá a usted su permanencia aquí. En este barrio, todos se respetan, de manera cristiana y fraterna, ayudándose mutuamente.

- Yo comprendo y haré todo lo posible para no decepcionarlos. Tengo certeza de que aprenderé pronto el servicio.

- Acredito en usted. Por hoy, permanecerá con nosotros hasta que algunas mujeres arreglen, de la mejor manera posible, la casa de Sebastián, que hace mucho tiempo no es habitada.

Mañana, de mañana, conocerá el servicio y en la noche podrá mudarse para su nueva casa. Mientras trabaja, su hijita podrá quedar en mi casa y mi esposa y mi nuera cuidarán de ella. En cuanto a las refecciones, pueden tomarlas aquí, también. Ahora, deben tomar un buen baño. Conseguiré algunas ropas para ustedes.

- Dios le pague, mi señor. – dice Atilio, entre lágrimas de emoción. - ¡Que felicidad estoy sintiendo!

Y, abrazando la hija, exclama:

- Hijita querida, ya tenemos un lugar donde vivir...
- Atilio, - dice Alfonso, dulcemente. – esta es la primera lección que aprende con nuestro pueblo: el auxiliar siempre a los necesitados.

Atilio mira hacia el viejo y al joven, meneando la cabeza, en señal de reconocimiento. Pasados algunos segundos, en los cuales consigue controlar la emoción, se pronuncia:

- Señor Alfonso, si me permite... gustaría hacerle una pregunta...
- Pues hágala, Atilio.
- ¿Usted cree que haya sido mi cuñada quien apareció al joven, para ayudarnos?
- Tal vez... creo que si...
- ¿Y Sebastián? ¿Quién es Sebastián? Armando me dijo no conocer a nadie con ese nombre... Por otro lado, él dijo a usted que fue Sebastián quien me envió para acá...

- Él lo conoce, si. Apenas no se recordó.
- ¿Y quién es él?
- Atilio, existen ciertas cosas en este barrio, mas conocido por las personas de la ciudad como Barrio de los Extraños, que, infelizmente, no podemos comentar abiertamente, porque no irían a entender ni aceptar. Ni siquiera usted.
- ¿Cómo así?
- ¿Usted pertenece o sigue alguna creencia religiosa?
- En verdad, no. Cumpló algunas obligaciones aprendidas en religiones diversas que intenté seguir, mas debo confesar que aun estoy procurando una verdad sobre la vida y la muerte. Apenas nunca supe por donde comenzar.
- Infelizmente, no puedo explicarle casi nada al respecto de Sebastián, con apenas media docena de palabras, mas si usted estuviere realmente interesado en conocerlo y descubrir también nuestra manera de ver la vida y encarar la muerte, podremos ayudarlo.
- Me gustaría muchísimo. Mas, por favor, ¿no podrían decirme, al menos, si Sebastián es real o no pasó de una visión para mi?

Alfonso sonríe delante de la insistencia de Atilio.

- Con el pasar del tiempo, sabrá la verdad al respecto de ese hombre. Por ahora, procure cultivar una de las virtudes esenciales al desarrollo del ser humano que es la paciencia. No se precipite. Aprenderá muchas cosas, aun.

Diciendo eso, Alfonso los lleva para conocer la esposa, la

nuera y los niñas, hijas de Armando. A continuación, convida a Atilio a tomar un baño y a bañas la niña, dándoles ropas limpias. En aquella noche, después de cenar, son acomodados en la pequeña sala de la casa y Atilio y Lucinha adormecen temprano y profundamente, por causa del enorme cansancio que sienten. El barrio no posee energía eléctrica y, del lado de afuera de cada casa, un farol es encendido para iluminarlas por fuera.

En la mañana siguiente, Atilio es llevado a conocer la siembra, donde le es explicado el servicio que tendrá que hacer a partir del día siguiente, pues pretenden que, en aquella misma tarde, ya procure adaptarse a su nueva casa. Lucinha está de una alegría que emociona el corazón de Atilio, jugando con las niñas de casa de Alfonso. En la tardecita, se reúnen a otras, en el jardín del barrio.

La casa que Atilio y la hija habitarían ya está limpia y amoblada apenas con muebles esenciales: dos camas en un único cuarto, mesa y sillas en la sala y en la cocina, donde hay también un fogón a leña, hecho de albañilería. El baño se sitúa del lado de afuera, en un cobertizo adyacente.

Todo aquello – piensa Atilio – le sirve como una gran lección, pues cuanto no deseara un hogar mejor de aquel que habitara, cuando Rosalina estaba viva. Y, ahora, después de pasar por tantas privaciones, aquella pobre casa, es, para él, un verdadero palacio que le da paz y tranquilidad.

En la noche, después de cenar con Alfonso, este lo acompaña de vuelta a su casa. Después de acomodar a Lucinha para dormir, los dos salen para poder conversar un poco. Luces tenues porfían en escapar, vibrantes, por las ventanas de las casas. Se recuerda, entonces, Atilio, de su infancia pasada en la hacienda, donde sus padres eran pobres labradores y una sensación de mucha calma y paz le invade el ser.

- Señor Alfonso, - rompe el silencio – me gustaría aprender alguna cosa al respecto de lo que ustedes profesan.

El señor Alfonso, después de pesar las palabras que irá a proferir, le responde con una pregunta:

- Atilio, dígame una cosa: ¿usted cree realmente en Dios?
- Creo, si, a pesar de no conseguir imaginarlo.
- Pues bien, hasta hoy, ninguna religión, ningún filósofo o pensador y ni nuestra religión consiguieron encontrar una definición para Dios – explica Alfonso. – Creemos en Él porque acreditamos en una fuerza superior y, observando las cosas que nos rodean, la naturaleza, el propio hombre y los hechos y acontecimientos, llegamos, como todo el mundo, a la conclusión de que esa fuerza superior que llamamos Dios, existe y es toda bondad y amor.
- También concuerdo con eso.
- Entonces, si creemos en un Dios amoroso, bondadoso y vemos en nuestro día a día las diferencias sociales, materiales y de salud que existen por allí, podemos, sin sombra de dudas,

acreditar que la vida no puede terminar con la muerte del cuerpo material. Dios sería injusto si, aleatoriamente, hiciese que unos naciesen en cunas de oro, con todas las regalías y otros naciesen favelados, con problemas de toda suerte, materiales, de salud, etc. ¿Cómo explicar los lisiados de nacimiento? ¿Cómo explicar países con mejores condiciones de vida y otros, donde la miseria, el hambre y la enfermedad imperan? ¿Por qué nací aquí y él, allá?

- ¿Y cómo entender eso?

- Me gustaría que usted mismo raciocinase al respecto y sacase sus propias conclusiones. Además, esa es la base de la enseñanza, aquí. Nada es impuesto. El interesado tiene toda la libertad de preguntar y raciocinar por si mismo. Si, un día, él llegara a abrazar nuestro camino y trabajo, será por total convicción de su parte. Sin embargo, debe estar siempre conciente de que es un eterno aprendiz en esta escuela de Dios, que se llama Universo. Voy a darle algunas directrices para que pueda comenzar a entender las desigualdades de condiciones entre los hombres.

- ¿Y qué directrices son esas?

- Usted encontrará una gran fuente de estudio y reflexión, imaginando una escuela y un padre de familia, con muchos hijos, siendo que ese padre es justo, bueno y enérgico, en el buen sentido de educar.

- Una escuela y un padre de familia, justo, bueno y enérgico...

- Si. Ahora, en cuanto al padre, yo me refiero a “enérgico con amor”; “enérgico”, buscando el aprendizaje, la educación y el bienestar de sus hijos.

- Yo voy a raciocinar sobre eso.
- No tenga prisa en sacar conclusiones. Piense bastante en el asunto y, puede tener certeza de que, con la buena intención de su raciocinio, la verdad desabrochará límpida y fácilmente. Ahora voy a descansar y aconsejo a usted hacer lo mismo, pues mañana comenzará su trabajo en el cultivo. De mañana, José vendrá a despertarlo. Vaya con su hija hasta mi casa, donde se alimentarán. Mientras estuviera en el servicio, la niña quedará con nosotros.
- Una vez más, Dios le pague y a todos en este barrio, por acogernos.
- Tengo la certeza de que seremos todos recompensados, un día. Buenas Noches, Atilio.
- Buenas Noches.

Atilio entre en casa y va directamente para el cuarto donde, por la tenue luminosidad que entra por la ventana, oriunda del farol externo, admira la querida Lucinha que duerme tranquilamente. Se arrodilla al lado de la cama de la hija y hace sentida oración de agradecimiento por todas las dadas recibidas, no olvidándose de incluir en su mensaje a Jesús, un pensamiento de amor y gratitud a Rosalina, Eneida y Sebastián. A continuación, se acuesta y duerme rápida y profundamente.

* * *

En la mañana siguiente es despertado por José, que lo llama a través de la abertura de la ventana. Se levanta rápidamente y,

despertando la niña, se dirigen a la casa de Alfonso. En el camino, se encuentra a José que, sentado en el alpendre de la casa, dice que va a esperar que desayune para después seguir para el trabajo.

En la casa de Alfonso, la mesa está puesta y toman café con leche y pan tostado.

- Atilio, debo explicarle alguna cosa antes que comience a trabajar.
- Dígame.
- Aquí en el barrio, además de hortalizas, plantamos también, arroz, caraotas, batata y otros productos que nos alimentan. Además de eso, poseemos algunas cabezas de ganado que nos dan leche. En verdad, poco tenemos que comprar. Usted trabajará, junto con José, en la manutención y limpieza de los corrales y en otros servicios que fueran surgiendo oportunamente, pues la ociosidad no existe entre nosotros. Como usted es viudo, tomará todas las refecciones en mi casa y Lucinha quedará todo el día bajo los cuidados de mi esposa y de mi nuera.
- No sé como agradecer...
- No se preocupe con eso. Debo decirle también, que recibirá un pequeño salario para que pueda comprar ropas y cualquier otra cosa que desee. Con el pasar del tiempo, podrá venir a ganar más, desde que se esfuerce para eso. En nuestro sistema, sabemos gratificar a los más esforzados. Debo prevenirlo, no obstante, de que aquí, la envidia, los celos y el melindre no deben encontrar guarida en el corazón de los habitantes del barrio.

- Comprendo...
- Sea humilde y simple. Solamente así, encontrará la verdadera felicidad.
- Una vez más, Dios le pague.
- Ahora, vaya para el trabajo y que Jesús lo acompañe.

Atilio sigue a José. Atraviesan la mitad del matorral y caminan por una variante en declive. De donde está, puede divisar a los hombres que ya comenzaron a limpiar extensa área donde están plantadas verduras de varias especies. Más al frente, ya en el terreno plano, divisa gran plantación de tomates. Caminan un buen pedazo de suelo y giran a la izquierda, donde, después de algunos árboles bastante copados, existe un pasto y un corral hecho de enormes troncos de madera. Las vacas, en aquel momento, ya están pastando bajo el sol y José le dirige, entonces, la palabra, explicando el trabajo a hacer.

- En este horario, el grupo de los ordeñadores ya terminó sus tareas y nos resta limpiar el corral y transportar los restos fecales de los animales para aquel otro lugar. Ese estiércol es aprovechado, en determinada época del año, para enriquecer la tierra.

Diciendo eso, entrega a Atilio las herramientas y le explica como manejarlas.

Nunca, en toda su vida, Atilio trabajó con tanto empeño y entusiasmo, visto que aprendió a valorizar, aun más, el trabajo,

pues vivió en la propia carne lo que es ser un desempleado. Casi no percibe el tiempo pasar y está totalmente mojado de sudor cuando José lo llama para el almuerzo. Llegando en la casa de Alfonso, gran alegría y emoción lo acometen al ver a Lucinha con la felicidad estampada en el rostro, jugando con vieja muñeca y con las niñas, hijas de Armando. La niña, cuando lo ve, le sonrío y pregunta:

- ¿Vamos a quedar viviendo siempre aquí, papi?
- Si usted quiere... – experimenta Atilio.
- Nunca más quiero irme, a no ser cuando fuera para encontrarnos con mami.
- Un día, iremos a encontrarnos con ella...

Lucinha apenas sonrío.

Durante el almuerzo, Atilio pregunta a Alfonso sobre armando y este le explica que el hijo y otros dos hombres más son los encargados del transporte de las verduras hasta determinado lugar, en la ciudad, donde transporte de municipios de la región vienen a buscar los productos. Atilio tiene muchas indagaciones a hacer con referencia a la vida del barrio, mas resuelve esperar que las oportunidades de elucidación aparezcan naturalmente, pues teme ser inoportuno con preguntas y más preguntas.

Terminado el almuerzo, vuelve al trabajo, que se prolonga hasta las diecisiete horas y treinta minutos. Está con el cuerpo exhausto, pero con el corazón leve, pues todas sus

preocupaciones ya no existen más.

Llegando al barrio, va directo para su casa, donde toma un baño y cambia de ropas. A continuación, se dirige a casa de Alfonso, para rever a Lucinha.

- ¡Papi! – grita la niña cuando lo ve y corre a su encuentro. Atilio la abraza.
- ¡Como usted está olorosa, hija!
- Tía Teresa me dio un baño. Ella es muy buenecita, papi.
- ¿Usted jugó bastante?
- Jugué. Elsa tiene una muñeca y un fogoncito y Rita tiene una pelota.
- Las niñas se están llevando muy bien, Atilio – dijo Alfonso que, saliendo de la casa, viene a su encuentro. - ¿Y en cuanto a su trabajo? ¿Le está gustando?
- Estoy muy feliz y agradecido.

* * *

Después de cenar, Atilio, Alfonso y Armando se sientan del lado de afuera de la casa y quedan conversando, mientras las niñas juegan un poco más en el jardín del barrio. En ese momento, llega José que viene a dar información a Alfonso sobre providencias que tendrá que tomar en cuanto al servicio a ser realizado en el día siguiente. Están conversando, cuando llegan dos niños, hijos de José, uno de siete años y otro de seis.

- Papi, - dice el mayor – traje el boletín de notas de la

escuela.

- Déjeme ver.

José examina atentamente las notas del hijo y mansamente lo amonesta:

- Paulino, sus notas, este mes, no están muy buenas.

El niño baja los ojos, avergonzado.

- Precisa esforzarse y estudiar más.
- Si, papi.

El otro pequeño se acerca al padre y exclama:

- Yo voy a estudiar bastante cuando vaya a la escuela.
- Eso mismo, Tico. – aprueba José y, mirando para el otro hijo, continua. – Paulino también estudia bastante. Solo tiene que esforzarse un poquito más.
- ¿Voy a aprender a leer y a escribir? – pregunta Tico.
- Va...
- ¿La profesora es buenecita?
- Si, ¿no es así, Paulino?
- Si, lo es.
- ¿Qué es nota, padre?
- La nota es un numero que significa cuanto el alumno aprendió.
- No entiendo...

Los hombres sonríen en cuanto a la ingenuidad del pequeño, mas José continúa, pacientemente:

- En la escuela, usted va a aprender a leer y a escribir, mas tiene que mostrar a la profesora que realmente aprendió todo, correctamente. Entonces, usted ganará, todo el mes, un numero que significa cuanto aprendió. En el fin de año, si hubiere aprendido bien, será aprobado o comenzará a prender cosas nuevas en el año siguiente, entonces, tendrá que retornar a estudiar todo de nuevo.
- ¿Todo de nuevo?
- Todo de nuevo.
- ¡Qué chato!

Todos ríen.

- Voy a estudiar bastante, ¿vio, papi? – promete Paulino.
- Tengo la certeza de eso. Ahora, vaya a jugar.

Alfonso dirige significativa mirada para Atilio, como a recordarle del teme propuesto en la noche anterior.

- José – pregunta Atilio-, ¿qué relación ve usted entre la escuela y la vida?

José mira a Alfonso y este lo anima a responder:

- De su opinión, José.
- Bien, Atilio, me gustaría que el raciocinio fuese suyo. ¿Por

qué usted me hace esa pregunta?

- Es algo que ando meditando. Las personas oyen hablar mucho de que la vida es una escuela... que estamos siempre aprendiendo en esta “escuela de la vida”...además, es una expresión muy usada.

- De hecho, hay mucha verdad en eso. – responde José que, después de meditar un poco, recomienza. – Ahora, vamos a raciocinar un poco. Si la vida es un curso, ¿qué duración usted cree que tiene?

- Bien... tal vez, toda la vida.

- ¿Mas y si no consiguiéramos aprender?

- Ahí depende...

- ¿Depende de qué?

- De lo que tendríamos que aprender, creo...

- Digamos que la vida fuese una escuela del punto de vista religioso, donde tendríamos que aprender a ser buenos y caritativos para con el prójimo y que fuésemos reprobados en el fin del periodo lectivo que, nada más sería que la propia muerte.

- De acuerdo con las religiones que procuré conocer, si sacamos una nota baja y fuéramos reprobados, seremos castigados o... tal vez... enviados para algún lugar para aprender lo que aquí no conseguimos.

- Muy bien, - continua José, entusiasmado con el rumbo de la conversación. – mas si Dios nos envía para este mundo para aprender en esta escuela de la vida.

- ¿Dios nos envía para acá?

- Partiendo del principio de que Dios existe, aquí nacemos por su voluntad.

- Cierto, cierto. Continúe.
- Como estaba diciendo y, de acuerdo con su raciocinio, si no hubiéramos sacado nota suficiente, lo que induce a pensar que, después de muertos, en estado de alma, Espíritus o cualquier otra forma que usted imagine, ¿podríamos aprender, en el otro lado de la vida, lo que aquí no conseguimos? Si así fuese, y sería notorio que del lado de allá, la escuela es mejor. Ahora, si esa escuela es mejor, ¿por qué Dios nos manda para esta?
- No sé donde usted quiere llegar.
- ¿Usted ya escuchó hablar de la reencarnación?
- Ya, mas no consigo entender como un alma o espíritu pueda reencarnar en otra persona. ¿Y el alma de esa otra?

José sonrío, complaciente, y explica.

- Nadie reencarna en nadie, Atilio. El Espíritu reencarna y renace, entre la concepción y el nacimiento de un niño.
- Mas ella no se recuerda de nada.
- Esa es una ddiva de Dios. Generalmente, nuestros errores se relacionan con el prójimo y, principalmente con aquellos que nos son más afines y es junto de ellos, nuevamente, que tendremos que reparar nuestros males. Ahora, imagine usted, si nos recordásemos de nuestro pasado. Sería muy difícil reajustarnos con nuestros enemigos del pretérito. En verdad, la vida es una escuela donde recorreremos varias reencarnaciones, siempre en busca del perfeccionamiento espiritual.

En ese momento, los faroles externos de las casas ya están comenzando a ser encendidos, pues el Sol ya está casi

totalmente descendido en el horizonte.

- Papi, tengo sueño. – reclama Lucinha, viniendo al encuentro de Atilio y acogiéndose en su pecho.
- Ustedes me dan permiso, mi hija debe estar muy cansada. Jugó todo el día.
- Vaya a descansar también, Atilio, - recomienda Alfonso – y, no tenga prisa en descubrir las verdades en que creemos. Raciocine sobre lo que José le dijo y no recele en preguntar nada. En verdad, usted no precisa, necesariamente, creer en lo que seguimos como verdad religiosa.

Atilio se dirige, entonces, a su casa, pone a la hija para dormir y se acuesta también. No duerme de pronto, rememorando el día de trabajo y la conversación que tuviera en aquella tarde. Muchas preguntas le acometen el pensamiento. ¿Y con relación al padre bondadoso, justo y enérgico que el señor Alfonso le pidiera para meditar? El padre enérgico hace que los hijos hagan las cosas ciertas, aplicándoles un correctivo, cuando erran, para que se recoloquen en el camino cierto. Queda con esos pensamientos a rondarle en el cerebro y acaba por adormecer, teniendo un sueño como hace mucho tiempo no había tenido. Un sueño con bastante nitidez, en el cual sabe estar durmiendo y soñando. La riqueza de detalles, los sentimientos que lo envuelven, parecen estar, de hecho, presentes a las escenas que asiste, llegando hasta a causarle un gran temor, pues ya no sabe más si está soñando o viviendo todo aquello.

El sueño

En ese sueño, Atilio, se ve en una calle de una ciudad del interior y percibe, claramente, que los escenarios no son de la época actual, mas si de años atrás. Verifica eso fácilmente por las fachadas de las casa, por el estilo de los pocos automóviles allí estacionados y por la manera de vestir de las personas que transitan por la calle. Es de noche y hace mucho frío. Está parado en medio de la calle, mirando las fachadas de las construcciones. A su izquierda, en medio de la cuadra, hay un bar, de donde puede oír el vocerío interno de los hombres y mujeres que, embriagados, deben estar intentando divertirse con danzas y canciones. Al lado del bar, hay un pequeño portón y una escalinata que termina en una puerta con una pequeña ventana, en el centro, por la cual percibe, a través del vidrio empañado, luces en el interior. Esa puerta le llama intensamente la atención, pareciendo reavivar, en su memoria, algo que no consigue comprender.

De repente, inesperadamente, se ve en el interior de aquella construcción, divisando la escena que se descortina allá dentro. Un hombre y una mujer, jóvenes aun, están sentados en suaves y sedosas poltronas de una sala de estar, ricamente decorada. Atilio se siente enteramente dentro de la casa y de la escena, mas sabe que aquellos personajes no pueden verlo.

En ese momento, un hombre sale por una de las puertas de un corredor, en el cual Atilio percibe tener muchas otras puertas

cerradas, como si fuese un hotel.

- ¿Como está, señor Ricardo?, - pregunta la mujer al hombre que entrara en la sala - ¿se divirtió bastante?
- ¡Oh, si! Leilinha es muy eficiente. Apenas me pareció que se está poniendo un poco gorda. Ustedes la están alimentando de más.

Diciendo eso, da sonora carcajada, en la cual es acompañado por la pareja y, sacando enorme cartera del bolso, entrega algunos billetes a la mujer.

- Vuelva siempre, señor Ricardo. Usted es siempre bienvenido y nuestras niñas aprecian mucho al señor.
- Volveré, si y... buenas noches.
- Buenas noches y muchas gracias por la preferencia.

Tan pronto el hombre sale, la mujer guarda el dinero en una caja y se voltea para el compañero.

- No soporto a ese hombre. Adolfo.
- Cuidado, Clotilde. No deje que él lo perciba. Es uno de nuestros grandes clientes.
- Si.

La puerta interna se abre nuevamente y, ahora, deja pasar una joven muy bonita que aparenta poca edad, aun.

- Trabajó bien, Leilinha. – elogia Adolfo.

La joven baja los ojos, procurando disfrazar una cierta preocupación en la mirada.

- Venga hasta aquí y siéntese. Precisamos conversar. – ordena, ásperamente, Adolfo.

Leilinha obedece, pareciendo a Atilio bastante nerviosa y preocupada, mientras Adolfo abre la caja de dinero y, sacando de allá un solo billete, lo entrega a la joven.

- Su pago, niña.

- Pero hoy aun no es el día de pago.

- Para usted, es. – responde, duramente, el hombre. – Ya hace algunos días que la estoy observando y percibo que está embarazada.

- ¿Yo...? – procura disfrazar.

- ¡Si! Usted está embarazada. Cuando llegó aquí, le avisamos sobre eso. Los clientes ya están percibiendo. Recoja sus cosas y váyase. No queremos a nadie dando a luz, por aquí. Cuando estuviera en condiciones nuevamente, procúrenos.

- Pero señor Adolfo...

- No discuta, niña. Esa es la regla de la casa. Usted no es y no será la primera. Muchas ya se fueron y algunas volvieron. Puede volver, un día y, si aun estuviera apta para el trabajo, nosotros la contrataremos nuevamente.

- Pero señor Adolfo... doña Clotilde... yo no tengo para donde ir... no tengo casa, ni parientes...

- Cuando usted llegó aquí, tampoco tenía a nadie y no pasaba

de una mendiga sucia e ignorante. ¿No le dimos tres años de alegría y bienestar? Debería agradecernos, por eso.

- Adolfo... no podríamos... – comienza a hablar Clotilde, pareciendo, a los ojos de Atilio, con pena por la joven.

- ¡Cállese, mujer! – interrumpe el hombre. – ¡De estos asuntos, trato yo!

- ¡¿Mi Dios, será que todo este tiempo, no sintieron ninguna amistad por mi, ni un poquito de amor?! No puedo creer que nada represento para ustedes. Por favor, yo les imploro... por el amor de Dios, no hagan esto conmigo... ¿cómo voy a sobrevivir... y el niño?

- ¡Niña! – grita, ásperamente, Adolfo. – ¡Pare esas lamentaciones! ¡Agarre sus cosas y váyase, ya, o llamo a la policía! ¡Váyase ya! ¡Además de todo es una malagradecida!

La joven, espantada y tremendamente amedrentada con los gritos del hombre, sale corriendo por la puerta de la calle y desciende las escaleras, rápidamente.

- ¡Es siempre así! – rezonga Adolfo.

De repente, toda la escena se transforma y Atilio se ve transportado para otro ambiente, donde el escenario consiste de una oscuridad intensa, donde solamente consigue vislumbrar una tenue neblina, a veces pardusca, otras, verde-oscura. Siente, a su alrededor, un frío húmedo y un olor fétido. No sabiendo que hacer y consciente de que está soñando, comienza a caminar. De súbito, a su frente, ve algo que parece ser un hombre, sin embargo con facciones monstruosas. Esa persona

está de perfil, arrodillada y, aun teniendo el rostro horrendamente deformado, Atilio puede percibir que se trata de Adolfo. El hombre solloza tétrica y desesperadamente. Atilio quiere retroceder antes que aquel ser lo perciba, mas no consigue salir del lugar. Entonces, la criatura, en un momento mayor de desespero, levanta la mirada hacia arriba y, en un grito agudo y suplicante, implora:

- ¡¡¡Mi Dios!!! ¡¡¡Mi Dios!!! ¡¡¡Ayúdeme!!!

Y solloza, incesantemente. Sus palabras son entrecortadas por soplos de aire, en una combinación de desespero y sufrimiento.

- ¡¡¡Ayúdeme!!! ¡Conozco mi condición de pecador! Conozco mis faltas y el mal que cometí contra todas aquellas criaturas, las cuales desvié del buen camino y que, después lancé en las amarguras de la vida. ¡Ayúdeme, mi Dios! ¡Oh! Cuanto me arrepiento de lo que hice con aquellas pobres infelices. ¡No consigo librarme de sus miradas que me acusan! ¡Y, si no bastase eso, veo escenas de sus muertes, hambrientas y en el frío de las noches! ¡Ellas y sus niños! ¡Señor! ¡Cuanta crueldad practique y cuanto arrepentimiento me dilacera, ahora, el corazón! ¡Deme una oportunidad de expiar mis faltas! No sé cuanto tiempo hace que sufro en este frío y en esta oscuridad, sin conseguir encontrar un camino que me libere. ¡Yo le imploro, Señor! Quiero encontrarlas e implorarles el perdón. Quiero sentir más frío y más hambre del que siento, para poder, tal vez, librarme de ese sentimiento de culpa. Aparezcan y

castíguenme. ¡Quiero sufrir lo mismo que sufrieron, mas quiero que los verdugos sean ustedes mismas! Quiero pagar con dolor mayor. ¡Por favor, mi Dios! ¡¡¡Permita!!! – solloza, exhausto, dejando a Atilio con los ojos humedecidos de lágrimas, sin saber que hacer. Quiere despertar, salir de allí, mas no lo consigue. Y la figura, reuniendo todas las fuerzas que parecen restarle, levanta nuevamente la mirada y continúa:

- ¡Ayúdeme, mi Dios! ¡Deme una oportunidad!

En ese momento, intensa luz se hace y una mujer, vestida de blanco y con un halo luminoso y resplandeciente, surge al frente del infeliz.

- ¡¿Quién es usted?! – pregunta, asustado, el sufridor. – Espere... estoy reconociéndola... usted fue una de aquellas a quien perjudique. ¡¿Dónde están las otras?! Quiero que me castiguen hasta la muerte, si es que puedo morir nuevamente. Quiero pagar con mi sangre y mi dolor.

- Dios le bendiga, Adolfo.

- ¡Quiero pagar todos los males que cometí! ¡Llame a las otras!

- Eso no será necesario. Ya le perdoné.

- ¡Mas puede! No quiero que me perdone, simplemente. Quiero sufrir en la carne lo que practiqué.

- En eso, no puedo atenderlo. Ya le perdoné hace mucho tiempo y quiero ayudarlo.

- ¿Y las otras?

- Todas ya lo perdonaron. Sin embargo... una de ellas aun no conoció la felicidad de perdonar al prójimo. Aun lo odia y ese

odio la está aniquilando y haciéndola sufrir mucho.

- ¡Oh, mi Dios! Como sufro por saber de eso.
- El sufrimiento es una dadora divina que nos abre el corazón para los verdaderos significados de las cosas de lo Alto.
- Mas ella debe sufrir más que yo. Al final, fue una de mis víctimas. No tuve chance alguno y aun le alimenté el odio.

Adolfo llora, copiosamente.

- Usted tiene razón, Adolfo. Y, si quisiera rescatar el mal que hizo...
- ¡Yo quiero! ¡Yo quiero! ¡Por favor! Dígame que hacer! – interrumpe, suplicante y desesperado.
- Cállese. Usted tendrá esa oportunidad. Felizmente, reconoció sus errores y clamó por Dios.
- ¿Y que haré?
- Primero, aprenderá muchas cosas aquí de este lado. Trabajaré por todas sus víctimas, orará por ellas y, después, renacerá en la Tierra, teniendo como madre a aquella que, perjudicada por usted, no consiguió aun perdonarlo aquí de este lado. Y, ese trabajo es suyo, auxiliado por nosotros. Algunos años pasarán hasta que consiga encontrarla y hacer que la pequeña llama del amor le desabroche en el corazón para que pueda, entonces, ser encaminada nuevamente a la costra, donde, después de casarse, lo recibirá como hijo, para que aprenda y consiga transformar el odio que hoy siente por usted, en amor. Esa es la bendición de la maternidad que Dios nos confiere para transformar los sentimientos.
- ¿Mas allá me recordaré de todo?

- No, Adolfo. El recuerdo sería totalmente perjudicial.
- ¿Pero de que sirve, entonces?
- Aun no es fácil, para usted, entender, pero pronto percibirá que todo lo que hacemos y sentimos, lo llevamos, de manera latente, dentro de nosotros, para donde fuéramos. Antes, sin embargo, tendrá que trabajar y estudiar, aquí de este lado y, si consiguiera modificarse plenamente, podrá tener una reencarnación, no solo expiatoria, puesto que sufrirá en la propia carne la infelicidad de ser un “sin hogar”, mas también podrá cumplir alguna misión bendita de real provecho.
- ¡Que felicidad tendré, en poder pagar el mal que cometí...!
- Mas recuérdese siempre, de que, para no sucumbir, un día, en las pruebas por las que deberá pasar, tendrá que alimentar gran amor en el corazón y ese amor solamente podrá ser bien fundamentado, con bastante trabajo y abnegación. Ahora, va a sentir mucho sueño. Déjese elevar por ese estado de entorpecimiento que está sintiendo. Será llevado para una colonia de tratamiento y preparación para que, como ya le dije, con estudio y trabajo, pueda ser encaminado a su nueva caminata en el plano terrestre.

Al cabo de algunos segundos, Adolfo adormece y, en ese mismo instante, otras personas vestidas igualmente de blanco, lo cargan y siguen por entre la neblina verdosa, apartándose de Atilio. Cuando están casi desapareciendo, a lo lejos, en una neblina, la última de ellas, que ayuda en la camilla, se voltea hacia atrás y mira a Atilio, seriamente. Es Sebastián.

En ese instante, con un sobresalto, Atilio despierta,

sentándose en la cama.

- ¡Mi Dios! – piensa. – Nunca tuve un sueño tan nítido. ¿Será que fue un sueño o realmente estuve en ese lugar? No, no puede ser. Aquella escena, en la casa de Adolfo, pertenece al pasado. Tal vez, todo haya sido causado por mi subconsciente, pues fui a dormir pensando en las palabras de José.

Mas para Atilio, todo estaba más claro ahora, es mucho más lógico. Se recuerda, entonces, de cuando conversó con Sebastián al respecto de aquella ilustración del Cielo y el infierno. Si creía que Dios no podría castigar, por toda la eternidad, a sus hijos, en aquello que no conseguía concebir y que era denominado infierno, nada más justo que hubiese otra oportunidad, aquí mismo, en la Tierra, y junto de aquellos a quien deberíamos más. Y, sucesivamente, de encarnación en encarnación, aprenderíamos el camino del Bien y de la sublimación. ¡Mi Dios! – piensa. – ¿Cuantos años, cuantos siglos, cuantos milenios serían necesarios para nuestra elevación moral y espiritual? ¿O seríamos eternos, siempre aprendiendo y mejorando cada vez más?

Se recordó, entonces, del padre justo, enérgico y, al mismo tiempo, amoroso. ¿Sería esa la comparación que hiciera el señor Alfonso, usando la escuela y al padre de familia, como ejemplos? Tenía certeza que si. Pensando nuevamente y recordándose repetidas veces del sueño, Atilio acaba por adormecer.

* * *

En la mañana siguiente, se levanta, despertado nuevamente por José y, después de tomar la primera refección en casa de Alfonso, va para el trabajo.

En la noche, después de dar la debida atención a la hija, se reúne con Alfonso, en la pequeña sala de la casa de este y le relata, detalladamente, el sueño y las conclusiones a que llegara.

Alfonso percibe, fácilmente, que el sueño de Atilio, por los nombres que mencionara, tiene, sin duda alguna, relación con el problema de Clotilde. Mas, a pesar de ya tener una idea formada con respecto a lo que estaba aconteciendo con Clotilde, se abstiene de comentar eso con Atilio, pues este, aun no se encontrara con la joven. En verdad, ni sabía de su existencia. Prefirió, entonces, continuar oyendo lo que Atilio tenía que decirle.

- ¿Señor Alfonso, ese sueño tiene alguna cosa que ver con la religión de ustedes? ¿O todo eso fue fruto de mi imaginación, durante el sueño?

- Tiene, si, Atilio, y tiene mucho. Usted puede considerarse un privilegiado. Por eso, aproveche la oportunidad que le es ofrecida e, interésese por el asunto.

- ¿Ustedes acreditan en la reencarnación?

- Si. Es la base de nuestra verdad religiosa.

- ¿No podría explicarme, mejor? Hay muchos puntos oscuros en mi mente...

- En verdad, solamente con el pasar del tiempo y con mucho raciocinio y estudio, conseguirá entender más profundamente las interacciones reencarnatorias, mas voy a discurrirle sobre algunas premisas para que pueda raciocinar al respecto. Partiendo del punto de vista o, del principio de que Dios existe, y usted cree en eso, no podemos concebir que la vida termine con el sepulcro, además, toda religión acredita y pregona la vida eterna. Vamos, entonces, a procurar elaborar una antitesis con respecto al Cielo y al infierno, porque es bastante lógico que, con la muerte física, los buenos tengan que ser recompensados y los malos no puedan recibir esa recompensa y lo más cierto es que reciban un castigo.

- Cierto. – concuerda Atilio.

- Imaginando, entonces, el Cielo como recompensa y el infierno como castigo eterno, podemos enumerar algunas cuestiones: el primer lugar, Dios sería, entonces, injusto con sus hijos, pues vea bien: imaginemos dos personas buenísimas, siendo una, rica e nacimiento y sin problemas y la otra, paupérrima. Por el hecho de ser, las dos, buenas, ambas ganarían, con la muerte, las puertas del Cielo. Sin embargo, la rica, nació en cuna de oro y tuvo una vida tranquila y feliz, sin nunca pasar por dificultades. La pobre, también ganaría el reino de los Cielos, sin embargo, tuvo una vida e sacrificios, donde conoció el hambre, la miseria, hijos enfermos, sin dinero para los remedios necesarios y etc, etc. Podríamos, también, comparar el saludable con el lisiado, el ciego que nunca vio el mundo en que vivió, que nunca conoció el rostro de sus hijos, si los tuvo, o aun, el de sus padres. En fin, Dios habría sido injusto. Otro factor importante, en esa misma cuestión: el rico,

tal vez, nunca haya sido tentado al crimen, mas el pobre, cuantas tentaciones debe haber tenido y cuantos sucumbirán a ellas.

- Es verdad. – concuerda Atilio, maravillado con las explicaciones simples, pero sabias.

- En segundo lugar, ¿usted cree que el hombre, con el poco tiempo en que vive, en este mundo, puede tener condiciones para alcanzar la gracia tan grande de llegar a los Cielos, morada de Dios, como pregonan otras formas de pensamiento religioso que conocemos?

- Nunca había pensado en eso.

- En aquel episodio que me contó, al respecto de aquella figura que retrataba el Cielo y el infierno, usted ya había llegado a dos verdades bastantes inteligentes: la primera, que nadie podría ser totalmente feliz cuando tantos otros habían recibido la infelicidad y el sufrimiento eterno; la segunda, que, si los padres terrestres están siempre listos a perdonar y dar nuevas oportunidades a sus hijos, Dios, todo bondad, no podría castigar eternamente a los hombres, pues correríamos el riesgo de llegar a la conclusión de que esos padres serían mucho más bondadosos que Él. Y, ¿cómo podría dar nuevas oportunidades a sus hijos que yerran? Colocándolos, después de haber comprendido el error que cometieron, en las mismas situaciones, en los mismos lugares y con los mismos envueltos, para poder rescatar el mal que cometieron, con el sufrimiento que perfecciona el alma y el amor que entreabre las tinieblas.

- ¿Mas las personas aprenden la lección y se modifican, siempre, en una segunda reencarnación?

- No, Atilio. Eso, difícilmente y, hasta, raramente acontece.

Somos, aun muy imperfectos y estamos siempre cayendo nuevamente en los caminos de la vida. Mas usted puede tener certeza de una cosa: por más que caigamos y volvamos, estamos siempre grabando, en nosotros mismos, las buenas enseñanzas, los buenos pensamientos que, al poco tiempo, y en las sucesivas vidas, van desabrochando y transformando todo nuestro sentimiento, hasta conseguir, un día, pasar para otros planos más superiores.

- ¡Cuantos sufrimientos tendremos que pasar para poder depurarnos!
- Sufrimiento, ese, bastante relativo. Una madre sufre al parir un hijo, sin embargo, después del parto, ¡cuanta felicidad! Si nos colocáramos fuera de este mundo, si nos eleváramos hasta el firmamento y analizamos la vida aquí de la Tierra, veremos que ese pasaje lleno de reencarnaciones, durante siglos y milenios, no pasa de un crujir de dedos en el tiempo infinito de la vida.
- ¿Quiere decir que no existe, realmente, Cielo e infierno?
- En el sentido por el cual se entiende, no. Sin embargo, podemos acreditar sinceramente que el Cielo existe, mas que tendremos que pasar por diversas esferas de vibraciones, cada vez más sutiles, hasta llegar a la gran Felicidad. Y, puede tener certeza de que todas esas esferas están repletas de estudio y trabajo, pues no puede existir felicidad en la ociosidad. En lo que respecta al infierno, algo parecido con lo que imagina el hombre, también existe y, de la misma forma, dividido en esferas vibratorias, de acuerdo con las malas vibraciones de nuestros actos que cargamos con nosotros después de la muerte del cuerpo físico. Mas, desde que, sinceramente,

comprendamos nuestros errores, Dios nos dará siempre oportunidad de repararlos.

- ¿Y, tenemos que conseguir eso solitos?

- En la gran mayoría de las veces, no, vea que, por peor que seamos, siempre existirá alguien que nos conoció y nos amó, en vidas pasadas, que se presta a auxiliarnos con vibraciones de amor y que, a nuestro lado, en el infierno que atraemos y que nos atrae, nos envuelve con buenas ideas y pensamientos de arrepentimiento.

- Cuanta felicidad no experimenta una madre que, del Cielo o de esferas superiores, desciende hasta las profundidades del infierno o de esferas inferiores para ayudar a un hijo querido, que fue engendrado dentro de sus propias entrañas.

- Justamente, Atilio. Me gustaría también que, en lo que se refiere a reencarnaciones, usted entendiese que no todos vuelven como quieren, con una simple escogencia. La mayoría reencarna compulsivamente.

- ¿Qué significa la vida, para ustedes, espíritas?

- Para nosotros, la vida no se limita a esta, terrena.

Recuérdese de que Cristo dijo: “Yo no soy de este mundo. Hay muchas moradas en la casa de mi padre.”

- Si...

- La vida, para nosotros... la verdadera vida es la del “lado de allá”, que se resume también en una sola localización, mas que se constituye de innumerables planos espirituales, moldeados por las vibraciones mentales de los Espíritus que en ellos habitan.

- ¿Y, cómo serían esos innumerables planos?

- Ellos van desde los más groseros hasta los más sutiles. Y de

acuerdo con el grado de evolución de los que en ellos habitan...

- ¿¿Habitan?! ¿Usted quiere decir que allá existen casas, hospitales, calles,...?
- ¿Usted, acaso, ve alguna otra manera de ser el “lado de allá” ¿O imaginaba quedar acostado por sobre nubes y oyendo ángeles tocar arpas, en una completa ociosidad?
- Quiere decir que “allá” es una copia de aquí?
- No. En verdad, “aquí” es una copia de “allá”. Como ya dije, de acuerdo con la evolución de los Espíritus y de sus vibraciones, buenas o malas, ellos se agrupan con sus afines y habitan esferas que les son propias. De esa manera, los más inferiores se localizan en planos moldeados por sus propias conciencias que, por el hecho de ser bastante culpables, dentro del contexto Bien y Mal, son “lugares” bastantes tenebrosos y de sombras.
- ¿Cómo si fuese un infierno?
- Nosotros llamamos esas regiones como Tinieblas, mas no dejan de ser, de acuerdo con lo que imagina el hombre, un verdadero infierno, donde criaturas, llegando al grado tan intenso de maldad tiene su forma estructurada en verdaderos monstruos de pesadilla. Pero no es un lugar donde los espíritus tiene que situarse eternamente, pues su duración, para determinado espíritu, puede ser decidida por él mismo, bastando que se arrepienta, con sinceridad, de sus actos del pasado y se vuelva a Dios, con la intención de repararlos.
- ¿Y cuantos planos existen?
- Partiendo del principio de que la evolución y la sublimación no tiene fin, podemos, inclusive, imaginar que existan infinitos planos, pues si existiese un fin, estaríamos

afirmando que encontraríamos o hasta nos compararíamos a Dios.

- ¿Y los Espíritus más superiores? ¿Dónde se localizan?
- Vamos por parte. Después de esos planos espirituales que podríamos llamar Tinieblas, existen otros que son verdaderas localidades de socorro a entidades que consiguen arrepentirse y volver el pensamiento para el Bien. Existen, aun, los de estudio, donde los espíritus mucho aprenden, antes de volver a este “lado de acá”.
- ¿Y esos planos interactúan?
- Oh, si. Pero de manera bastante organizada. Los Espíritus solamente consiguen visualizar los planos que le son más inferiores, mas no lo consiguen en relación a los más superiores, a pesar de recibir auxilio de estos.
- ¿Auxilio?
- Si. Los Espíritus más evolucionados, en un gesto de bondad y desprendimiento, “descienden” hasta los planos más inferiores para auxiliar a los espíritus infelices que los habitan, en la tentativa de , a través de buenas intuiciones, hacerlos volverse para el arrepentimiento y para el Bien. Sin embargo, precisan de permiso y consentimiento para así actuar, pues como le dije, todo es hecho de manera organizada.
- Usted habló de permiso. ¿Existen gobernantes en esos “lugares”?
- ¿Cómo no? En todo se hace necesario y de manera natural, la presencia de los líderes, que son espíritus más evolucionados aun. Inclusive, en todos los planos existen líderes naturales. Hasta en los bajos niveles de las Tinieblas.
- Y los Espíritus podrían hacerse ver o incluso tocar y ser

tocados, de este “lado de acá”?

- Perfectamente, desde que lo Alto así lo permita. Usted mismo pasó por experiencia de ese tipo, cuando su cuñada se hizo ver por aquel joven, para que usted y su hija se reencontrasen.

- ¿Mas por qué eso aconteció conmigo? Tantas personas pierden seres queridos de esa manera.

- Este cierto de que alguna razón debe haber tenido.

- ¿Y cuando fenómenos de ese tipo acontecen sin que sean para auxiliar a alguien?

- Siempre hay una razón. Tal vez acontezca, a veces, para llamar la atención para el propio fenómeno en si, llevando a los hombres a cuestionarse sobre él.

- Pero... ¿cuál sería la necesidad de todo eso... de la reencarnación? ¿Por qué Dios no nos creó sublimados?

- ¿Será que usted va a cuestionar a Dios, por sus decisiones? ¿Y que valor habría en crearse a criaturas perfectas? ¿No sería mejor que ellas mismas se perfeccionen, indefinidamente? ¿Los primeros habitantes de este planeta no eran ignorantes?

- Todo parece ser fantástico... más al mismo tiempo, tan lógico...

- Las personas, en el inicio, llegan a hallar gracia y nos llaman hasta artistas de la ficción, mas con el tiempo, acaban reconociendo, después de raciocinar mucho, que no podría ser de otra manera y que todo se encaja perfectamente.

En ese instante, Armando entra en la sala, anunciando que Clotilde acaba de llegar, junto con María, que fue dada de alta.

- Armando, - pide a Alfonso – pida a Clotilde para que venga hasta aquí. Preciso de usted también.
- Está bien, padre.
- A propósito, pida a Clotilde que entre por el fondo y aguarde en la cocina. Preciso hablar con ella, en particular.

Armando sale y, de allí a algunos minutos, se oye la puerta del fondo de la casa abrirse. Alfonso se levanta y se dirige hasta la cocina.

- ¿Cómo estuvo el viaje, Clotilde?
- Muy bien, señor Alfonso.
- ¿Y María?
- Está muy bien, gracias a Dios. Está mejor que ayer, cuando usted fue a visitarla en el hospital.
- Excelente. Clotilde, aguarde aquí, un momento. Preciso hablarle. Armando, venga conmigo hasta la sala.

Diciendo eso, Alfonso, acompañado por el hijo, entra en la sala donde se encuentra Atilio.

- Armando, - pide Alfonso. – Atilio tuvo un sueño bastante interesante que me gustaría que usted lo oyese. Atilio, por favor, ¿usted podría contar su sueño a Armando?
- Como no, señor Alfonso. Con todo placer.
- Le pido que cuente todo el sueño así como lo contó para mi, en los mínimos detalles.

Alfonso, entonces, vuelve a la cocina y pide a Clotilde que

se siente cerca de la puerta, de tal modo que no vea quien se encuentra en la sala.

- Mi hija, hay un señor, allá en la sala, con Armando. La noche pasada, él tuvo un sueño muy interesante y que irá, ahora, a relatar. Me gustaría que usted oyese y prestase bastante atención.

En ese momento, Atilio comienza a narrar el sueño que tuviera, mientras Clotilde se acomoda mejor en la silla para oírlo.

A medida que Atilio comienza a hacer la narración, Clotilde sufre intenso cambio en la fisonomía, contrayendo el ceño, pareciendo abismarse con todo aquello. Cuando oye su nombre y el de su marido, tiene un sobresalto y exclama, en un susurro, para Alfonso:

- ¡Él está hablando sobre mi, sobre mi vida! ¡¿Quién es él?!
¡¿Qué significa esto?!
- Cállese, mi hija y continúe escuchándolo.

Clotilde obedece, pero escalofríos le recorren la espina y su cuerpo comienza a sufrir intensos estremecimientos con el decorrer de la narrativa. En su cerebro, pensamientos extraños comienzan, entonces, a desfilan, sin que tenga control sobre los mismos. Casi, ya, en el final de la narración de Atilio, nos se contiene y, levantándose bruscamente, entra en la sala.

Atilio, al ver aquella mujer en el umbral de la puerta, casi desfallece.

- ¡¡¡Mi Dios!!! – es la única palabra que consigue proferir en aquel momento.

Clotilde, a su vez, también sufre intensa conmoción al depararse con Atilio. Su cerebro parece estar siendo aplastado por la propia caja craneal y fuertísimo dolor aparenta dilacerarle ese delicadísimo centro de las ideas. Casi desfallece, precisando apoyarse en el espaldar de una silla, a su frente. Todo el pensamiento parece desaparecerle de la mente, mientras escena familiar le irrumpe de lo más profundo e su memoria. Percibe estar en un lugar apartado de una ciudad, en una fila para subir en un autobús que se encuentra estacionado. A su frente, su hermana que sube en el vehículo. Si, es su hermana, se recuerda de ella. Sin embargo, en el momento en que está, ya, con uno de los pies en el estribo del vehículo para subir también, es impedida por el conductor que le pide para, que junto con las otras mujeres que allí están en la fila, esperen el próximo vehículo, pues aquel ya estaba lleno. La puerta de cierra a su frente y el autobús sale, camino afuera. Lo sigue con el mirar, por cerca de quinientos metros hasta que este sale de la pista, como si estuviese sin dirección y se precipita contra la muralla lateral, precipitándose despeñadero abajo. Sin conseguir controlarse, se ve, entonces, corriendo como una loca en dirección contraria, con recelo de ver tan trágico desastre. Y, ahora, no se contiene más y exclama, emocionada:

- ¡¡¡Atilio!!!
- ¡¡¡Rosalina!!! – responde el hombre, no pudiendo acreditar que, allí a su frente, se encuentra su amada esposa, madre de Lucinha.

Atilio está estático, mirando fijamente para aquella que le parece ser una visión. La mujer, a su vez, no se contiene y se lanza en dirección a él, abrazándolo y llorando. Solamente entonces, Atilio parece acreditar en lo que está aconteciendo y la abraza también, no consiguiendo contener las lágrimas de emoción y felicidad.

- Es su esposa, mi hijo. – le asegura Alfonso.
- ¡¿Cómo es posible?! ¡¿Usted está viva?!

El pobre hombre no se cansa de besar el rostro y las manos de la esposa, temeroso que está de que todo aquello no pase de un sueño.

- Vaya a buscar a Lucinha. – pide Alfonso a Armando, que sale, sin demora.
- ¡Lucinha! ¡¿Dónde está mi hija?! – parece recordar, ahora, Rosalina.
- Ella está bien querida. – le responde Atilio. – Armando fue a buscarla.

Son inenarrables la alegría, la emoción y las lágrimas de felicidad que explotan en aquella casa cuando, después de algunos pocos minutos, la niña allí entra.

- ¡Mami, mami! – no se cansa de pronunciar la niña, con los ojitos humedecidos de lágrimas.

Rosalina, sentada en una poltrona, besa incansablemente a la hija, cargándola en los brazos como si fuese un pequeño bebe.

Calmada, un poco, la intensa emoción que vibra en aquel ambiente, sus ocupantes ya comienzan a tejer consideraciones sobre el extraño acontecimiento que les cruzara los caminos. Y es Rosalina quien más explicaciones tiene a dar:

- Gracias a Dios, mi memoria volvió.

- ¿Cómo usted se escapó del desastre y qué ocurrió en seguida? Yo reconocí lo que restó de su cuerpo, a través de aquella cadena que le di de presente en el día de nuestro casamiento.

- Son cosas del destino, Atilio. Usted no puede ni imaginar lo que aconteció. En aquel día, allá en la fabrica, como fui a trabajar en una máquina nueva de tejer, que aun no conocía correctamente y en la cual precisaba, constantemente, inclinarme sobre algunas abrazaderas, temí que la cadenita pudiese prenderse en ellas y pedí a Eneida que se quedase con ella hasta salir del servicio. Cuando fuimos a tomar el autobús, este quedó lleno en el momento en que yo ya estaba casi entrando en el y quedé esperando, junto con otras operarias, el próximo vehículo. Fue cuando, allí en aquel trecho del despeñadero, el autobús se precipitó y Eneida estaba en él, con

mi cadena en el cuello. ¡Pobre Eneida!

- Entiendo... – esclarece Atilio. – cuando fui hasta la morgue para ver si reconocía a alguien, pensé que era usted, por causa de la cadenita. No conseguí reconocer a Eneida y, preguntando a otras mujeres, me dijeron que usted y Eneida estaban en el autobús.

- Ellas deben haberme visto intentando entrar en el vehículo y, después de tan trágico accidente, en menos de un minuto después, no deben haberse recordado de que yo me quedé.

- No pude reconocer a Eneida y la di por muerta. Mas... ¿qué ocurrió con usted después de eso?

- El choque fue tan grande para mí que, la única cosa que me recuerdo fue que comencé a correr, asustada y desesperada, en dirección opuesta, no queriendo acreditar en lo que había visto.

- ¿Y después...? – pregunta Alfonso.

- Me vi, entonces, andando por calles y más calles sin saber quien era yo.

- Por causa de la gran emoción del choque, usted perdió la memoria...

- Si, creo que fue eso.

Y, entonces, Rosalina cuenta todo lo que aconteció, inclusive la llegada a Boiadas. Solo no consigue entender como se identificó como Clotilde y como, hasta ahora, aun tenía esos recuerdos gravados en la memoria. ¿Y el sueño de Atilio?

- Creo que ustedes no deben preocuparse con eso ahora. Lo importante es haberse reencontrado. Vayan para casa y procuren descansar. Mañana conversaremos al respecto.

Atilio y Rosalina, exhausto emocionalmente concuerdan y, de manos agarradas con Lucinha, van para aquella casa humilde que les parece un palacio de tanta alegría que encierra.

No consiguen dormir y Atilio cuenta a la esposa todo por lo que pasaran, él y Lucinha. Le habla de la ayuda que, probablemente Eneida, como espíritu, le prestara para encontrar la niña perdida. Le cuenta sobre Sebastián y todo lo que sabe sobre el barrio en que están.

Rosalina oye todo, atenta, emocionada y con lágrimas en los ojos. Terminan la noche, inclinados sobre la cama de la hija, admirándola y velando por su tranquilo sueño.

La misión

En el día siguiente, sábado, en la tarde, Alfonso visita la pareja que ya había almorzado, junto con Lucinha, en casa de doña Concepción.

- ¿Cómo queda nuestra situación ahora, señor Alfonso?
- ¿Cómo así?
- ¿Usted cree que deberíamos volver para nuestra ciudad?
- Ustedes son los que deben decidir sobre eso.
- Usted quiere decir... bien... que ¿podríamos quedar viviendo y trabajando aquí?
- Si quisieran...
- ¡Sería maravilloso! – responde, alegre, Atilio.

- Entonces, estamos combinados. Ustedes pueden quedarse viviendo aquí mismo, en la casa de Sebastián. Es solo tener un poco de paciencia para que, juntando algunos ahorros puedan comprar mejores muebles y mejorar la habitación.
- No sabemos como agradecer, señor Alfonso. – exclama Rosalina, profundamente agradecida.
- Lo que pretendo, en primer lugar, cuando sobre algún dinero es procurar a doña Berta, la señora que alquilaba la casa para nosotros, allá en la capital, para pagarle lo que le debemos.
- Muy bien, Atilio.
- Y, llevaré a Rosalina conmigo para que podamos cancelar su acta de defunción y arreglar su situación, jurídicamente.
- Señor Alfonso, - pregunta Rosalina. – usted tendría idea de lo que aconteció, o sea, de todo el recuerdo que tuve como Clotilde y, ¿por qué extrañaba todo a mi alrededor, recordándome de una vida como si fuese de otra época?
- La única explicación que le puedo dar, Rosalina, lógicamente basada en la Doctrina Espírita, es la siguiente: cuando usted presencié el desastre del autobús, perdió la memoria, debido a lo tremendo que le fue el choque. Anduvo a la ventura sin saber quien era y para donde ir. De repente, por razones que solo lo Alto conoce, usted tuvo un centelleo de memoria, solo que se recordó del nombre de la ciudad donde ya vivió en una encarnación pasada.
- ¿Encarnación pasada?
- Si. Atilio le podrá explicar al respecto, pues ya tuvimos algunas conversaciones sobre el asunto y, si quisieran profundizar más, puedo prestarles algunos libros...
- Oh, si. Me gustaría mucho. – interrumpe Atilio.

- Como estaba diciendo, usted vislumbró el nombre de esa ciudad. A camino de allá, junto con el señor Januario y doña Olga, se recordó, pues ya estaba con la mente más ligada en esa época, del lugar donde había pasado la infancia. Cuando llegó a la ciudad, reconoció la casa donde había vivido, a pesar de hallar todo el resto de la ciudad cambiada. En verdad, aquella casa no había sido modificada durante todos esos años. No obstante, había, también, una gran diferencia: su manera de pensar y encarar sus actos pretéritos, arrepintiéndose de todo lo que había hecho, llegando hasta a sentir gran repulsión por lo que “era”. Todo eso, se debe al hecho de que, como Espíritu, ya se había modificado bastante y la evolución espiritual es algo que no retrocede. Todo el desarrollo en dirección al Bien es inmutable. Todo lo que se adquiere, en ese sentido, no se pierde, nunca. Y el resto, usted ya sabe. Cuando Atilio tuvo aquel sueño, tan ligado a su vida, le pedí para que lo oyese narrar, esperando que algo le sucediese. En verdad, no sabía cual sería el resultado y no sabía que ustedes eran marido y mujer, mas tuve la intuición de que usted debería oírlo. Usted no se contuvo al ver que alguien, que no sabía quien era, pues estaba oyendo desde la cocina, soñara todo aquello a respecto de su vida y quiso ver, con sus propios ojos, aquel extraño. Y, gracias a la providencia Divina, al ver a su esposo, tuvo, entonces, un resurgimiento de la memoria, también, por el choque emocional del encuentro.

- ¡Parece increíble que esas cosas puedan acontecer a las personas!

- El recuerdo de las vidas pasadas, a pesar de bastante rara, ya aconteció con muchos Espíritus encarnados. Si todo eso les

aconteció, tengan certeza de que fue, única y exclusivamente, con el permiso de lo Alto, en beneficio de ustedes mismos. Tal vez, hoy, no consigan vislumbrar el por qué, mas un día, en lo infinito de la vida, descubrirán y agradecerán. Y, si quisieran aceptar un consejo de alguien un poco más experimentado en ese asunto, Rosalina, procure simplemente aceptar todos esos acontecimientos, sin preocuparse demasiado con ellos. El pasado es importante para el desarrollo futuro, mas el presente es lo que realmente tiene verdadera importancia, pues si es bien vivido, apagará el pretérito y nos preparará para el provenir.

- Y en cuanto a Sebastián, señor Alfonso, ¿cuándo sabré algo a su respecto? – pregunta Atilio.
- Tenga paciencia, mi hijo. Día llegará en que descubrirá toda la verdad.

En ese momento, llega Armando que, estacionando vieja camioneta, viene a estar con los tres.

- Armando, - inquires Alfonso. - ¿usted habló con el Prefecto?
- Hablé, padre, y él dice que está de acuerdo. Acrecentó, aun, que sería un gran beneficio para la ciudad y para todas las personas que por aquí pasan, sin embargo, lamenta no poder contribuir con mucha cosa, pues el tesoro público está, ya, sobrecargado con otros compromisos.
- Comprendo...
- Prometió mano de obra, si fuera preciso.
- Ya es una gran ayuda.
- Tal vez, con una campaña de donativos, junto a los

comerciantes y habitantes de la ciudad...

Alfonso queda, por algunos instantes, pensativo y se dirige, entonces, a Atilio y Rosalina:

- Discúlpenos, por estar conversando, Armando y yo, sobre asunto que ustedes desconocen, mas es que estamos intentando resolver un gran problema social que está ocurriendo en nuestra ciudad y alrededores. Ustedes tal vez no sepan, mas nuestra ciudad queda en la ruta de personas que viven en el norte del país y que emigran para las grandes ciudades, principalmente la capital, en busca de trabajo. Y, aquí es uno de los puntos finales, donde determinada empresa de autobuses descarga toda esa gente. Y ellas precisan esperar tres días hasta que otro autobús de aquí parta en dirección a la metrópolis. Eso acontece semanalmente con cerca de quince a veinte pasajeros que, llegando aquí, quedan prácticamente a la intemperie, en nuestro jardín público. Son hombres, mujeres, niños y viejos que, precariamente, junto con sus pocas pertenencias, llegan, a veces, a mojarse en a lluvia cuando no consiguen protegerse en algún abrigo caritativo.

- ¿Y como ustedes pretenden resolver eso?

- Nosotros poseemos una vieja casa en la ciudad, herencia de mis abuelos. Es evidente que, para fines legales, el referido inmueble está a mi nombre, sin embargo, pertenece al barrio. Esa casa está abandonada hace muchos años, pues no le dimos utilidad, mas, ahora, estamos pensando seriamente en transformarla en un albergue que pueda dar a esos infelices, que por aquí pasan, un lecho decente y, tal vez también, un plato de

sopa caliente, hecho con legumbres que son producidos aquí. Sin embargo, el mayor problema es que tenemos que, por lo menos, pintarla totalmente, además de pequeños arreglos en las puertas y ventanas. Precisamos también de camas, fogón, ropas, sabanas, etc.

- Sería maravilloso si eso pudiese concretizarse. ¡Ustedes no imaginan el bien que estarían haciendo! – exclama Atilio, visiblemente emocionado – No pueden imaginar lo que significa para alguien, principalmente, si ese alguien posee hijos, lo que es tener un lugar para reposar... un poco de alimento...

Lágrimas ocultas le escapan al hacer mención a lo que él mismo pasó. Rosalina también se emociona. Y, después de, disfrazadamente, enjugar las lágrimas con el dorso de la mano, Atilio continúa:

- Solo el hecho de saber que alguien se preocupa por nosotros... ustedes saben...ya pasé por eso...mi hijita y yo... Rosalina también...

- Nosotros sabemos y entendemos la importancia de ese socorro.

Se quedan algunos segundos en silencio, hasta que Atilio no se contiene:

- Por favor, déjeme ayudarlo en ese trabajo.

Alfonso sonríe, satisfecho.

- ¿Usted quiere trabajar en eso? Estábamos, realmente, precisando de alguien...
- Será una caridad, si me permiten auxiliarlos.
- Pues muy bien, - concuerda Alfonso, con indescifrable alegría – ese trabajo quedará a su cargo. Mañana mismo iremos hasta la ciudad para mostrarle el inmueble y, el lunes, lo presentaremos al Prefecto. Usted tomará las riendas de ese emprendimiento.
- No. Yo no tengo condiciones de comandar eso. Quiero, apenas, trabajar...
- Nosotros confiamos en usted. Y no estará solito. Armando y yo lo auxiliaremos, siempre.

Atilio y Rosalina no saben que decir, pues gran felicidad les invade el alma y Atilio acepta la incumbencia.

* * *

En la mañana siguiente, como fue combinado, van los tres a inspeccionar la vieja casa. Acertados los detalles, Atilio, auxiliado por Armando, relaciona todo lo que sería necesario y comienza la campaña junto a los comerciantes y demás habitantes de la ciudad. Al cabo de algunos días, Armando, llegando a la conclusión de que Atilio ya es bastante conocido, lo deja entregado al trabajo que abrazara y vuelve a sus antiguos quehaceres.

Durante varias semanas, Atilio trabaja incansablemente,

solicitando potes de pintura, pinceles, clavos, madera, donativos en dinero, camas viejas, en fin lo que precisa para montar el tan anhelado albergue. Siempre que visita a alguien para solicitar alguna contribución, hace cuestión de demostrar la necesidad de tal emprendimiento llegando, a veces, a contar parte de su vida como mendigo en la gran ciudad, con la intención de conmover algunos corazones menos caritativos.

Todas las tardes, al volver para el barrio, procura a Alfonso, a quien narra, detalladamente, lo que consiguiera realizar en aquel día. Y cada día que pasa, se sienten más animados y entusiasmados con el proyecto.

- Muy bien, Atilio, ¿cómo van los trabajos?
- Dios está ayudándonos mucho. Ya conseguí todo lo necesario y la semana que viene, la Prefectura irá a cedernos algunos de sus funcionarios para los servicios de arreglos y pintura de la casa, así como de la restauración de camas viejas que conseguimos solicitar. Ya tenemos doce lechos simples y dos camas matrimoniales, donde podremos abrigar varios niños juntos.
- ¿Y el fogón?
- Señor Carlos, de la farmacia, ya se ofreció a donarlo, así como una caja de primeros auxilios para alguna eventualidad. Y tengo esperanzas de que, algunos días más de trabajo junto al pueblo y tendremos toda la lencería para las camas.
- ¡Que belleza, Atilio! – exclama Alfonso, emocionado. – Usted está realizando un gran trabajo.
- No, señor Alfonso. Ese trabajo pertenece al pueblo de la

ciudad, que no está midiendo esfuerzos para ayudarnos. Todos son muy buenos y están demostrando no poseer prejuicios religiosos cuando la causa es grandiosa. Cuanto antes podamos ofrecer un techo y un poco de alimento y cariño a nuestros hermanos necesitados, será mejor.

- Alfonso se queda por algunos segundos en silencio, pensativo, hasta que dice, calmadamente:

- Atilio, me gustaría ofrecerle... bien... es lógico que puede pensar antes y no está obligado a eso... mas tengo la obligación de ofrecerle el trabajo de ese albergue. Si quisiera transferirse para allá, con Rosalina y Lucinha y cuidar de aquella casa de reposo, el trabajo es suyo.

Atilio no sabe que decir, de tan emocionado que queda con la oferta.

- Dios le pague, señor Alfonso... Dios le pague... me gustaría mucho...

- Entonces, hable primero con Rosalina. Si ella concuerda el trabajo es de ustedes. Podrán ocupar los aposentos del fondo. ¿Rosalina sabrá cocinar una succulenta sopa de legumbres?

- Oh, si. Ella es una excelente cocinera.

- Estoy contento por ustedes y me gustaría invitarlos, también para que asistan al trabajo que realizaremos, hoy en la noche en el galpón. Mucho podrán aprender, asistiendo a esa reunión que realizamos los sábados.

- Iremos, si. Ahora, si me da permiso, voy para casa a contar la novedad a Rosalina. Tengo plena certeza de que quedará muy feliz en trabajar en esa tarea de auxiliar a los sin techo.

* * *

Ya son las diecinueve horas y treinta minutos, cuando la pareja acomoda a Lucinha para dormir. Doña Concepción viene a hacerle compañía a la niña mientras Atilio y Rosalina estuviera en la reunión.

¿Qué trabajo sería ese, los sábados, que el señor Alfonso los invitaba a asistir? – se cuestionaba, mentalmente, Atilio, mientras tanto se dirige al galpón con Rosalina. Nota, también, que cinco automóviles están estacionados frente de aquella construcción, que ya está con los faroles encendidos, interna y externamente. Ya allá dentro, se sientan en el mismo lugar en que Rosalina se sentara en aquella reunión de pases. El movimiento, sin embargo, es diferente. Doce personas ya se encuentran acomodadas alrededor de la gran mesa rectangular y nueve personas más, en bancos próximos a ellas.

- Atilio... – llama alguien, en voz baja, cerca de él. Era el señor Alfonso, acompañado de Armando.
- Buenas noches, señor Alfonso.
- Siéntense más al frente y, en la salida espérenme, que procurare responderles algunas preguntas que, tengo certeza, tendrán deseos de hacerlo.
- Gracias. – agradece Atilio, levantándose y dirigiéndose, junto con Rosalina, a un banco de la segunda fila.

Alfonso y Armando ocupan las dos sillas que se encuentran vacías y localizadas en el centro de la mesa, de frente para el auditorio. Todos están en silencio y bastante compenetrados. Armando, entonces, agarra un libro de encima de la mesa, lee un pasaje del Evangelio y teje ligero comentario al respecto.

A continuación, uno de los que están presentes, sentado en uno de los bancos, se levanta, cierra las puertas y apaga todos los faroles. El recinto queda en penumbra, pudiéndose divisar levemente las personas que allí están, por causa de las luces de los faroles ubicados estratégicamente del lado de afuera del edificio.

- Querido y amado Maestro Jesús. Ampáranos, una vez más, por intermedio de tus emisarios espirituales que, hace muchos y muchos años, nos auxilian con bondad, paciencia y benevolencia. Cuanta felicidad sentimos, Jesús amado, en poder colaborar, con nuestra pequeñez, en pro de este grandioso trabajo. Perdónanos las imperfecciones y el hecho de ser instrumentos tan defectuosos, en las manos de nuestros “amigos del espacio”. Libéranos el pensamiento de las cosas mundanas, para que podamos concentrarnos, única y exclusivamente, en este trabajo tan maravilloso.

Se queda algunos segundos en silencio y recomienza:

- Aprovechamos también para implorar tus luces a favor de todos los que lloran y sufren. Ilumina, Señor, los niñitos, para que tengan un buen aprendizaje moral, en esta vida tan llena de

tribulaciones. Protege, Maestro, a los jóvenes, de las tentaciones y vicios inferiores. Ilumina el camino de los padres, en la buena educación de sus hijos, esparciendo sabiduría y amor sobre ellos. Muestra el camino y agasaja a los mendigos y a los pobres. Ablanda los corazones de los criminales y de los encarcelados. Da fuerza y fe a los asilados y enfermos. Bendice a los dirigentes de todas las naciones para que el sentimiento de Paz esté, siempre, en sus corazones. Y bendícenos a todos nosotros, Maestro de Maestros, para que no vengamos a caer en las tentaciones y líbranos, Señor, de los males que traemos enraizados en nuestros propios corazones. Permite que tus emisarios aquí vengan a estar con nosotros.

Se calla y, después de algunos minutos de silencio:

- ¡Gracias a Dios! Nuestros hermanos ya están aquí con nosotros. Mentalicemos bastante luz en nuestro medio.

Pasa casi un minuto.

- Mis amigos y mis hermanos...

Atilio, al oír esas palabras, procura descubrir quien está hablando. Estupefacto, percibe que es Alfonso quien habla, sin embargo, con una voz completamente diferente, un tono encima de lo normal y con un acento cargado que no consigue distinguir la procedencia. Mas, por todo lo que ya pudo aprender, sabe que debe tratarse de algún Espíritu, comunicándose a través de Alfonso.

Bellísimas palabras son, entonces, proferidas, incitando e invitando a todos los presentes al trabajo en beneficio del prójimo, en nombre de Dios. La emoción es tanta. Motivada por tan sabias enseñanzas que las lágrimas fácilmente humedecen los ojos de todos.

Cuando termina, Armando hace ligero agradecimiento por la presencia del manifestante.

A continuación, otros Espíritus se comunican por intermedio de los médiums. Ahora, sin embargo, Atilio puede percibir que esas sesiones tienen, principalmente, un carácter caritativo y de auxilio, pues esas otras entidades comunicantes son sufridoras que necesitan, aun, de palabras esclarecedoras y de encaminamiento en sus jornadas en el “otro lado” de la vida.

Uno de ellos, acredita aun estar en un hospital, sin noción de que su cuerpo ya murió. Otro, rebelde, muestra solamente la idea de venganza en su mente, pareciendo ser retirado, compulsivamente, por otros Espíritus, en el final de su comunicación agresiva en las palabras.

A continuación, otra entidad comienza a hablar a través de las cuerdas vocales de otro médium, joven, aun:

- Hermanos, Dios esté con vosotros.
- Sea bienvenido, Sebastián. – hace la recepción Alfonso.
- ¡¡¡¿Sebastián?!!! – Atilio no consigue contener la

exclamación.

- Si, mi amigo, soy yo. Estoy muy feliz por haberlo enviado hasta este barrio. En poco tiempo, usted hizo un trabajo bellísimo, en la organización del abrigo a los necesitados.

- ¿Pero por qué recibimos, Rosalina y yo, tanta ayuda? De usted, de mi cuñada. Prácticamente, pienso yo, los Espíritus hicieron que Rosalina y yo nos reencontrásemos...

- Ustedes tienen una misión muy importante a cumplir en ese lado en que se encuentran. Sintieron lo que representa la falta de un abrigo caritativo y ahora, gracias a la gran fuerza de voluntad de ustedes, muchos que por aquí pasaran tendrán un lugar decente para reposar y alimentarse. Espero que ese entusiasmo de ustedes no se extinga, con el pasar del tiempo. Todas las personas, por todo el globo terrestre, poseen misiones, en las cuales son auxiliadas por Espíritus amigos y afines. Las misiones de todos comienzan en el propio hogar y en las más diversas actividades y, una de sus misiones, además de educar a Lucinha es la de fundar un albergue. Por eso, fueron auxiliados. Y no se olviden de que las privaciones por las que pasaron, también fueron una forma de auxilio. El sufrimiento, muchas veces, es una gran bendición.

- Mas yo lo vi y lo toque a usted...

- Eso acontece a muchas personas, sin embargo, ellas generalmente nunca saben de eso. Lo que interesa es el trabajo en el Bien. Continúen en esa tarea y estudien bastante al respecto de esta Doctrina maravillosa que están abrazando. Ella y el trabajo dignificante solamente podrán traerles mucha felicidad. Queden todos con Dios.

El médium, entonces, tiene un sobresalto y se desconcentra.

En ese momento, Alfonso se dirige a Armando, pidiéndole que haga una oración de cierre del trabajo de la noche.

Armando se compenetra y hace sentida oración de agradecimiento por el éxito del trabajo. En seguida, los faroles son encendidos. Todos parecen muy felices y, en silencio, van bebiendo del agua que es servida por Armando. Poco a poco, se van despidiendo y dejan el local. Solamente Alfonso, Armando, Atilio y Rosalina permanecen, aun.

- Aproxímense, mis hijos. Siéntense aquí.

Atilio y Rosalina atienden al pedido y se sientan, a la mesa, de frente a los dos hombres.

- Señor Alfonso, estoy emocionado. Por todo lo que pude oír, principalmente, por Sebastián. Ya estaba desconfiado de que él era un Espíritu; solamente no consigo entender por qué me ayudó tanto.

- Él ya le dijo: ustedes tienen una misión que cumplir. Mas no se preocupen con eso. Trabajen siempre y, pueden tener certeza de que, un día, después de bastante estudio, entenderán el por qué de todo. Ahora, díganme: ¿qué piensan de la reunión?

- Bien, por lo que pude entender, - responde Atilio – ustedes conversaron con Espíritus.

- Cierto. ¿Y qué más?

- No entendí bien, porque uno quería el remedio y decía estar en un lecho de hospital y el otro parecía querer vengarse de alguien.
- La explicación es muy simple, Atilio, teniendo en vista lo que ya pudo aprender, mas recuérdese de que tendrá que estudiar más, para poder entender mejor lo que voy a explicarles.

Alfonso medita un poco y continua:

- Cuando una persona, o mejor, cuando un Espíritu desencarna, en el momento de la muerte de su cuerpo físico, dependiendo del apego que tienen por las cosas materiales, sin haberse preocupado por las cosas de lo Alto, a veces, ignora su nueva condición y no percibe que ya no pertenece más a este mundo. Entonces, como si estuviese en un estado de sonambulismo, o en un sueño confuso, motivado por una verdadera auto-hipnosis inconsciente, él continua preso a las personas más allegadas afectivamente o a aquellas a quien odia o también a los lugares en que vivió o cosas a las que se apegó. Y, a veces, sus vibraciones de desespero llegan a perjudicar a sus familiares, aquí aun encarnados, que, sin saberlo, comienzan a sentir esas vibraciones negativas. Otras veces, hay Espíritus que saben que ya están del “Lado de allá”, mas sentimientos de amor posesivo hacen que queden alrededor de los entes queridos, lanzando también vibraciones de sufrimiento sobre ese hogar. Otros, buscan ayudar a los familiares, en una tentativa de imponerles sus ideas, por intuición y, en este caso, las personas encarnadas sufren con el natural choque de

pensamientos que les corroen por la mente. Existen también aquellos que, como en el ejemplo de hoy, continúan viviendo los últimos momentos de su vida terrena. Es el caso de aquel señor del hospital. Hay, aun, otros tantos, que quedan agitando y creando disturbios nerviosos y confusión en los hogares de personas que, en esta, o en otras encarnaciones, les causaron, consciente o inconscientemente, algún daño. Y, hay aquellos que se complacen en hacer el mal, pues se rebelan contra Dios, creyendo que la situación en que se encuentran, después de la muerte física, les es injusta.

- ¿Pero por qué Dios permite que eso ocurra? – pregunta Rosalina.

- El hombre, encarnado o desencarnado, posee el libre albedrío para hacer y recibir el Bien o el Mal, conforme a su manera de ser y al grado de bondad o maldad que posea en su corazón. Las personas que viven una vida recta, honesta, con verdadero amor al prójimo, nada deben temer. A ellas, esos Espíritus no conseguirán tocar, ni encontrar guarida en sus corazones y pensamientos. Mas hay muchas otras que, viviendo egoístamente y siguiendo el camino de la discordia, del derrotismo, de la falta de caridad, están siempre predisuestas a recibir esas vibraciones negativas de esos Espíritus vengativos, algunos juguetones y otros tantos cultores de la maldad.

- ¿Usted podría explicarme, más detalladamente, el caso en que el Espíritu decía estar en un hospital?

- Ese Espíritu, cuando encarnado, Atilio, no debe haberse preocupado mucho con las cosas de lo Alto. Tal vez, hubiese vivido muy apegado a la materia y no supo aprovechar su enfermedad y el lecho del hospital, donde debe haber sufrido

mucho, para intentar hacer un balance de su vida y percibido, tal vez, que no había hecho mucha cosa de provecho en beneficio de sus semejantes. Debe haber tenido una vida, donde poco hizo de ruín, mas no procuró, tampoco, hacer nada de bueno. En verdad, Atilio, no seremos juzgados solo por el mal que cometemos, sino también por el bien que dejamos de hacer. Vivió, apenas, preso a la materia y en la posición enfermiza de sus entes queridos. En el momento de la muerte, no aceptó, en su íntimo, la idea de haber partido para otra vida y continuó, como viviendo, por su propia creación mental, los momentos que antecedieron a su desencarnación, hasta que, resolvió lanzar sus pensamientos a Dios.

- No entendí una cosa. Usted dice que el no aceptó la muerte...

- Inconscientemente, Atilio. Un Espíritu muy apegado a la materia, no llega a veces, a percibir que desencarnó, entonces, como si estuviese en estado de sueño, continúa haciendo y sintiendo lo que hacía cuando de la muerte de su cuerpo físico. Es lógico que eso fue lo que aconteció a él y acontece con muchos otros, sin embargo, existen infinitas maneras de pasar para el “lado de allá”. Muchas son buenas y, hasta, gloriosas y otra, de gran sufrimiento. En el caso que apreciamos, cuando él se dirigió a la Alto, sus vibraciones mentales se modificaron y, entonces, pudo ser traído hasta nosotros para que pudiésemos dialogar con él.

- Por lo que entendí, otros Espíritus lo trajeron hasta aquí, cuando modificó sus vibraciones, pidiendo ayuda a Dios, mas...

- Si, interrumpe Alfonso. – muchas entidades espirituales se dedican a ese ministerio, junto con Espíritus familiares del

necesitado, o solitas.

- ¿Pero por qué tuvieron que traerlo hasta aquí? ¿No podrían hacer lo que ustedes hicieron, allá, “del lado de allá”?

- Esos Espíritus, Atilio, tan apegados están a la materia, que no consiguen oír o visualizar a aquellos que, del “lado de allá”, intentan ayudarlos. Solamente consiguen ser llevados, por intuición, a lugares como este, donde oyen con los oídos y hablan con las bocas y cuerdas vocales de los médiums, a través de interacciones mentales, provocadas y permitidas por Espíritus superiores. Allí, entonces, esas entidades que los traen utilizan energías extraídas de nosotros, encarnados, para crear cuadros explicativos y reveladores, como si fuesen verdaderas películas de cine. En el caso presente, utilizaron esa energía para que él pudiese tener el primer impulso de observar el “lado de allá”. Fue cuando consiguió ver a su madrecita que hace mucho tiempo está a su lado, orando e infundiéndole en su mente, por medio de vibraciones intuitivas, la voluntad de dirigirse a Dios y a vibrar, positivamente, en la solicitud de auxilio.

- ¿Y para dónde fue llevado?

- Para un hospital de tratamiento, en otro plano de la vida.

- ¿Para un hospital?

- Si. Como usted ya sabe, nosotros, Espíritus creados por Dios, ya desencarnamos y reencarnamos muchas veces, en esta escuela de la vida. Mas para que podamos habitar este cuerpo, con el cual nacemos de este lado, es preciso que haya un medio de interacción, de unión entre Espíritu y materia, y ese medio de ligazón se llama periespíritu. Inclusive, cuando pasamos para ese “lado de allá”, próximo a nuestra costra terrestre,

precisamos de él para vivir en aquel medio. Es evidente que, con nuestra evolución, y a medida que, con el tiempo, fuéramos trasponiendo planos más superiores, nuestro periespíritu se tornará cada vez más sutil hasta que no necesitamos más de él, mas aun estamos muy lejos de eso. Nuestro cuerpo y nuestro periespíritu poseen la misma forma y, tan ligados están, que lo que ocurre a uno es reflejado en el otro, como por ejemplo los dolores, las enfermedades, los defectos físicos contraídos, los pensamientos. En el caso en cuestión, de nuestro hermano, la enfermedad que le dilaceraba el cuerpo continúa actuando en su periespíritu, siendo, por eso, encaminado a un hospital del espacio para ser tratado convenientemente. Ahora, existen casos en que la enfermedad formada originalmente en el cuerpo físico, no llega a alcanzar al periespíritu, cuando la persona posee y emite vibraciones positivas en relación a ella, a sus semejantes y a la vida.

- Es impresionante...
- Hay otros casos y podemos afirmar que son muchos, en que la enfermedad tiene su origen en el propio periespíritu.
- ¿Cómo así?
- Ella tiene origen en nuestras vibraciones negativas. El odio, la envidia, el egoísmo, los celos enfermizos, la ganancia, el vicio mental, en fin todas esas malas vibraciones causan lesiones en determinados órganos periespirituales y, por consecuencia, promueven lo mismo, en el cuerpo material. Existen personas que, acometidas de gran mal orgánico, consiguen volver sus pensamientos a Dios y, entonces, a través de trabajos mediúmnicos, pueden ser curadas a nivel del periespíritu, reflejando, esa cura, en el cuerpo material.

- ¿Y las enfermedades que ya aparecen en el nacimiento o en la infancia del hombre, o surgen después, acompañándolo hasta la muerte?
- Existen muchas enfermedades o males, que la persona carga consigo en una, dos o más encarnaciones, debido a su merecimiento, no pasando de ser expiaciones y pruebas, resultantes de las vidas que tuvo en el pasado.
- Entiendo... ¿Y en cuanto al caso de aquella segunda comunicación?
- Aquel es un pobre hermano que insiste en hacer justicia con las propias manos, intentando llevar a la locura a aquellos que le causaron mal.
- ¿Y cómo él intenta eso?
- Por la total sintonía que tiene junto a ellos, infundiéndoles, en la mente, malos pensamientos, colocándolos unos contra los otros. Ya conoce su situación de desencarnados y no oye nuestros llamados. Infelizmente, para esos, tenemos que demostrar que existe una fuerza mayor que comanda el Universo. Esas verdaderas demostraciones de fuerza que les aplicamos son la única manera de hablarles a lo íntimo. Fue por eso que, como usted percibió, por intermedio de nuestras energías, los espíritus encargados de la reunión consiguieron sustraerles las fuerzas y llevárselo como si estuviese amarrado por fuerzas invisibles. Quedará en ese estado durante algunos días, para que medite bastante al respecto de todo lo que le hablamos. Con el tiempo, viendo que no consigue nada, porque percibe que existe algo más fuerte que él, tendrá que oír nuestros consejos y seguirlos. Y, puede tener certeza de que, de ahí, será auxiliado, porque quedará dócil y comprenderá,

finalmente, cuan errado estaba. Esos Espíritus son como niños que, a veces, tiene que llevar algunas palmaditas caritativas, para, después, venir a entender.

- Y, en este caso en cuestión, ¿Qué acontecerá a aquellos que le hicieron mal y que eran perseguidos por él?

- También son pobres Espíritus encarnados que perjudica a sus semejantes y que, un día, también tendrán que responder por eso y que, mas temprano o más tarde, a ejemplo de muchos otros, ganaran el chance de remediar sus faltas.

Después de algunas consideraciones más, van para sus casas, para el necesario y merecido reposo.

* * *

Son siete horas de la noche, cuando, dos semanas después, Atilio, Rosalina, Alfonso y Armando reciben los primeros necesitados de reposo para sus cuerpos cansados por el viaje. Hombres, mujeres, viejos y niños ocupan todo el recinto de aquella casa transformada en albergue. Atilio está radiante, cuando, sentados todos en amplia mesa, comienza a servir la sopa que Rosalina preparara. Alfonso y Armando también se sientan, como para conmemorar el acontecimiento, tomando aquella rica refección a base de legumbres.

Ya son veintiuna horas y algunos minutos cuando Atilio termina de acomodar a todos en sus lechos, separados por grandes biombos. Lucinha que, hasta aquella hora, se quedara jugando con la niña de la vecina, con la cual ya hiciera amistad,

va a dormir y Alfonso y Armando se despiden, prometiendo volver mañana.

En el camino de regreso, Armando comenta:

- Ellos me parecieron muy felices.
- Si. Sufrieron los padecimientos de los “sin hogar” y ahora están, gracias a Dios, cumpliendo la misión que, un día, les fue concedida como rescate.
- Dígame una cosa, padre: ¿usted contó la verdad a Atilio?
- No. El olvido de vidas pasadas es una bendición de Dios, con excepción de algunos pocos casos, como el de Rosalina. Felizmente, ella tuvo mucho equilibrio para conocer su vida pasada. La mayoría de las personas, aun no tiene condiciones para conocer esa verdad.
- Pero... ¿será que Atilio no desconfía de que el Adolfo, de su sueño, marido de Clotilde, es él mismo?

Alfonso apenas sonrío.